

SI LOS MUNDOS CHOCAN
Alf. REGALDIE.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSE LUIS

Alf. Regaldie

SI LOS MUNDOS CHOCAN...

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Luis Arana.- Comandante de la Policía del Espacio de la Tierra.

Sarita Naranjo.- Su novia, bella madrileña.

Don Damián Naranjo y Doña Sara Lomas.- Padres de Sarita.

Tenientes Prast, Oramas y Pradera.- De la Policía del Espacio.

Alféreces Núñez y Sacristán.- De la Policía del Espacio.

Sargentos Santi, Roger y Daoiz.- De la Policía del Espacio.

Profesor Riveiro.- Sabio físico español.

Profesor Hansen.- Botánico sueco.

Doctor Kamoto.- Médico japonés.

Yio Pai.- Princesa de Bakaída, país del planeta errante.

May Roana.- Princesa de Bakaída, país del planeta errante.

Tad Dongo.- Ministro de la Guerra de Bakaida.

Sim Docto y Mork Trame.- Científicos de Bakaida.

Chai Dog y Rad Mossi.- Generales de Bakaida.



CAPÍTULO I

MALAS NUEVAS

La noticia de que el brillante ejército de Bakaida había sido derrotado por aquel osado grupo de extranjeros que se habían asentado a orillas del Gran Lago, había llegado ya al extraño país subterráneo, produciéndose en él una terrible efervescencia entre las mujeres y las personas del sexo masculino que, por su edad, no actuaban en el ejército y, por tanto, habían quedado allí.

En la gran ciudad, capital del imperio subterráneo, había llegado a producirse una ola de pánico, ya que muchos arúes de elevados conocimientos, sabedores del triste fin que esperaba al planeta errante que habitaban, al oír los relatos del desastre, traídos por algunos miembros de la flota aérea, pensaron que habían sido los abrasadores rayos del Sol los que habían aniquilado al ejército y que, por tanto, no tardarían ellos mismos, pese a su situación en el planeta y al hecho de estar a muchos metros bajo la superficie del mismo, de experimentar los terribles efectos.

Los bárbaros, confinados en las zonas que tenían señaladas, eran los

que se mostraban más tranquilos, ignorantes de la suerte que podían correr e indiferentes al desastre del que oían hablar. No tenían aquellos seres un concepto claro de la familia, ni un sentido social y, por tanto, no sufrían por los seres allegados que podían haber caído en la batalla. No obstante parecía que la inquietud ambiente había prendido en ellos y Yio Pai, que ignorante de la suerte que podía haber corrido su hermano, el Ras Hamura, se había hecho cargo de la dirección del país, había ordenado que los dragos, los extraños animales guardianes, fueran soltados para que guardaran todos los accesos a la zona donde residían los arúes y donde se hallaba el palacio real.

En algunos de los aviones escapados del desastre venían parte de sus tripulantes heridos, y los dragos, dirigidos por policías arúes, habían tenido que actuar enérgicamente para cortar los asaltos de los bárbaros, excitados por el olor de la sangre, dispuestos a comerse a los heridos.

Yio Pai, la rubia y bella princesa bakaida, ante el radiovisor había presenciado algunas de tales escenas y había señalado, haciendo que Luis Arana, que se hallaba en la ciudad con el teniente Oramas y algunos miembros más de la Policía Exterior de la Tierra, se fijase en la pantalla, imprecándole al mismo tiempo que señalaba:

-¡Fíjese en eso! ¡A no haber venido ustedes a nuestro territorio tales hechos no se producirían! ¿Por qué no se van cuanto antes de nuestro planeta y se olvidan de nosotros?

-Creo que el dolor os hace perder las auténticas perspectivas, princesa. En primer lugar, nosotros no estamos en territorio de vuestro dominio, sino en el de los hombres acorazados que, pese a poseer una civilización muy inferior a la vuestra supieron mostrarse pacíficos y atentos con nosotros, lo que les ha valido progresar bastante en poco tiempo. En segundo lugar, nuestra actitud, allí y aquí, ha sido totalmente pacífica y los ataques han partido de vuestra parte. Y en tercer lugar, nosotros no somos responsables de que aquí se mantengan estos seres en tal estado y no sólo se les permita, sino que se les aliente en sus aficiones antropófagas y caníbales.

Hablaba Arana reposadamente y Yio Pai, sintiendo que el hombre de la Tierra tenía razón, pero poco dispuesta a reconocérselo, lo fulminó con la mirada y le volvió la espalda despectivamente, alejándose de él. Pero el comandante español, una vez planteado el problema decidió que debía quedar resuelto rápidamente y la atrajo:

-Un momento, princesa. Una de las cosas que no debéis olvidar es que sois mi prisionera y que no debéis moveros sin previa autorización mía...

-¡Tendría gracia que en mi propia casa...!

Pero Arana la interrumpió con el ademán la palabra.

-Ahora no tenéis ni casa y aquello de que disfrutéis será por pura condescendencia nuestra. Sentaos un momento y escuchad.

Había firmeza y autoridad en la expresión de Arana y Yio Pai se volvió de cara a él, pero se mantuvo de pie, en actitud desafiadora, mirándole con arrogancia.

-Prefiero estar de pie. Un prisionero no se debe sentar ante su vencedor...

-Como queráis... Yo deseo no desposeeros de vuestra autoridad, quiero que sigáis gobernando vuestro pueblo de arúes y bárbaros en el caso de que vuestro hermano haya perecido; pero no estoy dispuesto a tolerar que las costumbres antropófagas de vuestros bárbaros persistan...

-¿Y cree usted que yo puedo cambiar eso de la noche a la mañana?

-No pido tanto, pero hay que saber contenerlos primero y dar lo que necesiten a esas vidas para que se corrijan y no sientan tal necesidad. Son también seres humanos, aunque diferentes a nosotros y pienso salvarles, arrancarlos de este planeta y trasplantarlos a otro donde puedan vivir libres y felices.

-Será un error, porque tan pronto como los abandonemos a su suerte perderán muchas de las cualidades que los hacen punto menos que invulnerables y se convertirían en presas fáciles para quien quisiera atacarles.

-No lo crea. En primer lugar, no tenemos por qué abandonarlos totalmente a su suerte, y en segundo lugar, ellos se irán adaptando al medio y aprenderán a defenderse. Sin contar con la evolución lógica que se producirá en ellos al instruirlos, al darles una cultura. Es un hecho probado que una de las causas de la antropofagia es la carencia de vitaminas que sufre el organismo y que les obliga a buscarlas instintivamente entre los seres que le rodean por serles más fácil. Y la falta de vitaminas en estos seres se debe principalmente a su forma de vivir, lejos del contacto directo con el sol, con el aire puro, a su falta de higiene y de una alimentación adecuada. Sacándoles de este país subterráneo para que vivan de una forma más natural y más humana, orientándoles y enseñándoles a organizarse, a que hagan una vida social,

dándoles el sentido de la familia, educándoles un poco, esa barbarie desaparecerá y se transformarán rápidamente en criaturas sanas y normales. Ha sido una crueldad por parte de ustedes el transformarles la naturaleza y obligarles a vivir como lo han hecho, descuidando además sus habitaciones y su alimentación, obligándoles a vivir como bestias.

Había dureza en la expresión de Arana y Yio Pai sentíase avergonzada, comprendiendo que el hombre de la Tierra tenía razón sobrada. Pero el dolor de la derrota, la incertidumbre de la suerte que podía haber corrido su hermano y otros familiares, el temor a perder la regalada vida que hasta entonces había llevado, la tenía descentrada y se revolvió, tratando de defender lo que otras veces, ante su hermano, había atacado.

-¿Y qué hubieran hecho ustedes si su existencia hubiera estado constantemente amenazada como la nuestra? ¿Si hubieran tenido que vivir en un planeta de las condiciones de éste, errantes en el espacio, carentes unas veces de los beneficios del calor de algún sol, excesivamente próximos a alguno de ellos otras? Tan pronto amenazados por el frío terrible como por el calor insoportable. Encerrarse en este mundo subterráneo como hicieron mis antepasados, aferrarse a la vida como fuese y conducir la civilización en orden a defenderse del excesivo calor o frío de la superficie constantemente batida por uno u otro extremo.

-No defienda la sinrazón, Yio Pai. Usted no tiene la culpa de tal estado de cosas y es mejor que colabore con nosotros a variarlas. Sus hermanos de raza, los turasai, habían sido capaces de crear unas ondas filtro que les preservaban de las temperaturas extremas. ¿Por qué no hicieron ustedes otro tanto?

-No siempre se encuentra un lugar como el Gran Cráter para refugiarse y poder desarrollar tal cosa. Además, en los territorios a que nos tuvimos que retirar acosados por los hombres que usted llama acorazados y que nosotros llamamos grises, no existían condiciones para vivir en la superficie. ¿Hubiese sido usted capaz de sacar alimento del hielo y las piedras?

-Ese era el problema que tuvieron planteado sus antepasados. Pero luego fueron fuertes y dominaron; y de desearlo, hubieran llegado a territorio donde la vida en la superficie del planeta era posible. Y únicamente en las épocas de peligro cabía el refugiarse en las entrañas del planeta. Pero ellos

prefirieron esta existencia, donde era más fácil mantener a estos seres esclavizados... ¿Por qué no encauzaron su civilización a tratar de salir del planeta a otro? Podía haber pedido auxilio a otros planetas como he hecho yo o construir máquinas voladoras que les arrancasen de aquí.

-Ya se ha intentado, pero nuestra aviación está todavía casi en mantillas.

-Su aviación está en tales condiciones porque se han preocupado excesivamente de su bienestar personal, de imponer el dominio sobre estos pobres seres y de prepararse para dominar al resto de los habitantes del planeta. Si hubieran encaminado sus esfuerzos en otra dirección, el progreso logrado con las ondas ultrasónicas lo hubiesen conseguido en aviación y ya hubieran logrado abandonar este planeta y afincarse en uno de trayectoria fija y condiciones de vida más dulces y normales. Pero su civilización se inició más porque sus antepasados la basaron en el odio. Sí, en el odio contra los que les habían hecho abandonar sus terrenos... En fin, yo le prometo que todo cambiará ahora. ¿Está dispuesta a ayudarnos o prefiere ser considerada como prisionera?

Yio Pai vaciló claramente y Luis Arana adivinó que en su interior luchaban su fina sensibilidad femenina, su parte de bondad, contra la soberbia, el dolor de la incertidumbre por la suerte de su hermano y la humillación de verse a merced de un grupo tan reducido de seres que además daban unas tan claras muestras de superioridad, no sólo material, sino moral.

-Está bien, princesa. No es necesario que me responda en este momento. Tiene un par de horas para reflexionar -dijo Arana al ver los titubeos-. Pero tenga en cuenta que decida lo que decida, tendrá que producirse con lealtad y no volver a intentar algo como lo que realizó en nuestra isla interplanetaria...

Yio Pai permaneció silenciosa, aunque su hostil expresión se había suavizado un tanto y Arana pudo admirar la exquisitez de su belleza, recreándose en ella como en una obra de arte y notando que ella se sentía satisfecha de la admiración que despertaba en el apuesto hombre de la Tierra.

-¿En tu país eres un rey como lo es mi hermano Hamura aquí? -interrogó ella apeándole el tratamiento como para allanar el terreno.

-No. No soy rey ni nada que se le parezca.

-Pero al menos serás un gran jefe.

-Tampoco. Soy uno de tantos. Dirigía una dotación de sesenta hombres, ni más ni menos. Las circunstancias me han convertido en jefe de este otro grupo bastante más numeroso que conoces, pero tan pronto llegue a la Tierra volveré a ser el que era o, a lo sumo, un poco más.

Yio Pai pareció desilusionada, pero fue únicamente por un lapso cortísimo de tiempo, reaccionando seguidamente para acercarse en actitud entre cariñosa y felina a Arana, mirándolo fijamente con expresión un tanto enigmática.

-No sé si creerte. Tal vez seas demasiado modesto y no quieras confesar...

-Te aseguro que no hay nada de eso, Yio Pai. Te he dicho la verdad.

-Sin embargo, a mi lado, serías un gran rey... ¿Por qué no te quedas con nosotros? Pondríamos en marcha esas magníficas ideas que tienes y nuestros científicos, dirigidos por ti, nos darían una civilización grande, esplendorosa, donde todos los «eres podrían encontrar la felicidad. Y yo sería una reina obediente y que te ayudaría... Sería tu mejor puntal... En realidad, según nuestras antiguas leyes, tú que venciste limpiamente a Murt Fang, mi prometido, eres mi dueño natural...

Yio Pai había llegado hasta poner una mano en el hombro de Arana, mirándole con expresión sumisa y disponíase a arrodillarse a sus pies; pero él la detuvo con el ademán.

-¡Por favor, Yio Pai! Nada de eso. En nuestra Tierra está mal visto que una mujer se humille ante un hombre. En nuestra sociedad la mujer goza de todas las consideraciones que se deben a su condición... Si quieres, siéntate ahí, frente a mí. Y preferiría que en lugar de la proposición que me has hecho, respondieses a las mías. Yo no puedo ser rey de los bakaidos porque me debo a una misión bien diferente, a otro país, el mío, y tengo unas responsabilidades contraídas...

-Sí. No es necesario que continúes con tus excusas -respondió Yio Pai despechada-. Te debes más que nada a esa pobre muchacha y por ella me desprecias... Dilo francamente. Estás ciego comandante Arana, porque ella no se puede comparar conmigo bajo ningún aspecto... Al hablar asi, Yio Pai se había puesto en pie adoptando una actitud entre desafiadora y provocativa, irguiendo el busto, poniendo de relieve la maravilla de sus formas...

-No me entiendes, Yio Pai -respondió Arana.

-Sí. Te entiendo, pero no importa. Yo seguiré mi camino, te ayudaré en lo que quieras y me enseñarás a ser una buena reina si mi hermano Hamura ha muerto como temo... Pero de ella, no lograrás hacer ni una buena ama de casa...

Escuchábanse murmullos en el exterior del palacio, murmullos que iban en aumento y Yio Pai se levantó sobre la punta de los pies, tratando de llegar con su vista al exterior, de adivinar lo que sucedía.

-Parece que hay inquietud entre la gente. Es posible que hayan llegado ya noticias concretas del desastre...

-Veamos. Si lo deseas, te permito asomarte y que tus súbditos te vean. ¿O tienes miedo?

-No me conoces, comandante Arana. Es más fácil que no tardes en tenerlo tú...

Acercábase Yio Pai a uno de los amplios ventanales del salón cuando penetró un funcionario de palacio. Venía pálido, demudado y se excusó por interrumpir.

-La gente está como loca, señora. Se ha corrido la voz de que los rayos del Sol han abrasado a nuestro ejército y de que caminamos rápidamente hacia la catástrofe. Dicen también que la culpa de todo la tienen los extranjeros y piden que les sean entregados para romper el maleficio que pesa sobre el planeta...

Yio Pai sonrió con triunfal expresión, dirigiéndose a Arana.

-¿Qué te parece, comandante?

-Que tales cosas me harían reír si no me diesen lástima. Creí a tu pueblo, me refiero a los arúes, naturalmente, más culto.

-No eres demasiado inteligente, comandante. Mi pueblo es culto, pero esta generación no se ha visto ante una de estas pruebas e ignoran cómo en realidad pueden salvarse. Tienen miedo a perecer y cuando se acerca la muerte, uno se aferra por salvarse, incluso a viejas supersticiones desechadas. Y hay quien está explotando esa psicosis para deshacerse de vosotros y de mí, porque ambos le molestamos. Por eso han corrido algunos infundios y los lanzan aquí pensando en que yo puedo ser la primera víctima, tanto si os protejo como si me coloco frente a vosotros... ¿Cómo resolverías tú eso? Supongo que no pensarás matar a toda esa multitud que comienza a aglomerarse ahí.

-Naturalmente que no. Eso sería una cobardía que no estoy dispuesto a cometer. ¿Hay instalaron de altavoces para poder dirigirme a ellos?

-Sí. Pero sería una temeridad. Te atacarían antes de dejarte hablar...

-Voy bien defendido. Mi traje de zirconio «G» es invulnerable, a vuestras armas al menos, y me colocaré la escafandra. Y si no tienes inconveniente puedes salir tú primero y prepararlos...

-¿Y si me negase a hacerlo?

-Me demostrarías que eran insinceros tus propósitos de colaboración.

-No lo hago por eso. Temo que alguien aproveche el momento para lanzar una emisión de ondas ultrasonoras...

-No temas. He tomado mis medidas en ese aspecto y mis hombres ocupan las centrales productoras de tal energía y el intento fracasaría. Vamos, ya puedes salir...

A una orden de Yio Pai, fue abierto un gran ventanal y por él entraron con toda claridad voces, gritos, denuestos, manifestaciones de miedo... Y al acercarse la princesa a la balaustrada vio frente a sí una multitud entre asustada y violenta que era contenida a duras penas por la guardia personal. Pero apenas hubo hecho su aparición Yio Pai, dirigiéndose con amistoso ademán a la multitud, ésta calló, manteniéndose inmóvil, comprendiendo que ella iba a dirigirles la palabra. Produjéronse entonces algunas voces de protesta, pero la misma multitud hizo silenciar a los que las produjeron y Yio Pai empezó:

-Me extraña veros en tal actitud cuando aquí estamos trabajando para libraros y librarnos de esta especie de maldición que pesa sobre todos. Y en vez de ayudar permaneciendo cada cual en su tarea, dándonos tiempo para pensar a los que tenemos la obligación de hacerlo, venís a estorbar nuestra labor con vuestros gritos y vuestras violencias.

Pero alguien, escudándose en la masa, gritó, siendo coreado inmediatamente desde otros puntos:

-¡Los extranjeros! ¡Ellos tienen la culpa y hay que sacrificarlos! ¡Ellos han traído la maldición sobre nuestras cabezas y no cesará hasta que mueran! ¡Debes entregarlos!

-¡Silencio!

La poderosa voz de Arana se dejó oír, con expresión severa, imponente y todos los ojos convergieron en la extraña figura que ofrecía con

su traje de zirconio y su escafandra esférica, del mismo metal, pero transparente.

-¡El extranjero! ¡Muerte a él!

La voz salía de diferentes puntos, tal que si los amotinadores se hubiesen distribuido convenientemente, escudándose en la impunidad que les daba el hallarse mezclados con la masa a la que trataban de volcar. Pero Arana no se dejaba intimidar fácilmente y volvió a gritar:

-¡He dicho que silencio! ¡Quiero que me escuchéis porque os conviene! ¡Si después de escucharme seguís pensando como ahora, aquí os aguardo! ¡Lucharemos! Pero mientras tanto, si alguien interrumpe, ¡machacadle la cabeza porque trata de equivocaros, de engañaros y no le conviene que me escuchéis!

Tanto el aspecto como la voz de Arana eran para imponer y alguien que intentó gritar de nuevo desapareció entre un remolino de brazos que lo obligaron a callar a fuerza de golpes, haciendo sonreír a Arana que captó la escena, comenzando a hablar:

-Quien os ha dicho que el Sol está tan cerca que ha abrasado a vuestro ejército os ha mentido. El Sol está aún bastante lejos y antes de que llegue a hacer este planeta inhabitable, matándonos a todos con sus rayos, habrán venido muchas grandes aeronaves que os transportarán a otro planeta habitable, donde viviréis una nueva vida, libre de la amenaza que ahora pesa sobre vosotros, pudiendo disfrutar de la hermosura de una vida al sol y al aire libre. Yo y los míos nos podríamos haber marchado ya de vuestro planeta, tal como vinimos, pero no lo hemos hecho porque debemos salvaros y lo haremos. Yo he podido comunicar con el lejano mundo de donde he venido y me han prometido su ayuda. Y al que os diga lo contrario y que os hemos traído un maleficio, machacadle porque os engaña. ¿Creéis que de ser así estaría vuestra princesa Yio Pai a mi lado? Sin embargo, no debo ocultaros que vuestro ejército ha sido derrotado por el mío. Vuestro Ras Hamura, mal aconsejado por los mismos que hoy os excitan en contra de nosotros, nos atacó y le hemos vencido rápidamente con nuestras poderosas armas. Pero debemos desear todos que haya paz y machacar al que intente romperla. Necesitamos la paz para organizar el salvamento de todos, para ir hacia una vida mejor y más tranquila. Y ahora, como os ha dicho vuestra princesa, marchad cada cual a su tarea y aprestaros a recibir y ayudar a los restos de

vuestro ejército que irán llegando...

Calló Arana y la multitud permaneció estacionada, silenciosa, pero inmóvil como si esperase algo, y Yio Pai, dirigiendo una breve mirada triunfal a Arana, habló a su vez.

-Ya habéis escuchado al extranjero. Él os ha hablado con la verdad. Yo podía ser su prisionera igual que vosotros y, sin embargo, unos y otros somos libres. Podrían habernos aniquilado a todos y, sin embargo, sólo piensan en salvarnos. Y es cierto también que nuestro ejército ha sido derrotado por ellos y debéis prepararos a lo peor, pues muchos de los nuestros han muerto y posiblemente, entre ellos, vuestro Ras Hamura... Quiero paz. Y ahora debéis retiraros en silencio y orden sin tolerar que nadie os desvíe...

Comprendió Arana que Yio Pai estaba a punto de llorar y tomándola de la mano, se retiraron mientras la multitud, acongojada con las últimas noticias que Yio Pai les había dado, inició su retirada silenciosamente...

Cerráronse los ventanales, quedando aislados de la multitud y Arana se dirigió a Yio Pai:

-Debieras descansar. Tenemos por delante duras tareas que nos atañen a ambos y que debemos enfrentar con energía. No sé lo que pueden tardar en llegar nuestras aeronaves de la Tierra, pero tenemos que comenzar por ir preparando a los bárbaros para su nueva vida, haciendo que ellos mismos se construyan sus habitaciones, despertando en ellos el instinto de familia y el de propiedad e iniciándoles en una simple instrucción preliminar para que sean capaces de captar ideas y expresarlas con facilidad. Y eso, que parece tan sencillo, costará bastante esfuerzo. ¿Tenéis un censo de bárbaros?

-Sí. Existen unos registros de tipo rudimentario. Pero muchos de ellos habrán muerto en la batalla...

-Bien. Haremos un nuevo censo a medida que los vayamos asentando en sus tierras, enseñándoles a cultivarlas...

-De eso, las que saben algo, son las mujeres. A ellos va a resultar difícil inclinarlos al trabajo, al menos, mientras son jóvenes y se sientan con bríos para luchar.

-Los iremos sometiendo poco a poco, despertando en ellos la emulación y el estímulo de una mejor vida cuanto más y mejor se trabaja...

El coloquio fue interrumpido por Oramas, que había quedado de guardia en las emisoras radiofónicas. El joven oficial ofrecía un talante serio,

no pudiendo disimular la contrariedad que le dominaba.

-Perdón si le interrumpo, señor, pero el general Lomas desea comunicar con usted. Y quiero advertirle también que se observan ciertas interferencias sospechosas que hacen la audición difícil. Estaba escuchando un magnífico concierto cuando ha llamado el general...

Excusóse Arana con la princesa y se dirigió a Oramas:

-Le ruego que haga compañía a la princesa, teniente, pero tenga en cuenta que no es nuestra prisionera, sino nuestra colaboradora...

Corrió Arana hacia la emisora, situada a no mucha distancia del palacio de Yio Pai, y tan pronto se hizo cargo del manejo de la misma, que se diferenciaba en bastante de las que conocía de la Tierra, despidió al bakaido que se hallaba de servicio en ella. Deseaba estar completamente solo y manipuló, emitiendo la señal del *Escorpión Azul*, seguro de que no tardaría en ser respondida.

Efectivamente, no tardó en recoger la onda una estación de una isla interplanetaria y enviarla a la Tierra y a poco se escuchaba la voz del general Lomas.

-Aquí Madrid de España, en el planeta Tierra.

Arana sintióse sobresaltado al notar cierta angustia en la expresión del general y respondió rápidamente:

-Aquí comandante Arana, del Servicio de Policía Exterior, desde el planeta errante Buitrago al general Lomas...

-Te saludo, hijo mío. Y siento tener que darte una mala noticia cuando me hubiera agradado correr personalmente en vuestro auxilio. La Tierra está en peligro. Legiones interplanetarias llegadas de un mundo escondido, ajeno a nuestro Sistema Solar, han asaltado la Luna, destrozando a las guarniciones que teníamos en ella y se disponen, según los informes que recibimos, a saltar sobre la Tierra. Confío en que podremos vencer, pero no puedo disponer de un solo navío sideral ni de una sola isla interplanetaria para enviártelas. En este momento se halla reunido el Alto Estado Mayor de la Unión de Naciones de la Tierra, estando presentes también delegaciones de Marte y Júpiter. Quiere esto decir que deberéis valeros de vuestros propios medios para salir de ahí... Yo lo siento...

-No le preocupe, general: saldremos. Pero no es eso sólo. Me llevaré a los desgraciados habitantes de este planeta, los salvaré según me he

comprometido.

-Salvaros vosotros...

-Nos salvaremos, pero a ellos también. La palabra dada por un hombre de la Tierra no puede quedar en el aire. Somos algo en este universo y debemos mantenernos en tal postura. Y si esas legiones atacasen y la lucha fuese larga, seguramente llegaríamos a tiempo para ayudar a lograr la victoria. ¡Animo y a vencer!

-Que Dios te oiga, hi...

La voz del general quedó cortada, escuchándose ruidos, interferencias, en la receptora y Arana llamó varias veces, desesperadamente, llegando a captar en una de las ocasiones la voz del general, pero sin lograr entender ni una sola palabra, volviendo a perderse la voz.

-Es inútil. Interferirán todas las comunicaciones para aislar a la Tierra. ¡La Tierra en peligro y nosotros aquí, atados casi de pies y manos! ¿Y cómo resuelvo yo ahora esto? Nuestra huida en la isla interplanetaria y el *Escorpión Azul* la tenemos siempre casi asegurada, pero ¿cómo volver la espalda a esta desgraciada gente que comienza a creer en nosotros? ¿Cómo volvérsela a Doc Lam y sus hombres acorazados? ¡Imposible! ¡Lucharemos y triunfaremos o nos dejaremos la vida en el camino del triunfo! Momentáneamente, voy a establecer en este edificio mi cuartel general. Quiero tener en mis manos el control de las comunicaciones...

Arana estableció contacto con la isla interplanetaria por medio de la radiovisión y se puso en contacto con el primer teniente Luis Prast, que había quedado momentáneamente al frente de la colonia de hombres de la Tierra.

- ¡A la orden, señor! ¿Alguna novedad?

-Pueden haber algunas. Quiero que se reúnan conmigo, cuanto antes, el señor Naranjo, los profesores Riveiro y Hansen y el doctor Kamoto. Que vengan escoltados por el escuadrón «C», al mando del alférez Núñez. Equipe a la mitad del escuadrón con trajes invisibles, pues necesito ejercer una severa vigilancia sin que los vigilados puedan darse cuenta. Nada más. Actúe rápidamente.

A continuación se dirigió a la princesa Yio Pai, que se hallaba con Oramas.

-Necesito ponerme en contacto con una comisión de vuestros científicos. Quiero que sean los más destacados para que puedan informarme

de la realidad de vuestra industria y me acompañen a recorrerla...

-¿Ocurre algo grave, comandante?

-No quiero ocultarle que sí. Es preciso obrar con urgencia si queremos vencer...

-¿Puedo serle útil en algo, comandante?

-Sí. Dígale a su gente que debe tener confianza en mí y que cuando tome una decisión se me debe obedecer ciegamente. Una vez haya terminado con sus hombres de ciencia me entrevistaré con usted. Es necesario que conozcamos a los posibles enemigos. A los que han surgido, aunque permanecen en el anonimato, y a los que surgirán. Y seré implacable con ellos...

CAPÍTULO II

FRENTE AL PELIGRO

Luis Arana, que se había despojado de su escafandra para presidir la reunión con la comisión de científicos bakaidos, paseó su brillante mirada sobre los rostros de éstos, pasando luego a estudiar las expresiones de los profesores Riveiro y Hansen, la del japonés doctor Kamoto y la de don Damián Naranjo.

-Después de escuchar sus informes y sus respuestas, no debo ocultarles que nuestra situación es grave. Vuestro científico Sim Docto ha explicado perfectamente cómo este planeta, en su errante marcha, en su loca carrera semejante a la de los cometas, marcha a entrar en colisión con Mercurio y si librara ésta, a ser pasto de los candentes rayos del Sol, a ser absorbido por éste debido a nuestra falta de equilibrio en el espacio... Yo confiaba salvar a la escasa población de este planeta de tal hecatombe trasladándola con el auxilio de los navíos y las islas siderales que la Tierra me hubiese enviado, al planeta Venus. Así quedarían libres de la angustia que significa vivir bajo una constante amenaza. Y en Venus hubieran organizado su vida definitivamente. Pero por algo inesperado e imprevisible, los navíos de la Tierra no podrán llegar en nuestro auxilio y tendremos que dar nosotros con la solución. Y la solución sería construir nosotros los navíos siderales que nos liberarían, pero dudo mucho que en el escaso tiempo de que disponemos se pudiesen construir los suficientes. Entre nosotros hay un hombre que puede responder mejor que nadie a esta interrogación y es don Damián Naranjo, que conoce muy bien la construcción de los navíos siderales y que en la Tierra está considerado como un verdadero genio de la producción. ¿Qué dice usted a esto, don Damián?

-Aun sin conocer a fondo la organización industrial de que disponemos aquí en Bakaida, suponiendo por lo que he escuchado que, con ligeras reformas está capacitada para emprender tal tarea, sólo para las reformas y preparar los modelos, ya que se ha de construir en serie, pues se necesitan miles de navíos, necesitamos más tiempo del que disponemos.

Los rostros de los reunidos se oscurecieron ante el anuncio y Arana tomó la palabra.

-En otros términos. Tenemos planteada la batalla contra el tiempo, que es nuestro principal enemigo. Hemos de ganar tiempo y para esto sólo veo

una solución. Hay que lograr desviar al planeta de su trayectoria antes de que lleguemos a Mercurio, evitar la colisión con éste y alejarnos de él y del Sol.

Sim Docto, el más brillante de los científicos bakaidos, físico y, astrónomo, se levantó.

- ¡Pero eso resulta totalmente absurdo! ¿Cómo vamos a pensar siquiera en ello?

-Pues por absurdo que parezca, hay que hacerlo. Para ello movilizaremos todas nuestras reservas, todos nuestros recursos. Para salir derrotados siempre tenemos tiempo.

-Yo no dudo de su capacidad, comandante Arana, pero ¿tiene usted idea de lo que significa desviar de su trayectoria una masa que pesa más de seis mil millones de kilogramos?

-No tengo una idea muy exacta, pero sé que tengo la obligación de intentarlo, señor Sim Docto. Estoy convencido de que las cosas que no se logran son las que no se intentan y que si la humanidad no se hubiese lanzado en más de una ocasión a empresas descabelladas en apariencia, no hubiese logrado muchas de sus conquistas. Es cierto que el planeta en que nos hallamos no es un grano de arena precisamente, pero debemos tener en cuenta que está en movimiento, que no es una masa inerte y que lo que intentamos es desviarlo de su trayectoria...

-Así es, y la cosa variaría de aspecto si tuviésemos un punto de apoyo -remachó Sim Docto.

-¿Y acaso no lo tenemos? Yo había pensado que nuestro punto de apoyo podría ser el propio Mercurio. Podemos dirigir contra él energía como la de los rayos. «G-Z», y como las ondas ultrasónicas y ayudarnos con explosiones atómicas que las iríamos graduando a nuestra conveniencia para producir ondas de gran potencia que ayudasen a las ultrasónicas y a los rayos «G-Z». Podríanse aprovechar también otros tipos de explosiones para producir, aunque sólo fuese momentáneamente, el vacío allí donde nos interesase. Naturalmente, esta es la idea que tengo en líneas generales y que a ustedes, los hombres de ciencia, compete resolver en su detalle.

Produjose un profundo silencio entre los reunidos y Arana comprendió que su audaz idea les había impresionado. Tal vez en aquel momento la mayoría de los reunidos le estarían tachando de loco y de visionario. Observó el comandante español muchas de aquellas frentes que

parecían abatidas por los pensamientos, por la magnitud del problema que les había planteado y que tenían que resolver. Comprendió que muchas de aquellas frentes resultarían estrechas para abarcar su idea, ya que en ellas no tenían cabida más que las ideas rutinarias; podrían estar henchidas de ciencia, de la ciencia aprendida en las aulas y experimentada luego, pero carecían de genio, de amplitud de conceptos. Por unos instantes temió que tomase la iniciativa alguna de aquellas mentes estrechas y les sepultase en montañas de pedantería, pero afortunadamente, el profesor Hansen, que había penetrado en la idea de Arana, que había recibido pruebas de su genialidad, de la claridad de su visión para resolver las cosas más intrincadas, fue el primero en tomar la palabra, poniéndose en pie, mostrando el entusiasmo que la idea le había producido y la fe ciega que tenía en el español.

- ¡Ha tenido usted una visión genial del momento, comandante! Por mi parte, su idea me parece maravillosa y estoy dispuesto a estudiarla con toda su amplitud y a irla reduciendo a detalles. Y me pongo a disposición de los señores que estén dispuestos a estudiar y resolver conmigo.

-¿Tienen en cuenta que disponemos de muy poco tiempo para resolver y ponerla en práctica? -interrogó Arana.

-Me doy perfecta cuenta, comandante. Pero no olvido que disponemos en el *Escorpión Azul* de las dos calculadoras electrónicas, *Austin* I y II, las cuales nos ahorrarán muchas horas de trabajo. A no ser por ellas no respondería de que pudiéramos emprender la tarea a tiempo o, de hacerlo, lo habríamos de hacer de forma un tanto empírica... ¡Vamos, señores! ¿Qué responden a todo esto? -interrogó finalmente el profesor Hansen dirigiéndose a los científicos bakaidos.

Los bakaidos que, sin abandonar sus asientos se habían dividido en grupos y comenzaban a discutir, levantando un fuerte murmullo, se volvieron hacia el profesor Hansen, rompiendo sus discusiones particulares, pero sin decidirse a responder hasta que uno de ellos, de cutis marfileño y cráneo estrecho y picudo, y el cual se hallaba casi pelado, se alzó de su asiento y respondió con acre expresión:

-La idea me parece intrínsecamente absurda y no estoy dispuesto a colaborar en ella. No puedo arriesgar mi prestigio científico en cosa tan descabellada...

Dio la sensación de que iba a continuar, pero Hansen le interrumpió

con el ademán.

-Perdone que le interrumpa, pero no tenemos tiempo para perderlo discutiendo por qué no se colabora. Ya discutiremos bastante los que estemos dispuestos a colaborar cuando emprendamos el trabajo. Sólo necesito saber quiénes han de ser los que toman la idea como suya y están dispuestos a trabajan Les agradecería que se levantasen y en cuanto a usted, puede sentarse. Cuando hayamos triunfado le avisaremos y tendrá su plaza exactamente igual que si hubiese colaborado...

El bakaido empalideció, tornándose luego el color de su cara en un verde terroso; sentíase profundamente humillado, no sólo por las palabras del profesor Hansen, sino por el tono en que habían sido pronunciadas, pero, seguro de que la idea fracasaría, se sentó pensando en su revancha cuando los que emprendiesen la tarea se sintiesen derrotados.

Otro de los científicos se levantó y exclamó:

-Creo que es absurdo pensar en tal cosa y el tiempo que se va a perder en ella se podría emplear en construir unas cuantas aeronaves y así podríamos salvarnos con toda seguridad la minoría selecta de los arúes. En cuanto a esos pobres bárbaros, ¿qué pueden importarnos? Allá donde nos los llevásemos serían un impedimento para nuestro normal desenvolvimiento.

El profesor Hansen se disponía a responder de nuevo, pero se le adelantó Arana.

-Veo que media un abismo entre nosotros, un abismo que yo estoy tratando de salvar, pero parece que ustedes no quieren comprender. Como seres humanos, esos pobres bárbaros me importan tanto como los arúes y aún más, porque ellos se ven reducidos a una situación de inferioridad precisamente por culpa de ustedes y por ello me dan una lástima que no puedo sentir hacia ustedes. Yo podría desentenderme de este problema, ya que, con los elementos de que dispongo, la colonia de seres de la Tierra que dirijo tiene su salvación asegurada y aun podría llevarme algunos amigos de este planeta, como es el jefe de los hombres grises que habitan en Turasai. Pero no se trata de esto, sino de salvar a todas las criaturas de este planeta. Por ello les he reunido a todos ustedes, ya que no sólo se debe trabajar en el desarrollo de la idea que les he expuesto para ganar tiempo, sino que, mientras unos trabajan en ella y se lleva luego a cabo, otros estarán preocupados con el problema de la construcción de los navíos siderales, que presentan problemas de orden

material y técnico que no todos ellos serán fáciles de resolver. Por ejemplo, se necesita un metal o aleación de metales similares a nuestro zirconio «G», que sea capaz de resistir la fricción con el aire a las velocidades espantosas a que se debe volar y capaces de resistir el choque con los meteoros que cruzan el espacio a velocidades superiores a los 50 kilómetros por segundo y que agujerearían un metal corriente con suma facilidad. Nosotros tenemos medio resuelto el problema con el hallazgo que hicimos en la galería de entrada al Gran Cráter, pero necesitamos saber si existe suficiente cantidad de tal mineral para construir los diez mil navíos siderales que necesitamos para transportar a todos los habitantes de Buitrago. Necesitamos saber si se cuenta con suficiente materia para producir la energía motriz, si hay en Bakaida suficientes especialistas para conducir los navíos con unos ligeros cursillos de capacitación que se les puedan dar, etc. Tenemos planteado también un problema gravísimo y es el de la antropofagia de los bárbaros...

-Ese problema no debe preocuparle. Con los dragos se les puede mantener a raya perfectamente.

-No es solución. Nuestro concepto de vida rechaza la idea de que unas bestias deban servir para frenar determinados instintos de seres humanos. Sólo admito la idea de que se mejoren las condiciones de vida de estos seres y que, a la vez, se les eduque para que destierren de por sí tal costumbre. Ya estoy de acuerdo con vuestra princesa Yio Pai para sacarlos de Bakaida y asentarlos en territorios donde gocen del aire y del sol. Afortunadamente, por su constitución, ellos pueden respirar la atmósfera intoxicada para nosotros de este planeta... Es decir, habrá labor para todos los que tengan voluntad y el que no encaje en su sitio puede encajar en otro. Es posible que haya quien no encaje en lugar alguno y no por ello será molestado ni vejado, pero sí les pediré una cosa: que dejen trabajar a los que se hallan dispuestos y que procuren no alimentar la atmósfera de hostilidad que alguien trata de crear por servir a sus intereses particulares, a sus ambiciones, porque el que tal haga sufrirá el castigo a que se haga acreedor y cuente que será inflexible. No quiero que se oculte a sus claras mentalidades que somos los vencedores en una contienda que no buscamos. Que deseamos ser amigos y olvidar tal cosa, pero que si alguien se empeña en que la recordemos lo sentirá... Y ahora, señores, es el momento de decidirse. El profesor Hansen ha hecho un llamamiento para dar cima a lo que consideramos primordial: ganar tiempo.

Los que estén dispuestos a colaborar en tal idea que se levanten.

Habíase expresado con impresionante energía, de forma un tanto tajante y al terminar de hablar fue el propio Sim Docto el primero en alzarse.

-Considero que todos los trabajos a realizar son de sumo interés y dignos de que les prestemos nuestra máxima atención y ayuda y estoy dispuesto a ocuparme en cualquiera de ellos, si bien considero que, dada mi especialidad, mi labor está al lado del profesor Hansen...

- ¡Magnífico, profesor Sim Docto! ¡Gracias! -exclamó Arana.

El hielo quedaba roto, abriéndose el espíritu de colaboración y el profesor Riveiro, el sabio físico español, fue elegido para dirigir los trabajos encaminados a desviar de su ruta al planeta, mientras don Damián Naranjo se encargaba de dirigir la producción de los navíos siderales que se consideraban necesarios y hacer frente a los problemas técnicos y materiales que se les pudieran presentar, y el japonés, doctor Kamoto, presidiría la comisión que se encargaría de la reeducación de los bárbaros y su asentamiento en las tierras que les fueran destinadas.

Por su parte, Arana se reservó el derecho de supervisar la marcha de todas las realizaciones y una vez vio que las comisiones se reunían para iniciar sus trabajos, marchándose cada cual en busca de lugar adecuado, él se dirigió al palacio donde Yio Pai residía, dispuesto a darle cuenta de cómo marchaba todo y a que conociera la realidad de la situación.

* * *

Yio Pai, siguiendo las instrucciones que Arana le diera, habíase apresurado a convocar, por medio de Sim Docto, a los científicos de más relieve de Bakaida, enviándoles luego a reunirse con los hombres de la Tierra tras recomendarles la mayor comprensión para los problemas que les pudieran plantear y hacerles ver lo delicado de su situación.

-Tengan presente que somos prisioneros de guerra, pero que desean tratarnos como amigos. Que podrían destrozarnos con sus poderosas armas y que, sin embargo, desean que nos salvemos de la catástrofe que se avecina. Deseo que cuanto antes queden cicatrizadas las heridas que haya producido nuestra lucha contra ellos que, si bien ha sido corta, también ha sido terrible y la más amarga experiencia que hemos vivido en generaciones... Id.

Después de despedir a los sabios habíase dirigido al teniente Oramas:

-Si tiene algo que hacer, teniente, puede irse. No quiero malgastar su

tiempo.

-Gracias, princesa, pero cuando el comandante me ha indicado que permanezca en su compañía es porque desea que lo haga así.

-¿No tiene confianza en mí? ¿Me considera por ventura su prisionera?

-Lo ignoro, aunque no lo creo. Es posible que sólo desee que la custodie. El comandante tiene una visión bastante clara de las cosas y es posible que sienta el temor de que alguien pueda atentar contra su vida.

-¿Contra mi vida? No es posible. Los bakaidos me quieren y me obedecerán.

-No lo dudo, pero entre los bakaidos también pueden existir personajes ambiciosos que deseen aprovechar la ausencia o la muerte del Ras Hamura y que no vacilarán en sacrificarla a usted. No hace mucho usted misma decía que la manifestación «espontánea» que se había producido la habían promovido para desembarazarse de usted sirviendo nosotros como pretexto.

-Sí. Sin embargo, no se atreverán a atentar directamente contra mí. Los regicidios en Bakaida han sido severamente castigados, pues hubo época que estuvieron a la orden del día, dándose el caso de monarcas que no llegaron a gobernar durante un día entero. Y ahora nadie se atrevería a levantar la mano contra ninguno. Si un monarca se hace aborrecible, se reúne el Gran Consejo, compuesto por los ancianos nobles, los sabios más distinguidos y los brillantes generales y se le depone. Y tampoco hay rey que se atreva a oponerse a tal medida, pues sabe lo funesto que le resultaría...

-¿Y será usted la reina si se confirmase la muerte de su hermano?

-Sí. Me corresponde por derecho propio. Y deberé casarme con el hombre que yo escoja dentro de los tres primeros años de mi mandato. Y si transcurridos esos tres años no me he casado, entonces es el Gran Consejo el que se encarga de buscarme un marido que debo aceptar, quiera o no. Pero confío en hallar un hombre de mi agrado antes de que transcurra el plazo. Usted mismo podría serlo.

-¿Siendo extranjero?

-Sí. Aun siéndolo. Con la agravante para usted de que no tendría más remedio que casarse, aunque no fuera de su gusto. De lo contrario sería entregado a los dragos o a los bárbaros...

-Pues la elección no ofrecería duda, princesa, Por mi parte iría al

matrimonio sin necesidad de que me empujaran mucho.

-Muchas gracias, teniente. Es usted muy galante... Pero no todos los hombres opinan como usted...

Había amargura en el acento de la princesa, aunque Oramas no fue capaz de adivinar la causa, no obstante lo cual trató de arrancar la conversación del punto en que había caído, considerándolo sumamente peligroso.

-¿Y si le sucediese algún accidente o muriese sin dejar descendencia, quién sería su sucesor?

-¿Quiere saber de quién ha de guardarme? Pues me sucedería la princesa May Roana, prima hermana mía y mi pariente más cercano. En realidad, la muerte de mi hermano, si se ha producido, la habrá separado de la corona, pues estaba destinada a ser su esposa y, por tanto, reina... Pero ella es buena y cariñosa y no habrá que temer por ese lado.

-No hay que temer y, sin embargo, ya se ha intentado algo contra usted. No me agrada esto y voy a pedirle al comandante para que me destine a su custodia. Sólo así viviré tranquilo...

-Gracias, teniente. El día que deba elegir esposo le tendré en cuenta. Sé poco de usted, pero lo suficiente para contar con más probabilidades que otros. Es usted leal, valiente y afectuoso. Tengo la seguridad de que sería un buen rey... Pero dejemos esto ahora. Estoy segura de que ocurre algo grave. El propio comandante Arana no ha vacilado en decírmelo así. ¿Qué ocurre? ¿No lo sabe usted?

-Lo ignoro. El general Lomas ha hablado directamente con el comandante. Es posible que no puedan enviarnos el auxilio que les hemos pedido o puede suceder otra cosa cualquiera,

-No. Es eso mismo. Lo presiento. A veces pienso que pesa sobre nosotros una maldición...

-No debe ser supersticiosa, princesa. No admito ni que el pueblo bakaido lo sea, ya que gozan ustedes de una civilización y una cultura que pueden considerarse superiores. No hay efecto sin causa y el hecho de que este planeta no haya encontrado su sitio se debe a causas físicas, no a maldiciones. He tratado de comprender el motivo del desequilibrio del planeta, que es lo que produce el fenómeno de que se mantenga errante en el espacio, pese a su madurez, y no he dado con él, pero eso no quiere decir que

no exista...

-Nuestros sabios han hilvanado bastantes teorías sobre eso y llegaron incluso a asegurar cómo y cuándo terminaría la situación anormal; mas todas las teorías se han derrumbado sin llegar a verse confirmadas ni una sola. ¿Qué debo pensar después de eso sino que pesa una maldición sobre nosotros? ¿Qué pensaría usted, teniente?

-Pensaría que los hombres tenemos muchas limitaciones y que el hecho de que no podamos explicarnos un fenómeno no quiere decir que obedezca a causas sobrenaturales, sino a causas que están fuera de nuestro alcance, de nuestros conocimientos y nuestras inteligencias. Si no fuésemos tan soberbios, lo comprenderíamos así. Pero no. Nos empeñamos en querer explicarlo todo con espantosa pedantería y no reparamos en lanzar teoría tras teoría, que luego, a medida que los auténticos valores hacen progresar la ciencia, caen por su propio peso. Pero tales teorías han mantenido sumidas en el error y la confusión a las mentalidades medias durante años y años causando un daño irreparable en la mayoría de los casos. ¿No sería mucho más sencillo decir no sé?

-Sí, teniente, creo que sería más justo... A veces he llegado a pensar si el núcleo central de nuestro planeta no será el responsable del desequilibrio. Imagínese que no estuviese colocado exactamente en el centro de la masa total del globo o que dicho núcleo no fuese un todo homogéneo y que una parte de él pudiese pesar mucho más que el resto y fuese ésta la causa de la anomalía...

Oramas, tras escuchar a la princesa, comenzó a considerarla de manera bien diferente a como lo había hecho hasta entonces, e iba a responder cuando Arana penetró como una exhalación. Llevaba uno de los motores personales de propulsión y daba muestras de estar fatigado. La princesa Yio Pai no pudo menos de sonreír, si bien en su sonrisa había cierta amargura:

-¿De regreso ya, comandante? ¿Cómo le ha ido con mis científicos? Tengo la sensación de que está usted cansado y no me extraña. Tal vez no hayan sido capaces de responder de una forma adecuada. Yo he pensado en más de una ocasión que a nuestros hombres de ciencia les falta imaginación, fantasía. Tal vez por lo mismo no han logrado vencer algunos de los problemas planteados.

-Opino lo mismo que usted, princesa, si bien no me extraña que en

este medio ambiente no se hayan podido desarrollar tales cualidades. Aquí están faltos de horizontes de verdadera grandeza. Estoy seguro de que cuando trabajen en el exterior evolucionarán rápidamente. La prueba la tiene en Sim Docto que trabaja con las estrellas, lo que le obliga a asomarse al exterior, a sumirse en la contemplación del infinito. Es el más imaginativo de todos, aunque no quiero decir con ello que se exceda...

-Ya le comprendo, comandante, pero ¿se han entendido?

-Sí, aunque ha costado un poco. Sim Docto no veía con claridad mi idea, pero tan pronto él se decidió, arrastró tras sí a los demás, a excepción de uno que tiene un nombre muy raro... Algo así como Monc o Mork...

-Sí. Mork Traiver. Le conozco porque ha sido uno de mis profesores y resultaba sencillamente insoportable. Tiene una memoria impresionante, pero nada más. Su inteligencia es una medianía y queda además totalmente oscurecida por su soberbia y su pedantería. Me hubiera agradado prescindir de él, pero no podía. Pertenece al Gran Consejo de Bakaida...

-¡Malo! Mal enemigo me he creado... Pero no importa. Estoy acostumbrado a tener enemigos de más talla y a vencerlos...

-¿No está usted excesivamente satisfecho de sí, comandante?

-No sabría qué decirle, princesa, esa es la verdad. Es difícil mantener una completa ecuanimidad cuando se ve uno colocado en un lugar como el mío, teniendo que dar cara a todo y enfrentarse con cosas de las que casi no se tiene ni idea. Pero la práctica me ha demostrado que no hay más remedio que hacerlo y tal vez ello me ha estropeado un poco; pero vamos a lo que importa. No me agrada hablar de mí, sobre todo cuando no es necesario.

-¿Qué ocurre, comandante?

-Algo con lo que no contaba ni muy remotamente. La Tierra no puede enviarnos auxilio y debemos resolver el problema de nuestra situación por nuestros propios medios...

Yio Pai no dio la menor muestra de emoción, respondiendo serenamente:

-¿Y puedo saber qué medidas se han tomado para evitar la catástrofe?

-Naturalmente que sí. Por el momento sois jefe de Bakaida y lo debéis saber.

Y Arana refirió a Yio Pai y Oramas todo cuanto había sucedido en la reunión, a los acuerdos que se había llegado después de exponer sus ideas y la

creación de las comisiones que habían entrado inmediatamente en funciones para tratar de resolver los problemas planteados

-¿Y cree usted que el asunto quedará resuelto? ¿Cree usted posible que nos salvemos?

-Naturalmente, princesa. De no creerlo no me hubiese molestado en proponerlo. Me hubiese dedicado exclusivamente a preparar la salida del *Escorpión Azul* y la isla interplanetaria «S» y allá se las hubieran arreglado ustedes. Sin embargo, princesa, no debo ocultarle que el sabotaje que realizó usted con los aparatos generadores de los rayos «G-Z» nos va a retrasar bastante nuestra labor, aunque confío en que estén arreglados para el momento que se les necesite... Y nada más. Necesito ausentarme, quedando usted en completa libertad de movimiento. Sin embargo, dejo en el edificio de la radio al alférez Núñez, al cual se podrá dirigir como si fuera yo mismo. También dejo una discreta vigilancia en las centrales generadoras de energía ultrasónica de gran potencia para evitarme alguna sorpresa desagradable...

-¿Desconfía de mi lealtad, comandante?

-No, a pesar de que tengo motivos para ello.

Yio Pai bajó la cabeza con expresión avergonzada.

-Es cierto. Pero las circunstancias han variado. Entonces me debía a unas órdenes de mi hermano y tenía fe en nuestro triunfo. Debe reconocer que podríamos haberlo logrado a no seguir mi hermano una táctica equivocada.

-No me agrada discutir sobre lo que podía haber sido. Y pienso que las circunstancias pueden volver a variar y por lo mismo me prevengo. Me agradaría que no se sintiera ofendida por ello...

Y Arana, tras despedirse de la princesa Yio Pai, se dispuso a salir en compañía del teniente Oramas, el cual disponía de un motor personal, con el que no tardaron en salir de palacio, recorriendo las centrales productoras de energía ultrasónica para asegurarse de que las guardias que habían ordenado se hallaba cada cual en su puesto, recorriendo luego diversas zonas del país subterráneo para asegurarse de que había tranquilidad. Pudieron presenciar la llegada de muchos de los aviones que se habían salvado de la hecatombe, así como la de los más veloces carros de combate que no habían llegado a experimentar los efectos del gigantesco espejo por pertenecer a las fuerzas de reserva, y también la de algunos submarinos que, al recibir en ruta la noticia del desastre, habían vuelto a sus bases escoltados por otras unidades ligeras de

superficie.

-Parece que, de momento al menos, hay bastante orden. Por lo mismo, no me quiero entrometer en la labor de gobierno de la princesa y deseo aparecer ante estos seres lo menos posible. Es natural que ellos nos odien, que no olviden fácilmente la espantosa derrota... Además, nosotros tenemos a realizar una labor de verdadera importancia. No creo que los yacimientos cuyo hallazgo hice en el paso del Gran Cráter, sean suficientes para proporcionarnos la gran cantidad de metal que necesitamos para construir los navíos siderales. Pero además necesitamos fósforo, manganeso y bórax si queremos que el zirconio que logremos o su equivalente pueda resistir las grandes temperaturas que se desarrollan en la cámara de combustión de los navíos y el choque con los meteoros que viajan por el espacio... Mientras don Damián Naranjo dirige la producción de los modelos y hace las necesarias transformaciones en la industria, nosotros, con nuestros detectores, realizaremos las exploraciones para conseguir lo que necesitamos.

-¿Llegó a tiempo de escuchar lo que me decía la princesa Yio Pai sobre lo que ella pensaba que podía ser motivo de desequilibrio del planeta?

-Sí y reconozco que es una idea genial. Para producir el desequilibrio habría de ser una masa enorme o bien de un peso atómico extraordinario... Arana meditó unos instantes, diciendo al fin:

-Es una idea a tener en cuenta. Hablaré de ella al profesor Riveiro para que realice los cálculos preliminares y nos diga las posibilidades que encierra tal idea. Si encierra algunas podrá determinar con bastante exactitud el lugar donde debemos iniciar las exploraciones y nos hará ganar tiempo.

-Parece que los metales, según su grado de fusión, se encuentran a más o menos profundidad en el subsuelo.

-Esa es la teoría y debiera ocurrir normalmente, pero también influyen toda una serie de fenómenos que hacen que no siempre resulte así. No obstante, conociendo una formación geológica de tipo normal, sí se puede determinar a qué profundidad puede hallarse cada metal, si bien muchos de ellos fallan. Pero tales cosas no deben preocuparnos grandemente porque el profesor Riveiro, en caso de apuro, sería capaz de lograr sintéticamente el metal que necesitásemos, aunque para eso necesitaría una instalación industrial costosísima de la que hoy carecemos...

CAPÍTULO III
PERFIDIA

La muerte del Ras Hamura habíase confirmado, y la dirección del Gran Consejo de Bakaida habíase presentado ante la princesa Yio Pai para comunicarle la infausta nueva y confirmarle la decisión del Gran Consejo de que desempeñase ella la regencia hasta tanto fuese definitivamente coronada tal como correspondía.

Formaba parte de la dirección del Gran Consejo, Mork Traive, y cuando sus compañeros se hubieron retirado, se quedó con la princesa.

-Estimada princesa. Como antiguo profesor vuestro que he sido, pienso que mi responsabilidad cerca de vos es mayor que la del resto de mis compañeros y por eso me he quedado aquí. Deseaba hablaros a solas...

-Dígame, profesor. Ya sabe que siempre le he escuchado con agrado.

-La verdad es que no estoy muy seguro de eso. La juventud es alocada y no siempre comprende a los que nos asentamos en una firme experiencia. Pero yo sé comprender esas cosas y os he perdonado...

-Gracias, profesor...

-Pero ahora se trata de cosas bastante más graves que las que hasta ahora nos han relacionado. Deseo hablaros de esos extranjeros, de sus planes absurdos, irrealizables, que nos van a hacer perder un tiempo precioso cuando debiéramos estar trabajando por una mayor seguridad.

-¿Qué mayor seguridad nos cabe si no escapamos del planeta? En el interior de Bakaida estamos bien resguardados de los rayos del Sol, a menos que lleguemos a estar excesivamente cerca de él o que llegue a absorbernos. Si se produce la colisión con Mercurio, tal vez la única forma de librarnos es permaneciendo aquí dentro si tenemos la suerte de que no sea precisamente esta parte del globo la que entre en colisión

-Es que debemos intentar escapar del planeta.

-Pero carecemos de aeronaves adecuadas para eso. Sabe usted perfectamente, Mork Traive, que es el problema que no han podido resolver aún nuestros especialistas en la materia.

-Pero ese problema lo tienen resuelto los extranjeros y debemos obligarles a que nos presten su ayuda de una forma u otra.

-¿Olvida, profesor, el desastre que se ha producido por intentar tal cosa? ¿Pretende que inicie mí gestión de gobierno con una nueva hecatombe

que nos reduzca a menos de la mitad?

-¿Y qué importaría eso, de lograr nuestros propósitos? A fin de cuentas, los que nos podríamos salvar, de lograr construir unos cuantos navíos, no pasaríamos de un millar o dos...

-Me ruborizaría pensar tal cosa, profesor. Debo confesarle que los bárbaros, descendientes de nuestros enemigos seculares, seres de otra raza, esclavos malditos, me preocupan poco; pero a los arúes, ni pueblo, los seres de mi misma raza, no pienso abandonarlos. Si no puedo salvarlos a todos, me quedaré con ellos y correré la suerte que ellos corran, y todo aquel que se estime como dirigente le este pueblo debe hacer lo mismo...

-¡Pero eso es una locura, princesa Yio Pai! Debéis salvaros vos y lo más selecto del pueblo arúe, al menos. Al menos así, los que caigamos, tendremos la seguridad de que nuestra raza y nuestra cultura no perecerán, que nuestra continuidad está asegurada en el Universo...

-Todo eso son palabras, profesor. La única realidad es la otra: Que soy el jefe de un pueblo y que no estoy dispuesta a abandonarlo en la desgracia...

-Veo con desagrado que han prendido demasiado en vos las ideas de ese loco extranjero. Os habéis entregado a él sin meditar...

-Cuidado, profesor Mork Traive. Sé lo que os debo, pero no olvidéis lo que me debéis... Y no olvidéis tampoco que somos prisioneros, aunque el vencedor no quiere hacer sentir su situación sobre nosotros...

-¡Da risa pensarlo! Todo un pueblo, con una envidiable cultura y un progreso como el nuestro, en manos de un puñado de aventureros sin escrúpulos. Ellos pueden habernos vencido en la superficie, pero ¿qué podrían hacer aquí contra nosotros? Los rayos que han destrozado nuestro ejército no pueden introducirlos aquí... Tenemos posibilidad de apresar a sus jefes y no tendrían más remedio que entregarnos lo que necesitamos de ellos...

-No entra en mis cálculos traicionar a nadie. Tengo fe en los planes del extranjero y deseo que nos salvemos todos...

-Eso es absurdo. Creo que comienzo a sentir vergüenza de haber sido vuestro profesor de Ciencias...

-No se esfuerce en decirlo, profesor, lo comprendo perfectamente. Sé hasta dónde puede llegar su inteligencia. Pero cuídese, porque tal vez usted ignora que esos extranjeros poseen trajes que les hacen totalmente invisibles y que en este momento puede estar oyéndole alguno de ellos...

El profesor Mork Traive esbozó una sonrisa irónica que cortó luego rápidamente.

-Por favor, princesa. ¿Cómo podéis creer tales patrañas?

-Tiene usted flaca la memoria. ¿No recuerda que hace días se produjo una inexplicable alarma? Pues eran los extranjeros que penetraron en Bakaida con sus trajes invisibles. ¿No concibe usted que una civilización superior a la nuestra haya logrado el negro total, que no refleja la luz en absoluto? Pues le diré que yo sí los he visto, que he usado uno de ellos y que me valí de él para producir una serie de sabotajes en los dos navíos siderales de los extranjeros y para raptar al jefe de los mismos, al comandante Arana, a quien usted conoce. Sin embargo, pese a las ventajas que di con mis acciones, aún salimos derrotados... Y no quiero ser vencida y que nuestro pueblo sufra las consecuencias. Y créame, profesor, cuide lo que habla, no sea que le escuche alguno de los invisibles extranjeros y le aticen un porrazo cuando menos lo espere...

Había un dejo de humorismo en la expresión de la princesa, y el profesor no pudo evitar el tender la vista en torno suyo con clara expresión de recelo, temiendo de un momento a otro recibir el golpe que le podía tender en el suelo. Comenzaba a sentir un respetuoso temor por los audaces extranjeros.

* * *

Tod Dongo, el ministro de la guerra de Bakaida, había llegado de la desastrosa expedición casi agotado, lleno de amargura por la derrota, humillado por la espantosa huida que había emprendido a presencia de muchos de sus colaboradores. Había visto con tiempo suficiente y con claridad el desastre que se avecinaba y no había pensado más que en su propia salvación, sin pensar que era el jefe de la retaguardia del ejército, de las reservas y que había sido el propio Ras Hamura quien le había confiado tal puesto.

Después de la espantada pensó en las desastrosas consecuencias que tan irreflexivo acto podía acarrearle. Había abandonado su puesto cobardemente y eso el Ras no se lo perdonaría. Habíase detenido y estuvo tentado de volver, pero le sirvió de freno a tal idea contemplar desde la altura en que se hallaba la confusión que se había producido en las líneas de retaguardia del ejército, mientras toda la zona ocupada por la vanguardia quedaba envuelta en nubes de humo, producido por los incendios, y nubes de

tierra levantada por los que, aunque tardíamente, habían iniciado la huida.

Temió entonces que si se detenía más tiempo corría peligro de ser alcanzado por otros fugitivos, ya que la desbandada se había producido, y ser atropellado, pues comprendió que el terror se había apoderado de aquellos seres y que se podía temer todo de ellos. Y reanudó su veloz marcha, pero serenamente; sin que le impresionara lo que dejaba a sus espaldas y pensando con fruición que era totalmente imposible que el Ras Hamura se hubiese podido salvar. Aquello significaba que su cobardía quedaría totalmente impune y que inclusa nadie osaría hablar de ella, ya que, los que se pudiesen salvar, habían seguido su ejemplo.

Así, una vez en Bakaida, Tod Dongo se sintió seguro de sí mismo, y cuando recibió la visita del profesor Mork Traive, su innata ambición le había lanzado ya a la intriga, deseoso no sólo de conservar el puesto que ocupaba, sino de lograr otro más alto, su suprema ambición: ser el ras de Bakaida, Pero él no descendía de estirpe real y ni siquiera era noble; por tanto, no tenía más que un camino para llegar a tan envidiable puesto: el matrimonio. Le habían bastado pocas horas para enterarse de que Murt Fang, antiguo prometido de la princesa Yio Pai, había perdido todas sus posibilidades. Estaba seguro de no contar con las simpatías de Yio Pai ni las de May Roana, su sucesora inmediata, pero podía hacerse el imprescindible a la primera sin perder de vista que podía y debía explotar la ambición de la segunda. Pronto recogió los informes de lo sucedido durante su ausencia, la llegada de los extranjeros con Yio Pai prisionera y el sometimiento de ésta a ellos.

Pensó en librarla atacándolos con un golpe de fuerza por medio de las ondas ultrasónicas, pero recordó el fracaso de tal procedimiento cuando la primera penetración de los extranjeros en Bakaida y desistió.

Se le ocurrió entonces el despertar los sentimientos nacionalistas y los deseos revanchistas en los arúes, y tomando a sus agentes les dio instrucciones y los lanzó a la calle. Siguiendo sus instrucciones fue organizada la manifestación, permaneciendo Tod Dongo entre bastidores; el objetivo era hacer impopular a Yio Pai o lograr que se enfrentara con los extranjeros. De una forma o de otra quedaría prácticamente imposibilitada, y si se llegaba a la violencia podía ser la primera víctima. De esta forma le abriría el camino a May Roana, la cual, agradecida, sabría pagar. De no morir Yio Pai, él podría restituirla a la popularidad por medio de sus agentes si el precio que le pusiese

era aceptado. Y Yio Pai tendría que aceptar.

Pero su primera maniobra había fracasado y consideró la visita de Mork Traive como providencial. El antiguo profesor de la princesa tenía reputación de hombre sabio, sensato y leal a los intereses de Bakaida y de la familia reinante. Pero Tod Dongo, agudo psicólogo, sabía de la envidia, la soberbia y la ambición de Mork Traive más que él mismo. Sabía también que era un hombre mediocre, carente de astucia, y, pese a mantenerse en una posición de integridad moral, al menos aparente, no ignoraba Tod Dongo que su probidad no era más que una careta que estaba dispuesto a hacer servir en la primera ocasión propicia.

El recibimiento que Tod Dongo dispensó al profesor fue cordial hasta el extremo, desbordándose el ministro en alabanciosas hipérboles en favor del recién llegado hasta casi lograr abrumarlo, pese a que Mork Traive consideraba tal homenaje merecido y justo.

-Vengo desolado, estimado Tod Dongo... Yio Pai nuestra princesa, se ha entregado en manos de esos extranjeros y de sus descabelladas ideas. Y no es eso sólo, sino que ha puesto a disposición de ellos lo más florido de nuestras inteligencias, de nuestra intelectualidad.

-Pero supongo que éstos habrán sabido resistir tal presión...

-¡Nada de eso! Yo he sido el único que he sabido ponerme en mi sitio...

Y a continuación relató al ministro cuanto había sucedido en la reunión que Arana había presidido y de la que habían salido las tres comisiones de trabajo que ya habían comenzado a actuar.

-¡Jamás hubiese creído que pudiese ocurrir tal cosa! No en balde nuestro desventurado Ras Hamura, que tan clara visión de las cosas y los hombres tenía, no tenía confianza alguna en Sim Docto, pese a su pretendida sabiduría. Sin embargo, no mucho antes de morir me llegó a confiar que vería con gusto que usted asumiese la presidencia del Gran Consejo. Él sabía mejor que nadie de su lealtad y de su desinterés, profesor Mork Traive. ¿Y qué podemos hacer nosotros cuando la que ha de ocupar el lugar Ras Hamura hace eso?

-¡Luchar, estimado Tod Dongo! Muchos hombres de valía se colocarán a nuestro lado y arrastraremos al pueblo arúe con nosotros.

-No va a ser posible. Ellos han sabido captar al pueblo con sus

promesas, y el pueblo confía en ellos, con la ayuda del planeta Tierra, patria de esos extranjeros. Ya conoce usted el resultado de la manifestación espontánea que se organizó...

-Sí. Y también conozco las promesas que el extranjero hizo a los arúes. Pero tales promesas no podrán ser cumplidas, ya que la Tierra, ignoro por qué motivos, no puede enviar los navíos siderales que el extranjero se había apresurado a prometer. Por eso mismo nos han convocado. ¿No le parece magnífico que los extranjeros nos necesiten y que tengan que venir aquí a trabajar? ¡Los tendremos a nuestra merced! -aseguró Mork Traive, olvidado en su euforia de los temores que había llegado a sentir al final de su entrevista con Yio Pai.

Pero Tod Dongo, bastante más experimentado, era más cauto.

-No resultará fácil derrotarles. Habremos de dejar que se confíen y preparar bien las cosas. Y hombres de reconocida solvencia ante nuestro pueblo serán necesarios a nuestro lado para que la gente se sienta respaldada. Yo, incluso, había pensado en May Roana... Ella goza de tanta popularidad como la misma Yio Pai.

-Si quiere que le hable con sinceridad, no me agrada que las mujeres se pongan al frente de estas cosas, y ella habría de ser necesariamente nuestro caudillo -respondió el científico.

-Sí. Pero lo sería sólo nominalmente. El jefe natural de todo esto debe ser usted, estimado Mork Traive -repuso Tod Dongo con halagadora expresión-. Cumpliríamos así una de las últimas voluntades de Ras Hamura. Murt Fang, que podría haber ocupado el puesto, se ha descalificado él mismo con su incalificable traición...

-Si es necesario me sacrificaré -respondió Mork Traive halagado-. Yo dirigiré el movimiento en su aspecto político, procurando calar en el espíritu de nuestro pueblo con la verdad, demostrándole que se le han hecho unas falsas promesas y que es la propia Bakaida la que debe poner todo a contribución si desea salvarse. Yo me encargaré de buscar las adhesiones de los notables del Gran Consejo y de otras personalidades. Y usted deberá encargarse de la parte militar de la cuestión. El Gran Consejo le mantendrá en su puesto de ministro de la guerra, y en la menor crisis que se produjese le haríamos vicepresidente... La consigna debe ser: ¡Contra los extranjeros! ¡Por una Bakaida libre de ingerencias extrañas! ¡Hagamos honor a la memoria de

nuestro Ras Hamura!

-Me parece bien. Yo, por mi parte, movilizaré a los generales, los situaré en los lugares estratégicos, y tan pronto se dé la voz, las emisoras de ondas ultrasónicas volverán a nuestro poder. Los extranjeros no tienen cantidad de fuerzas suficientes para controlarnos, y sus armas más poderosas no podrán penetrar en Bakaida. Les daremos la batalla aquí dentro y les derrotaremos si sabemos actuar con cautela. Enviaremos contra ellos aviones cargados de explosivos y con ellos destrozaremos sus bases. Naturalmente, para ello habremos de arrancarles antes sus secretos. Y aquí dentro les cercaremos de forma que no puedan escapar, pero habremos de destrozarles antes sus trajes invisibles con emisiones de ondas ultrasónicas. En fin, ya iremos estudiando los detalles a medida que el momento se nos vaya presentando más propicio...

Poco más hablaron los dos hombres, y tan pronto Mork Traive, satisfecho de la gestión realizada, hubo salido de casa de Tod Dongo, éste salía también, encaminándose a los departamentos que May Roana ocupaba en una de las alas del Palacio Real.

El astuto ministro quería operar rápidamente, adelantarse a los acontecimientos, guiarlos él, imprimiéndoles la marcha que consideraba útil a sus ambiciosos fines particulares y apenas en presencia de May Roana se inclinó rendidamente ante ella, mostrando una expresión de acuerdo con las circunstancias.

-Permitidme, alteza, que os exprese mi dolor más vivo por la desgracia que nos aflige a todos, pero especialmente a vos. Yo, mejor que nadie, sé la confianza y las esperanzas que tenía él depositadas en vos, y lamento la desgracia irreparable, no sólo por su pérdida, sino porque significa el alejamiento vuestro de las labores de gobierno.

Pero May Roana conocía sobradamente a Tod Dongo, sabía de sus ambiciones, de su astucia y de su falta de lealtad; sabía que no debía confiarse a él y respondió:

-Gracias, señor ministro. Agradezco que se haya acordado de mí y sé que llora usted casi tanto como yo la irreparable pérdida, pero no debe preocuparle el que haya quedado excluida por la fatalidad de las labores de gobierno, ya que se hallan éstas en buenas manos. Mi augusta prima Yio Pai será una digna sucesora del malogrado Ras Hamura. Conozco su bondad, su

inteligencia y su sabiduría y sé que necesariamente dará un buen fruto.

-Me agradaría que acertase, alteza. Yo también tengo ese concepto de vuestra augusta prima. No la he visto aún después del desastre, pues sabiendo el aprecio que el malogrado Ras os tenía, he venido a veros primero; pero las noticias que llegaron a mis oídos antes de llegar aquí me hacen suponer que la princesa Yio Pai carece de energía y la talla que se necesitan en unos difíciles momentos como los que vivimos.

-No haga usted caso de infundios. La envidia es mala consejera, y hoy que llega ella a ocupar el lugar preeminente en nuestro país, los seres de mala fe se cebarán con ella -respondió May Roana astutamente.

Pero Tod Dongo sabía que May Roana no era sincera, que aquello era el forcejeo natural para vender cara su «mercancía», y osó dar un paso más.

-Bien quisiera ver las cosas de esa manera para lanzarme en contra de sus detractores, pero la cruda realidad se impone: vuestra augusta prima se ha puesto en manos de los extranjeros, entregándoles nuestra industria y poniendo a su disposición nuestros más eminentes hombres de ciencia. Y puedo garantizarle que no es una calumnia. El propio Mork Traive, de cuya solvencia moral no se puede dudar, es quien me ha informado de tal cosa. El fue llamado personalmente por la princesa Yio Pai con otros científicos y asistió a una reunión con los extranjeros. Pero Mork Traive no ha querido colaborar con ellos. Existe una naciente inquietud porque los extranjeros, apoyándose en la princesa Yio Pai, han hecho falsos ofrecimientos al pueblo arúe para apaciguarlo y calmar su inquietud. Algo que de vivir el Ras Hamura no se hubiese producido... Y yo digo ahora: ¿Debemos aguantar pasivamente que se nos engañe?

-Yo hablaré con Yio Pai. Ella es inteligente y comprensiva. Deben tener en cuenta que pesa sobre ella la muerte de su hermano y el dolor de una derrota...

-Más motivos para que reaccionara en contra de los causantes de ambas desgracias. Y es inútil que hable vuestra alteza con ella. Mork Traive ha querido hacerle ver lo equivocado de su postura, y sus razonamientos se han estrellado con la obstinación de ella.

-Lo siento. Comprendo que es lamentable, pero nada puedo hacer.

Tod Dongo dirigió recelosas miradas en torno a sí, tal que si temiera ser escuchado por otra persona que no fuese May Roana, y habló al fin,

simulando una inquietud que no sentía:

-Podéis hacer bastante, alteza. Yo he sido uno de los que nos hemos salvado de la catástrofe, el último ser que habló con Ras Hamura, y él pensaba que vos seríais su sucesora si algo le ocurriese. Os consideraba ya como algo muy suyo... Yo nada hubiese dicho de haberse mostrado la princesa Yio Pai digna del pueblo arúe, pero así no tendré más remedio que informar al Gran Consejo y estoy seguro de que la mayoría de sus componentes os apoyarán...

-Pero yo no puedo...

-Vos haréis el sacrificio, si así se os lo exige. Estoy seguro...

-Me duele que mi prima pueda pensar...

-No os preocupe eso. Tenéis mi apoyo, el de Mork Traive y el de los muchos que nos siguen. Contáis con nuestra simpatía y, particularmente, con la mía.

-Gracias, señor Tod Dongo. No sé cómo agradeceros...

-¿Quién habla de agradecimiento, princesa? Los dos nos sacrificamos por lo mismo. Seguimos idéntico camino y será necesario que nos apoyemos el uno en el otro. Debéis tener en cuenta, alteza, que salvo excepciones, los demás nos prestarán su adhesión, pero somos nosotros los que deberemos luchar, abrir brecha. Vos con vuestra categoría y vuestra simpatía personal; yo, con los muchos resortes que el ministerio pone en mis manos. Piense que tendremos que enfrentarnos con los extranjeros y arrojarlos de Bakaida, pero que antes debemos desenmascararlos...

Poco más hablaron la princesa May Roana y el astuto personaje y cuando éste hubo salido, May Roana hizo una mueca de desprecio y murmuró:

-¡Repulsivo sapo! Intriga, abre la brecha, arrástrate que ya sabré darte tu merecido a su debido tiempo. No sé si lograrás engañar a otros, pero va a ser difícil que lo logres conmigo. Hizo bien Ras Hamura en abrirme los ojos con respecto a ti... Creo que es la mejor herencia que me ha dejado.

Por su parte, Tod Dongo, dando un buen rodeo para que los servidores de May Roana no tuviesen facilidades para descubrir su maniobra, se dirigió a los departamentos de Yio Pai, donde ésta, retirada, guardaba el luto tradicional.

Fue anunciado a la princesa y ésta, tras hacerle aguardar un buen rato de antesala, se decidió a recibirle.

-Permitidme, Alteza, que os exprese mi condolencia más sentida. Sé lo que para vos representaba vuestro augusto hermano, como también sé la confianza que él tenía depositada en vos, de quien me hablaba frecuentemente. Os consideraba como su mejor puntal y os tenía reservado un preeminente puesto a su lado. Lástima que sus propósitos no se hayan podido cumplir para bien de todos los arúes y en particular, de los que tan cerca de él estábamos. Y sabed, señora, que aparte de mi cargo, tenéis en mí un incondicional servidor y que cuanto soy y poseo está a vuestro exclusivo servicio. Sabéis que era uno de los consejeros de vuestro hermano y que lo seré vuestro con verdadero placer.

Yio Pai sintió arrebatados deseos de escupir al rostro de Tod Dongo el desastroso concepto que tenía de él, pero sabía que tenía obligación de resistir y se contuvo. Y en su rostro se dibujó una triste sonrisa, casi una mueca de dolor.

-Gracias. Sé lo que le estimaba mi hermano y desde el momento que tuve conocimiento de la irreparable desgracia he contado con usted. Sabía que no me había de regatear los consejos que su larga experiencia puede dictarle y contaba con su visita. Tod Dongo pareció vacilar unos momentos antes de decidirse a hablar y la princesa le animó:

-Vamos, hable con franqueza. Comprendo que desea decirme algo... No tenga reparo alguno. Piense que debo endurecerme en mi labor, en esta penosa labor que, por la desgraciada y prematura muerte de mi hermano, ha caído sobre mis hombros...

-Pues bien, princesa. Hace muy poco que he llegado tras la desgraciada aventura y ya han llegado a mis oídos rumores de descontento. La gente no tiene comprensión y considera las cosas fáciles, porque no se enfrenta con ellas. Quisiera que me entendieseis, princesa.

-Esté seguro de que estoy en condiciones de entenderle si habla sin ambages. Veamos qué es lo que murmuran.

-Dicen que os habéis entregado en brazos de esos extranjeros, los cuales están imponiendo su criterio, sin contar para nada con los arúes. Hay quien habla de que estamos sojuzgados y que vos lo toleráis, que estáis traicionando el recuerdo de vuestro hermano, que os dejáis engañar... Hay muchas y variadas opiniones, y pocas de ellas os favorecen.

-¿Y cuál es la suya, señor Tod Dongo? Era la pregunta que menos

esperaba el intrigante y, aunque levemente, acusó el golpe. Sin embargo, se repuso rápidamente.

-Apenas si conozco lo que ocurre, princesa. Sin embargo, me hago cargo de las cosas. Comprendo que hemos sido vencidos y, aunque sea momentáneamente, no tenemos más remedio que someternos, al menos, hasta que podamos ver cuál es el punto flaco del enemigo. Se habla de unas falsas promesas y se os acusa de ser cómplice de tales promesas, así como de haber puesto la industria de Bakaida en manos de ellos.

-¿Y vos, que decís a eso? -preguntó la princesa con flema, sin descomponerse

-Digo que habréis tenido sólidos motivos para obrar así, ya que habéis sido capaz de sacrificar vuestro propio prestigio en bien de los arúes.

Yio Pai sonrió.

-Estaba segura de que usted me comprendería. Es usted dúctil e inteligente, es un auténtico hombre de estado. Y lo tendré en cuenta para futuras combinaciones ministeriales. Un hombre de su talla debe ser colocado en el lugar que le corresponde.

-Gracias, princesa. No sé cómo agradecer... Soy indigno de tal deferencia.

-Nada de eso. No sea usted modesto. Su lealtad merece eso y más...

-Procuraré hacerme digno de esa confianza. Yo sabré descubrir a vuestros enemigos para desenmascararlos. Quiero que sepáis que soy vuestro más rendido servidor y que todo cuanto valgo y poseo está a vuestra disposición, desde mi fortuna a mi última gota de sangre.

-Lo tendré en cuenta, mi buen Tod Dongo. Ahora deseo descansar, pues he tenido un día duro, de excesivo trabajo. Pero mañana a primera hora le aguardó para ponerles al corriente de todo y que empiece a trabajar. Y tenga cuidado con las tentaciones que le saldrán al camino. Debe prevenirse usted de Mork Traive. Tengo la seguridad de que es uno de los que alimentan esa hostilidad contra mí.

-No me extrañaría. Bajo su apariencia de lealtad existe un fondo de doblez y ambición y es posible que crea que ha llegado la hora de su vida, el momento que tanto ha ansiado. Pero en cuanto se deslice un poco lo amarraremos en corto. Y sin tratar de levantar muros de hostilidad entre familiares que siempre se han querido, debierais preveniros también contra

vuestra augusta prima, la princesa May Roana. Ella es ambiciosa y ha visto su futuro fracasado...

-Gracias, Tod Dongo, pero no hay cuidado. Ella me quiere y es incapaz de nada en contra mía.

-A pesar de ello, yo velaré y procuraré cubrirla de los golpes, vengan de donde vengan. Es difícil que a mí se me escape nada...

Despidióse Tod Dongo, satisfecho de lo fructífera que le había resultado la tarde, del planteamiento que había dado a los asuntos y salió en dirección de la casa de un prestigioso general, al cual pensaba nombrar jefe de las Fuerzas Especiales, dispuesto a ganárselo para su causa.

-Comenzaré por sembrar en él un poco de confusión para que recele de todos y no se confíe a nadie. Y luego será como una marioneta en mis manos.

Yio Pai, apenas si había salido Tod Dongo de la sala donde lo había recibido, hizo venir a un fiel servidor.

-Rol Frang, procúrate un equipo de cuatro hombres más de la máxima confianza. Turnándoos, seguiréis a Tod Dongo y a Mork Traive, anotando escrupulosamente las visitas que hacen o las que reciben cuándo han ocurrido éstas y el tiempo que han durado. Debemos vigilar bien a los traidores.

CAPÍTULO IV

NUBES EN EL HORIZONTE

Valiéndose de los aviones de Bakaida que se habían salvado del desastre, de los navíos e incluso de carros de guerra, los hombres bárbaros de Bakaida habían sido sacados del país subterráneo y asentados a la luz del sol en una extensión de terreno previamente saneada bajo la dirección del japonés doctor Kamoto y de la cual, con una tala de árboles adecuada y sabiamente dirigida, así como con la destrucción de la maleza que crecía exuberante, se había alejado a las fieras.

A medida que los bárbaros iban quedando asentados eran enseñados a explotar los cultivos y riquezas naturales como la caza y la pesca por sus hermanos de raza, los hombres acorazados, residentes en el vecino Turasai, aprendiendo también a construirse sus propias habitaciones, higiénicas, claras, en sentido de que pudiera organizarse la institución familiar, hasta entonces desconocida para ellos. Los propios hombres acorazados, al mezclarse con ellos, les iban pasando sus conocimientos, sus experiencias, su instrucción un tanto rudimentaria aún y tal labor era reforzada por proyecciones cinematográficas tendentes a educar y organizar a los bárbaros desterrando de ellos sus nocivas costumbres. Un pequeño grupo de hombres de la Tierra se encargó de esta parte de trabajo, apoyándose en los hombres acorazados destacados a tal efecto por su jefe Doc Lam y pronto comenzaron a sentirse los beneficiosos efectos de la educativa labor.

Al propio tiempo y también bajo la dirección del doctor Kamoto, se hicieron experimentos sobre diversos regímenes de alimentación y pronto se pudieron apreciar que, al disponer los bárbaros en su alimentación de suficientes vitaminas para sus organismos, las apetencias antropófagas iban disminuyendo, si bien se les sometía a una discreta vigilancia por parte de los hombres acorazados para evitar que la costumbre, demasiado reciente aún, pudiera resucitar en cualquier momento al calor de algún imprevisto incidente.

La princesa Yio Pai realizaba casi cotidianamente una visita al lugar donde los bárbaros se hallaban asentados, asistiendo satisfecha a la rápida y beneficiosa evolución que se operaba en ellos. En una de sus visitas, la princesa invitó para que le acompañasen a varios miembros del Gran Consejo, entre ellos a Mork Traive, y tras mostrarles cumplidamente los magníficos y

esperanzadores triunfos iniciales, se dirigió al grupo de sus acompañantes en general, aunque destacando con su preferencia a su antiguo profesor.

-Estoy contentísima de los resultados logrados que, como habrán observado, no pueden ser mejores. Estos seres, puede decirse que ya no son fieras, sino hombres. Creo que el esfuerzo y el sacrificio que hemos realizado está sobradamente compensado con los resultados y las futuras generaciones se sentirán orgullosas del paso que hemos dado.

Mork Traive se sintió aludido, se dio cuenta de que todas las miradas convergían en él y se creyó obligado a responder:

-Con todos los respetos. No estoy muy seguro de que las futuras generaciones arúes puedan sentirse muy orgullosas, ya que esta labor se debe a la imposición de esos execrados extranjeros y se realiza bajo su dirección. Y a ellos les ha preocupado muy poco, al tomar tal medida, el bienestar de los bárbaros ni su mejoramiento moral. A ellos les ha dictado tal forma de proceder su interés de privarnos de soldados que oponerles y de brazos que laboren nuestras tierras. Ellos no han pretendido con esto más que darle un golpe mortal a nuestra potencialidad bélica y a nuestra economía. En cuanto a las futuras generaciones arúes y las presentes, cuando vean que se habrán de realizar ellos las duras tareas que hasta ahora realizaban los bárbaros, puede que nos maldigan más que otra cosa. Pero si vos lo disponéis, por mi parte lo acepto y callo.

Pero Yio Pai no se dejó impresionar por la crítica de su ex-profesor. Ella sabía que se estaba jugando su trono, pero estaba dispuesta a cambiar toda una serie de normas que, bajo las razones que Arana le daba, comprendía eran injustas e impropias de seres humanos. Comprendía que en orden a civilización material, los arúes podían sentirse legítimamente orgullosos, pero que, en el orden moral, su civilización dejaba bastante que desear. Sintió que había prendido la atención de sus invitados y deseosa de irlos descubriendo, de irlos conociendo, respondió:

-El Gran Consejo, al que todos ustedes pertenecen, me ha nombrado regente de Bakaida hasta que llegue el momento en que ocupe efectivamente el lugar que por derecho propio me corresponde. Y al llegar a tal lugar se me confía el gobierno de Bakaida. Debo velar por los intereses del país y sus habitantes, según compromiso adquirido y deber del cargo. Y los habitantes de Bakaida son los arúes y los bárbaros, no lo olvide, profesor Mork Traive.

Debo preocuparme del mejoramiento moral y material del pueblo, y fíjese que el concepto moral, está colocado en orden de preferencia. Y no considero demasiado moral que un pueblo medre a costa del sacrificio de unos desgraciados seres que, además, son parte integrante de la comunidad, aunque de diferente raza. Al darles la dignidad humana que les corresponde, considero que nos dignificamos nosotros y al mejorar su preparación hago una labor provechosa para todos, ya que en el futuro podrán dar un mejor rendimiento y lo harán conscientemente, no empujados como bestias. Ellos se ocuparán de las actividades que sean capaces de desarrollar y lo propio ocurrirá con los arúes, pero bajo un plano de igualdad. Mi primer acto de gobierno, si llego a ocupar la jefatura de Bakaida de una forma efectiva, será abolir la esclavitud en que estos seres viven y destruir otras costumbres igualmente perniciosas, que nos degradan sin que beneficien para nada nuestra economía. Es cierto que la iniciativa ha partido de los extranjeros, pero la he admitido porque era buena. Y no olvide, profesor, que ellos nos han derrotado a pesar de nuestro brillante ejército con sus «fieros» bárbaros y lo han realizado sin esfuerzo alguno y que, de desearlo, nos hubieran sometido a la más completa de las esclavitudes. Lejos de eso, no se inmiscuyen en las labores de gobierno, dejándonos en entera libertad y únicamente se previenen de posibles futuros ataques ocupando nuestras centrales productoras de ondas ultrasonoras. Es lo menos que podrían hacer y, aunque nos hiera y nos duela, debemos reconocerlo así. En sus palabras, profesor -añadió Yio Pai-, vibra una dura crítica contra mi labor y una acusación de entendimiento por mi parte con el enemigo. No estoy dispuesta a tolerar ataques contra mi persona ni contra lo que represento. Sólo admitiré que exponga sus puntos de vista ante el Gran Consejo y no olvide que las acusaciones deben ir acompañadas de pruebas y que la calumnia y más si se vierte contra persona real, está severamente castigada. Y lo mismo digo en lo que se refiere a las conspiraciones.

Mork Traive, blanco de las miradas de sus compañeros de Consejo, hubo de resistir el chaparrón sin pestañear, procurando dominar sus emociones. Sintió que empalidecía y se dio perfecta cuenta de que sus compañeros de Consejo se aislaban hábilmente de él, mostrándose en cambio más obsequiosos con Yio Pai.

La visita a las tierras ocupadas por los bárbaros había terminado; los

motores de los aviones en que se había de efectuar el regreso fueron puestos en marcha y el grupo, presidido por la princesa se dividió en los tres aparatos. Mork Traive, que había efectuado el viaje en el mismo avión que la princesa, al regreso buscó plaza en otro de los aviones y durante todo el trayecto, aislado en un rincón, fue rumiando planes de venganza contra Yio Pai, contra Sim Docto y todos los que se habían brindado a colaborar con él, y contra los hombres de la Tierra, jurándose a sí mismo destrozarlos a todos.

Con verdadero deleite fue repasando el profesor a los personajes que había logrado enrolar en su movimiento y se veía ya elegido presidente del Gran Consejo. Y una vez en su sitial pegaría duro contra aquellos que momentos antes se habían apartado de él como si estuviera apestado. A algunos de ellos los tachó en su interior de traidores y cobardes, puesto que se habían comprometido con él para derribar a Yio Pai y apenas se habían visto puestos a prueba, habían retrocedido como asustadizas alimañas. Mas, a pesar de la decepción, seguiría adelante. Tan pronto se viese en la capital bakaida, correría a entrevistarse con Tod Dongo. Estaba seguro de que Yio Pai había concebido algunas sospechas, en particular sobre él, y Tod Dongo debía conocerlo.

Deberían iniciar la serie de sabotajes para evitar que los extranjeros progresasen en su labor e intensificaran la propaganda entre los arúes haciéndoles saber el engaño de que habían sido víctimas.

Después de un ajuste que Tod Dongo había realizado desde su ministerio, aún se contaba con un ejército eficiente, bien armado y equipado y ansioso de sacarse la espina. La mayoría de los jefes los tenían a su lado y los pocos que aún no habían caído en sus redes, no tardarían en caer. Disponían asimismo de todo el material de guerra, los polvorines y casi toda la marina con sus arsenales. Y la cosa no se había enfocado como una rebelión contra Yio Pai y sus métodos de gobierno, sino como un movimiento liberatorio en favor de ella para arrancarla de la esclavitud de los extranjeros, y las consignas de lucha, únicamente contra éstos iban lanzadas. Con tal sentido político que sus promotores consideraban magistral, habían logrado bastantes adhesiones que de otra forma se les hubiesen negado e iban minando lentamente el equilibrio que Yio Pai había logrado rápidamente a raíz del desastre.

* * *

Sarita Naranjo observaba a través de sus potentes gemelos de campaña el poblado que iban construyendo los hombres bárbaros de Bakaida y de de vez en cuando su rostro se contraía en una mueca de desagrado.

Sentía que se había ido alejando de toda cooperación, pero no podía remediarlo; le hastiaba todo aquello y añoraba a su Madrid, a su brillante Madrid, rebosante de alegría, de fiestas mundanas, de comodidades...

El doctor Kamoto habíala invitado a colaborar en la educación y evangelización de aquellas gentes, pero ella se había excusado. Le molestaba el olor que hacían, pese a las condiciones de higiene de que se les había rodeado y, además, les tenía un poco de miedo. Sabía que aquellos extraños seres, con sus tres ojos de forma esférica habían sido caníbales hasta hacía muy pocos días y no se fiaba, no lograba vencer una instintiva aversión hacia ellos.

Sin saber exactamente los motivos, Sarita Naranjo comenzaba a odiar a Luis Arana, a sentir una sorda irritación hacia él. Hacía bastantes horas que no le había visto y habían pasado días sin lograr hablarle. Él siempre estaba ocupado, se multiplicaba, parecía que poseía el don de ubicuidad y tenía tiempo para todo menos para dedicárselo a ella...

Y hallábase entregada a tales amargas reflexiones cuando sintió sobre su cabeza el suave zumbido de un avión al cortar el aire en su vertiginoso vuelo. Instintivamente elevó la cabeza y reconoció en el avión a uno de los aparatos que formaban la dotación del *Escorpión Azul*, el navío sideral de la Tierra. El aparato se había lanzado en vuelo picado y se acercaba rápidamente al encuentro del suelo, dando la sensación de que iba a estrellarse en él y Sarita tuvo la corazonada de que el aparato iba pilotado por su prometido. Nadie volaba como él ni hubiera sido capaz de lanzarse de aquella manera.

Siguió Sarita estremecida el rápido descenso y, pese a lo acostumbrada que estaba a verle realizar aquellas audaces maniobras, hubo de cerrar los ojos, temiendo ver que se estrellaba, que se destrozaba contra el suelo. Y cuando los abrió segundos después al notar que no se había producido el choque, vio al aparato posado en tierra y a un ser de la Tierra, tras descorrer el techo del aparato, saltar de él ágilmente, pese al entorpecimiento que significaban la escafandra y el flexible traje de zirconio «G», no demasiado ligero, pese a lo flexible.

A través del metal transparente que formaba la escafandra, reconoció

Sarita a su prometido y aquel odio, aquella irritación que hacía momentos sentía hacia él, quedó desvanecida para dejar paso a una desbordante alegría. Sin poderse contener, saltó la muchacha del pequeño autogiro en que había venido a satisfacer su curiosidad y corrió en dirección a Arana, llamándole a gritos, tratando de hacerse ver a fuerza de mover los brazos.

Finalmente Arana se volvió y al reconocer a su prometida se detuvo, contemplándola sonriente. Al reunirse se lanzaron el uno en brazos del otro e instintivamente quisieron besarse, pero el chasquido metálico de las escafandras les advirtió de su error. Y Arana, sonriendo despreocupadamente, se despojó de la escafandra a tiempo de que hacía señas a Sarita para que le imitara. Pero la muchacha protestó asustada.

-¡No! ¿Acaso has olvidado que la atmósfera de este planeta está intoxicada para nosotros?

-No lo he olvidado, pero opino que vale la pena intoxicarse un poco a cambio de poderte besar. Creo que cada vez me gustas más...

-¡Eres un farsante, embustero y ni tú mismo crees lo que dices! Si desearas besarme de verdad, podrías hacerlo tantas veces como quisieras. Hubiese sido suficiente con que saliésemos de este horrible planeta y nos hubiésemos casado ya. ¡Estoy harta y más que harta! Ahora, de no haber sido la casualidad, no te hubiese visto tampoco. ¡Parecemos un matrimonio de esos que están cansados de la existencia y que sólo se ven de uvas a peras! No tienes derecho a tenerme abandonada de esta forma. ¡No, no creas que hablo en broma! -añadió Sarita al notar la expresión de perplejidad de su prometido.

El gesto de Arana se tornó serio, triste y por unos instantes apareció en su rostro una expresión de cansancio.

-Lo siento, pero no puedo hacer otra cosa. Creí que al fin me habías comprendido, pero veo que no es así. Debieras fijarte en tu madre que se pasa días enteros sin ver a tu padre, entregado también por completo a su labor...

-¿Y tienes el valor de comparar? Ellos han disfrutado de su juventud y si nosotros nos hubiéramos casado ya tendrían hasta nietos...

-No seas egoísta. ¿Por qué ha de ser diferente? ¿Crees que tu madre siente menos la ausencia de tu padre que tú la mía? ¿Crees que lo quiere menos que tú a mí? ¡No seas absurda! Ella siente la ausencia y lo necesita más que tú a mí, pero se resigna porque sabe que lo que hacemos es necesario, que nuestras ausencias no es una cosa caprichosa. Pero tú continúas siendo la

misma niña mimosa de siempre, te crees el centro del universo y no puedes comprenderlo.

-¡Ni puedo ni quiero comprenderlo! ¡Estoy harta de todo y quiero que nos marchemos cuanto antes o te odiaré toda mi vida! ¡Necesito estar en Madrid, en mi Madrid!

-¿Y todo lo demás no significa nada para ti?

-¿Y qué es lo demás? ¿Estos horribles seres que tenemos ahí cerca o esos otros que son más horribles aún porque ¡os mantenían esclavizados?

-Son seres humanos y si han cometido errores, más dignos de lástima y de nuestra atención son aún. Es lo cristiano; y tú, yo y los demás lo somos y tenemos que demostrarlo portándonos como tales. ¿Qué pretendes? ¿Que los deje abandonados a la terrible suerte que les espera?

Sarita se sintió cogida, pero no quiso retroceder.

-Tu misión, la misión con que saliste de la Tierra, está ya sobradamente cumplida. Libraste el espacio del planeta pirata y liberaste a los que se hallaban presos en él. Era todo lo que tenías que hacer.

-Eso ya me lo has dicho otras veces y no valía la pena que lo repitieras. Eres la única que mantiene esa postura egoísta pero no me desviarás de lo que considero mi deber. Lucharé hasta el último momento para salvar a estos desgraciados.

-¡Eres odioso, aborrecible! ¡Te crees un ser superior y no hay quien te aguante! Además, te crees el imprescindible que todo lo ha de resolver personalmente como si nadie más que tú supiera hacer las cosas.

-Si lo que pretendes es herirme, no pierdas el tiempo. Como responsable de toda esta labor debo supervisarla y, además, soy quien debe imprimirle unidad para que cada cosa esté en su tiempo y lugar. Procuro cumplir mi obligación como cada cual hace con la suya y debieras tomar ejemplo de tus padres. Si les imitaras y te emplearas en algo útil, en algo propio de tus condiciones, no te ocurriría lo que te ocurre.

-Ya intenté trabajar, ayudarte en varias ocasiones y allí donde intervine fue para estropearlo.

-Porque te metiste donde no debías. Prueba a hacer una labor que esté en tu capacidad realizarla y verás que eres tan útil como otro cualquiera.

-¡No pienso hacer nada ¡Estoy harta! ¡Quiero irme a Madrid cuanto antes! Y una vez en él demostraré que has abusado de la autoridad que se te

había conferido. Y te va a ser muy difícil demostrar lo contrario...

-Haz lo que quieras. Me tiene sin cuidado, pero vas a sufrir una decepción más. Y te voy a confiar algo para que no creas que todo en mí es altruismo al tratar de ayudar a estas gentes. Siento también el deseo de ayudar a nuestros coterráneos. La Tierra está en peligro, posiblemente a estas horas habrá sido atacada. Por eso, después de haber logrado comunicar con tu tío hemos perdido todo contacto con ella. Y al construir la serie de navíos siderales que están en proyecto, no es sólo con la idea de salvar a estas gentes, sino de emplearlos luego contra los enemigos de la Tierra, si es que llegamos a tiempo. ¿Lo comprendes ahora? Es posible que si estuvieras en estos momentos en Madrid, estarías deseando ardientemente salir de él y esconderte en cualquier ignorado rincón del universo. Y esos monstruos que tanto asco y horror te inspiran -añadió Arana señalando hacia el poblado en construcción-, te parecerán como ángeles cuando los veas lanzarse en defensa de nuestra Tierra. Tal vez entonces consideres que hice bien en arriesgar a salvarlos, porque tú eres así de egoísta.

Sarita Naranjo quedó muda por unos momentos, contemplando a Arana con expresión de espanto.

-¿Es cierto eso que dices?

-Es cierto. Tu padre y Oramas lo saben también y todos los que tenemos una responsabilidad...

-¿Y destrozarán Madrid, me dejarán sin casa, me quedaré sin todas mis cosas?

-Es posible que ocurran todas esas cosas, aunque no han de ocurrir necesariamente... Pero sólo piensas en lo tuyo: tu casa, tus cosas... ¡Eres terriblemente egoísta y me duele! No se te ocurre pensar en que muchas familias pueden quedar destrozadas, sin hogar, en la más espantosa de las miserias...

-¿Salió mucha gente en mi ayuda cuando apresaron a mis padres? Sólo encontré falsa compasión.

-El que los demás sean egoístas no justifica nuestro egoísmo. Todo lo más lo cubre, pero el mal existe y será inútil que cerremos los ojos del alma para no verlo. Y además, eres injusta. Un montón de hombres a los que la cuestión no les atañía, se brindaron a salir voluntarios y algunos lo han pagado con la vida. Si todos pensaran como tú, sólo hubiéramos salido de Madrid a

los que la cosa podía interesarles: tu tío, tú y yo... aunque también yo tenía motivos para no querer saber nada...

Sarita, al escuchar las razones de Arana, contempló a éste en silencio y su expresión fue cambiando, tornándose de violenta en sumisa hasta bajar la vista con expresión de vergüenza.

-No sé cómo te las arreglas, pero al final, siempre tienes razón. Procuraré no crearte problemas y ayudarte en lo que pueda... pero prométeme que también tú harás un esfuerzo de vez en cuando y me buscarás. Yo no tengo más que una parte de culpa de ser así y te prometo que me enmendaré...

Desposeyóse Sarita de la escafandra y ofreció su boca a Luis, quien la besó apasionadamente, estrechando fuertemente a la muchacha contra su pecho.

-Así te quiero más y ese es el camino de la felicidad. Hay que olvidarse de sí mismos y pensar en los demás, hay que darlo todo sin reservas ni preocupaciones que sólo con la satisfacción moral que se experimenta ya hay suficiente recompensa... Y si luego viene algo más, como ahora -añadió Arana sonriente, tornando a besar los tentadores labios-, entonces el mundo se convierte en un paraíso...

-Para perder el miedo, quiero hacer mi primera visita a los hombres bárbaros, cogida de tu brazo. Me agradaría que me admitieras a tu lado, ser como un ayudante tuyo o tu secretaria. Yo no carezco de valor y sólo necesito que me pongas a prueba. A tu lado, me mantendría vigilante y mi instinto descubriría a tus enemigos mejor que todas las razones. Pondría en orden tus asuntos y tú marcharías con más descanso sabiendo que a cada momento te recordaría lo que debes hacer.

-Eso que tú pides es más difícil de lo que imaginas y, además, es expuesto. Yo no me hago ilusiones y sé que entre los arúes tengo un montón de enemigos que en un momento dado, cuando ellos lo consideren más oportuno, pueden atacar. Y el tenerte a mi lado en tal ocasión me ataría un poco de pies y manos, pues tendría la preocupación constante por tu suerte, por defenderte y esto me restaría efectividad...

-¿Ves cómo tú también eres egoísta? En este momento sólo pensabas en ti sin hacerte cargo de mis sufrimientos durante tantas horas en que sé estás expuesto a miles de peligros. Decididamente, desde este momento, seré tu ayudante y no podrá separarme de ti más que la muerte. Es inútil lo que

intentes en contra porque me rebelaré y te seguiré quieras o no...

-Está bien. Has ganado. Pero no quiero que tiembles. Estos bárbaros nos tienen por seres superiores y hay que mantener tal sentido de superioridad sobre ellos. Sólo así, en un momento difícil, te respetarán e incluso te ayudarán. Pero si llegan a notar que tienes miedo, estás perdida, porque tan pronto te vean sola te destrozarán. Piensa que se ha conseguido bastante de ellos, pero no lo suficiente aún...

Los dos jóvenes, cogidos del brazo, se dirigieron al improvisado poblado de los bárbaros y una vez en él fueron pasando revista a los diversos trabajos en marcha que algunos miembros del pueblo de los hombres acorazados les fueron enseñando y que Luis Arana examinó bastante complacido, viendo que las laboriosas mujeres de los bárbaros eran las que llevaban el peso de aquella fase de su evolución.

-Es la primera vez que estoy aquí, Luis, y no conozco el fondo de esto, pero noto algo raro en el ambiente -murmuró Sarita al oído de Luis.

-Deben ser aprensiones tuyas. Estos tipos son un poco raros, están acostumbrados a otra clase de vida y les cuesta adaptarse...

-No estoy tan segura. Fíjate en cómo nos miran, en particular a ti. Me refiero a los hombres. Con las mujeres es diferente. Se las nota más normales y parece que comprenden mejor que se les está haciendo un bien. Pero ellos son diferentes... Fíjate, por ejemplo, con cuidado, en ese tan robusto que está casi a tus espaldas, a la izquierda, apoyado contra el tronco del árbol... Procura que no se dé cuenta de tus intenciones.

-Está bien... No mires tú para él.

Dejó transcurrir Arana unos Segundos esperando a que el aludido se confiara y de improviso se volvió rápidamente, sorprendiendo en él una mirada inflamada de odio, mirada que disimuló tan pronto se dio cuenta de la maniobra de Arana, bajando la vista y adoptando una actitud de indiferencia.

-Creo que tienes razón. Aquí ha ocurrido algo grave...

Abrió entonces Arana los ojos y fue captando algo de lo que el instinto de Sarita le había avisado y al finalizar la visita se dirigió a ella.

-Estoy seguro de que existe un ambiente de hostilidad que hace unos días no existía. Es posible que les moleste un tanto trabajar o verse dirigidos por los hombres acorazados, pero de todas formas, voy a enterarme.

Había aprendido Arana el rudimentario idioma de los bárbaros y al

sentir que el mismo hombre bárbaro que primero había llamado la atención de Sarita había vuelto a salirle al encuentro, dirigiéndoles furtivas miradas, se dirigió a él de improviso:

-¿Por qué permaneces ocioso? Eso no es digno de un hombre joven y fuerte como tú.

-Menos digno es el trabajar No quiero que mis músculos se estropeen -añadió con orgullosa expresión-. Eso de trabajar está bien para los viejos y las mujeres.

-Eso está bien, pero sólo hasta cierto punto, porque tú, que tan orgulloso te muestras, te aprovechas del esfuerzo de ellos sin aportar tú nada. ¿Es que no hay caza en los bosques o es que temes enfrentarte con la bestia?

Arana conocía sobradamente la psicología de aquellos seres y deseaba provocar a aquél para tratar de adivinar el motivo de su inquietud, confiando que una reacción violenta se lo manifestaría.

Y la reacción se produjo. El bárbaro avanzó dos pasos y parecía dispuesto a lanzarse contra Arana y clavarle una especie de venablo que llevaba en la mano, pero le contuvo la frialdad de la expresión del terrestre, su serenidad y al ver que éste le encañonaba como al azar con la pistola de ondas ultrasónicas de que se había provisto

-¡Grumbo no tiene miedo! ¡Y tú debes saberlo! Pero Grumbo no tiene ganas de cazar...

-Si Grumbo no tiene ganas de cazar es porque no quiere correr el riesgo. Es más cómodo presumir aquí de valiente sin correr riesgo alguno...

-A Grumbo no le importa el riesgo -exclamó entonces el bárbaro con voz bronca y furiosa expresión-. Pero Grumbo es un buen soldado y sólo arriesgará su vida en la lucha... Y cuando haya vencido comerá carne humana...

-Creo que no te hará daño la carne humana, Grumbo, porque no habrá lucha.

El bárbaro hizo una mueca que podía equivaler a una sonrisa burlona y exclamó:

-Eso lo creerás tú. Pero yo estoy seguro de que te equivocas y entonces te demostraré que no temo.

-Está bien, Grumbo. Resérvate para entonces y si aciertas es posible que tus huesos sean roídos por los dragos... Porque si hay guerra, la perderás.

Y el que te hable de lo contrario te engaña...

Sin demostrar el menor recelo, Arana le volvió la espalda al bárbaro y éste levantó la mano armada del venablo, pero se encontró con la mirada de Sarita, una mirada firme, dura, que se apoyaba además en una pistola desintegradora apuntada contra sus ojos, y el bárbaro detuvo su acción, volviendo la espalda para desaparecer corriendo en dirección a las afueras del naciente poblado.

-¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Quiénes han venido?

-Ha venido la princesa Yio Pai de Bakaida con algunos miembros del Gran Consejo. Pero ellos han hablado poco con los hombres bárbaros y yo he estado presente siempre. Nada podía servir para soliviantarlos y yo también les noto nerviosos, sin aquella tranquilidad que había logrado. Se muestran un tanto rebeldes y quería hablarle de tal cosa.

-Seguramente que la princesa y su séquito vendrían en aviones, ¿no es eso?

-Sí. Vinieron tres aviones.

-¿Y las tripulaciones de los aviones os acompañaron a lo largo de la visita?

-No. Sólo dos miembros de ella como escolta de la princesa. Los demás quedaron en los aparatos.

-¿Sabes si ellos hablaron con alguno de estos bárbaros?

-Pues sí, hablaron. Y precisamente uno de ellos habló con Grumbo...

-Es suficiente. Grumbo era una especie de jefe entre los suyos. Se distinguía por su fortaleza y su inteligencia, que sobresalía del nivel medio de los bárbaros. Por eso seguramente lo han escogido a él.

Meditó Arana unos instantes tal que si una idea le atormentara y finalmente se dirigió al hombre acorazado:

-Deberás vigilarlos estrechamente, pero con habilidad para que ellos no sientan esa vigilancia. No les molestes y dales amplia libertad para que se manifiesten sin cuidado. Y procura enterarte de si les entregan armas. Si lo consideras necesario le dices de mi parte a Doc Lam que te envíe algún grupo de refuerzo y vivid precavidos para evitar cualquier golpe de fuerza. Yo también comunicaré con mi base para que no se puedan producir sorpresas.

CAPÍTULO V
VISIÓN APOCALÍPTICA

En las instalaciones industriales de Bakaida se trabajaba febrilmente, sin dejar punto de reposo a las máquinas, turnándose los hombres para evitar su agotamiento. Se acercaba el momento decisivo de la prueba más dura por que había de pasar el planeta y Arana no quería dejar al azar nada. Confiaba en el triunfo, pero no ignoraba que sería costosísimo de alcanzar.

Realizados los cálculos por el grupo de científicos, dirigidos por el profesor Riveiro, se habían tenido que proyectar primero y llevar a la práctica después, potentes emisoras de rayos «G-Z» y otras no menos potentes de ondas ultrasónicas, estableciéndolas en los lugares de la superficie del planeta que se consideraron idóneos para la misión que debían realizar.

Sirviéndose de los principios de los proyectiles «ADI», construyéronse unos gigantescos proyectiles de tipo atómico unos y con explosivos de plásticos de gran potencia otros, y se hubieron de montar unas plataformas especiales de lanzamiento. Estaban destinados los proyectiles a producir el vacío en determinados momentos y a producir potentes ondas de choque que sirviesen para desviar al planeta de su trayectoria y hasta los menos optimistas, al verlos en construcción, al ver las plataformas montadas, comenzaron a tener fe en Arana y por movimientos espontáneos fueron haciendo acallar las murmuraciones que contra él se levantaban en el país bakaido, murmuraciones orientadas por el grupo acaudillado por Mork Traive y Tod Dongo y que, en continua y activa labor de zapa habían llegado a dominar una mayoría de la opinión del país.

Arana se multiplicaba, viéndosele en todas partes, animando a unos y otros con su ejemplo y su fe. Había llegado a hacerse popular su figura, y la vitalidad así como el desprecio que mostraba por el peligro, le ganaban continuamente adeptos, contrarrestando de una forma inconsciente la labor negativa del grupo enemigo. Él habíase dado cuenta de la creciente popularidad de que disfrutaba y había llegado a prescindir completamente de su traje invisible, mostrándose enfundado en su traje de zirconio y su escafandra transparente.

Agradaba a la gente que colaboraba en su idea el notarlo tan seguro, tan confiado en el éxito, hasta el punto de que sus enemigos llegaban a vacilar, siendo necesario el fanatismo de Mork Traive y la ambición desmedida de

Tod Dongo para que no variaran de postura.

Al día siguiente de su visita al poblado de los bárbaros, Arana, seguido siempre por Sarita Naranjo, pidió audiencia y fue recibido por Yio Pai. La princesa disimuló la contrariedad que la presencia de Sarita le causaba, pero hizo caso omiso de ella, dirigiéndose a Arana desplegando todo su atractivo, toda su coquetería, segura de lastimar así a la española.

-Creí que me había tomado usted miedo, comandante. Hace bastantes días que no he tenido la dicha de verle...

-Gracias, princesa. La dicha la sentimos los que tenemos la suerte de vernos en su presencie no le extrañe que sintamos un algo de miedo a sus atractivos, siempre en progresión...

-Muy galante para ser un soldado, comandante. Seguramente por eso es por lo que se ha procurado una defensa -añadió sonriendo a tiempo que señalaba con el ademán hacia Sarita.

Pero la española era demasiado orgullosa para darse por aludida y fue Arana al que respondió.

-Nada de eso, princesa. La señorita Naranjo es mi ayudante y me acompaña a todas partes. Me presta muy buenos servicios y sentiré si algún día hubiese de prescindir de ella. Y ya que he mencionado a la señorita Naranjo recuerdo que ayer me hizo notar la hostilidad que existía latente entre los hombres bárbaros recién asentados y hube de darme cuenta inmediatamente que no se equivocaba...

-Es posible. Dicen que las mujeres somos bastante sagaces.

-Naturalmente, al llegar a tal convencimiento me preocupé por las causas que podían haber producido tal fenómeno y llegué al convencimiento de que se había iniciado a raíz de la última visita que hicisteis acompañada por algunos miembros del Gran Consejo de Bakaida.

Yio Pai acusó el golpe, mostrando una clara sorpresa, dirigiéndose seguidamente a Arana:

-¿Me acusa usted, comandante? ¿Cree que me he valido de tal visita para soliviantar a esas pobres gentes?

-Nada de eso. Es más, tengo la seguridad de que no habéis intervenido en nada. Sin embargo, no podría asegurar lo mismo en lo que a vuestro acompañamiento se refiere. Alguien aprovechó la oportunidad que tal visita le brindó.

Notó Arana claramente que Yio Pai trataba de dominar su enojo y oyó cómo pronunciaba hablando consigo misma.

-¡Ese Mork Traive! Sentiría tener que hacer un escarmiento con él y por más que trato de evitarlo no sé si podré lograrlo...

Las palabras salían como mordidas y Arana, satisfecho del giro que iba tomando la entrevista atajó a Yio Pai.

-No ha sido él, princesa. Al menos, él no actuó personalmente, ya que no llegó a separarse un momento del grupo que formaban los del Gran Consejo en torno suyo.

-Tiene un buen servicio de información, comandante.

-No, y tal vez sea ese uno de mis errores, pero debo confesarle que no dispongo de gente suficiente y que debo limitarme a una ligera vigilancia. No obstante, sé que fue alguien de los que componían las tripulaciones de los aviones que les condujeron, el que realizó la labor.

-Con eso me basta para averiguarlo inmediatamente. Yo sí he logrado montar un buen servicio de información porque me va mucho en ello y dispongo de suficiente gente leal. Así es que, en lo que a Bakaida se refiere, puede usted vivir tranquilo. Usted ha tenido la delicadeza de no inmiscuirse en mis cosas de gobierno y se lo agradezco. Por lo mismo voy a tener una confianza con usted: Tod Dongo, ministro de la Guerra y Mork Traive, acaudillan una rebelión contra ustedes. Dicen que intentan salvarme de las garras de ustedes, pero cada uno de ellos trata de servir a sus intereses particulares, a sus ambiciones y lo que desean, sobre todo el segundo, es quitarme bonitamente de en medio. De momento no considero necesario entrar en detalles de la cuestión, pero sí debo decirle que el no haber actuado ya contra ellos es por evitar al país una guerra civil. Necesito estar cargada de razones y pruebas para actuar y lo haré antes de que logren hacer nada verdaderamente efectivo. He logrado meter entre ellos un hombre de mi confianza y estoy informada de todo, hasta de quiénes son los que juegan con dos barajas, como Tod Dongo, dispuesto a traicionar a sus amigos si accedo a casarme con él. Pero no hay cuidado...

-¿Y vive usted tan tranquila sobre un verdadero volcán?

-Sí. No tengo más remedio, porque entre los conjurados hay mucha gente de buena fe a la que no quiero hacer daño y a la que habré de convencer con razones y pruebas, de la maldad de sus dirigentes. Le agradeceré que no

actúe contra nadie sin antes contar conmigo. Tenga en cuenta que para atacarme les sirve de base la amistad que les profeso a ustedes y la confianza que he puesto en sus ideas. Y si fuese usted el primero en atacar tendrían una base de que les quiero privar. Sé que se necesita mucho valor para permanecer impávidos mientras se siente como van minando el suelo en que nos apoyamos, pero a ustedes les sobra y a mí no me falta...

Arana se sintió conmovido Jamás Yio Pai se había mostrado tan humana con lo que su excepcional belleza adquiría mayor realce y, por su parte, Sarita Naranjo se sintió desdibujada, indigna del hombre que la había elegido, al cual le correspondía, según pensó en instantes de dolor, una mujer de la talla de Yio Pai.

-Gracias, princesa. Le prometo no actuar sin ponerme de acuerdo con vos, a menos que se me ataque personalmente a mí o a alguno de los míos, en cuyo caso nos defenderemos.

-Naturalmente, comandante. No puedo privarles de ese derecho, si bien yo procuraré que tal hecho no se produzca. Nuestros enemigos están interesados en hacerle fracasar a usted, seguros de que su fracaso me arrastrará a mí y yo estoy empeñada en lo contrario por muchos motivos, unos que conoce y otros que se puede imaginar. Así es que yo velaré mientras ustedes trabajan. Usted y yo debemos vivir más prevenidos cuanto más se acerque el momento crucial, por lo que le agradeceré que me tenga al corriente de cómo va el trabajo...

-Descuidad, princesa. Le prometo verla con más frecuencia y tenerla bien informada de todo. Habrá momentos en que no podré venir, pero vendrá Sim Docto. Desde aquí me voy a verle...

Despidiéronse Arana y Sarita de Yio Pai y esta última se mostró amable y benévola con la española quien, sintiéndose empequeñecida, exclamó una vez fuera del palacio:

-Esta Yio Pai es bien distinta de la que nos atacó, de la que tan solapadamente actuó contra nosotros.

-Sí. Tanto que he decidido que se puede tener confianza en ella. Me he informado bien y sé que siempre fue buena y que únicamente el despotismo de su hermano, el Ras Hamura, era capaz de sacarla de la línea recta. Y ahora ella quiere ganarse el sitio que le corresponde por herencia. El mejor toque de prueba para una persona es confiarle una responsabilidad y

Yio Pai ha respondido bien...

Valiéndose de sus motores personales, trasladáronse Arana y Sarita rápidamente al lejano lugar donde Sim Docto, con un buen equipo de especialistas, había trasladado su observatorio astronómico. El sabio, apenas le anunciaron la presencia de Arana en el observatorio, dejó un suplente en su puesto de estudio y corrió al encuentro del comandante español.

-Celebro que haya usted venido, comandante...

-¿Ocurre alguna novedad?

-No, en realidad, si bien se ha logrado una pequeña corrección que no ha hecho más que confirmarnos en nuestras hipótesis. Dentro de seis días habremos llegado a la distancia que se ha considerado idónea para iniciar nuestro trabajo. A medida que transcurre el tiempo me siento ganado por una viva inquietud. No es que haya perdido la confianza, pero temo por ustedes. Quisiera que estuviesen dispuestos con su navío sideral y su isla interplanetaria para que salieran, para que, al menos ustedes, se pusieran a salvo.

-Nada de eso. La gente que me acompaña está dispuesta a luchar hasta el último momento y a perecer si somos vencidos...

-Será algo terrible, comandante. En el mundo del cual procedemos, hace miles de años se produjo una de estas terribles colisiones. Un planeta más pequeño y de menos peso, chocó espantosamente con otro mucho mayor. Al primer golpe se quebró como una fruta madura, haciéndose en varios pedazos que, a su vez, sin fuerza para salir de la órbita del planeta mayor en la que habían quedado prendido, fueron chocando una y otra vez, chocando también entre sí, destrozándose con tales golpes hasta quedar reducidos a pequeños fragmentos. Únicamente parece que dos trozos de considerable tamaño lograron salvarse y liberarse de la atracción del planeta mayor y quedaron convertidos en sus satélites, pero jamás volvió a existir la vida en ellos. En cuanto al planeta mayor, quedó también extinguida la vida casi por completo en él hasta que pasaron centenares de años. Ahora puede ocurrir lo propio y ustedes deben alejarse cuando aún es tiempo. No tienen por qué seguir nuestro triste destino. Bastante han hecho ya por nosotros...

-Lo siento, profesor Sim Docto, pero siempre en mi vida he dado fin a lo que he comenzado y no pienso perder tal costumbre en esta ocasión. Hasta los que en un principio se mostraron reacios han admitido el permanecer en su

puesto de combate y no nos volvemos atrás. Sé que la lucha será dura y que necesitará de los esfuerzos de todos y todos permaneceremos al pie del cañón, como dicen allá, en mi lejana patria. Lo más lamentable en esta ocasión es que no sólo hemos de luchar con los elementos, sino con la hostilidad de muchos de aquellos a los que intentamos salvar. Y si nosotros huyéramos ahora dejaríamos en mal lugar a los que, como usted, prestaron atención a nuestras ideas...

-No lo ignoro y lo lamento.

-Pues no sea pesimista, profesor. Usted y el profesor Riveiro se mostraron de acuerdo en que si lográbamos un desplazamiento de la parte más pesada del núcleo de este planeta de forma que lograse un equilibrio, la labor a realizar quedaría considerablemente facilitada, ¿no es eso?

-Sí, comandante, pero ¿se ha logrado algo en ese sentido?

-Aún no. Pero mis tres mejores equipos, provistos de material adecuado buscan y confío que lograrán sus propósitos antes del plazo señalado. Y confío también en la labor que tanto la isla interplanetaria como el propio *Escorpión Azul* pueden realizar. Se está terminando de producir la más gigantesca perforadora que se puede imaginar y un electroimán capaz de mover miles de toneladas, de levantarlas. Sé que no es suficiente eso, pero el equipo queda completo con una desintegradora capaz de penetrar a miles de kilómetros y fraccionar y aún desintegrar lo que deseemos. Naturalmente, con tales elementos no se puede actuar desde la corteza del planeta y por eso serán instalados en nuestro *Escorpión Azul* y en la isla interplanetaria. Con tales realizaciones ya no es posible dudar y le explicará mejor aún las causas de que nosotros debamos permanecer aquí, aun a trueque de que podamos fracasar, pese a todo ello...

Sim Docto se sintió abrumado por la grandeza de las concepciones del español, por su audacia y su presencia de espíritu y bajó la cabeza murmurando:

-Es imposible que fracasemos. Pero no sólo por los medios materiales que hemos logrado gracias a usted, sino por ese espíritu invencible que le domina. Es usted un auténtico gigante, comandante, pero un gigante del espíritu y doy gracias a Dios que nos lo ha enviado en estos días de angustia.

* * *

Hallábanse reunidos Mork Traive y Tod Dongo y el primero, con

expresión diabólica expresó con acento que no admitía réplica:

-Nuestro verdadero enemigo es el comandante Arana. Suprimido él, ninguno de los que quedan a sus espaldas tiene talla suficiente para triunfar. Es a él a quien debemos temer y, por tanto, el objetivo de nuestro primer ataque. Ni sabotajes ni nada. Producir un sabotaje antes de haberlo quitado de en medio, sería tanto como avisarle y entonces resultaría punto menos que imposible el cazarle. No soy partidario de los atentados personales por principio, pero este es un caso diferente. Él es enemigo de nuestro pueblo, se trata de un extranjero que ni siquiera pertenece a nuestro mundo y que no nos une a él más que la apariencia física. En cambio nos separan una serie de barreras, barreras insalvables y que son las que deben decidirnos Es un sacrificio más a realizar, pero la posteridad lo comprenderá -añadió hipócritamente.

Tod Dongo era cobarde y al llegar la hora de las realizaciones comenzaba a perder la seguridad que le animaba en un principio y se atrevió a apuntar:

-Tiene usted razón, profesor, pero el atentado no se presenta fácil. Él lleva continuamente su traje de metal zirconio que le hace invulnerable a los rayos eléctricos y a las descargas de nuestras armas ultrasónicas corrientes. Ni aun con nuestras armas de pólvora serían capaces los proyectiles de atravesar tal material, ni las antiguas granadas explosivas tendrían la menor posibilidad y no digamos nada de las armas blancas, que se romperían tal que si fuesen de cristal. Como verá, la cosa presenta más inconvenientes de los que parece a primera vista. Únicamente nos queda un arma: las ondas ultrasónicas. Si pudiéramos someterlo durante unos minutos a ellas, terminaría por reventar sin que le pudiera librar la escafandra ni el traje de zirconio. Pero las emisoras las mantienen vigiladas y es imposible apoderarse de ellas sin dar la alarma. Y estando en libertad de acción, recuerdo muy bien cómo se libraron del ataque de tales ondas y ahora lo repetirán. Les bastó con sumergirse en uno de nuestros canales con sus malditas escafandras hasta una profundidad suficiente donde el agua no hervía.

-Conozco todo eso y lo había desechado. Lo primero, porque para realizar el atentado se requiere una cantidad de valor personal que dudo tengan ninguno de nuestros hombres. Estoy seguro de que sólo el nombre de Arana les impone. Lo segundo, porque considero, como usted, que sería

imposible someterles a la acción de las ondas en un tiempo suficiente para lograr nuestro objetivo. Pero creo que podemos emplear algo que ni el traje de zirconio sea capaz de detener ni se requiera un valor personal excepcional para situarse frente a Arana. He pensado en cañones anticarro, en cañones de tipo corriente o antiaéreos e incluso en un proyectil dirigido o en un avión cargado de alto explosivo y a una velocidad tal que, aunque el zirconio pudiese resistir el golpetazo reventase al que va dentro. ¿Está clara la idea?

-Perfectamente clara y la considero la única viable. Pero siento aún cierto temor. Recuerdo perfectamente que cuando nuestro ejército atacó las bases de los hombres de la Tierra, el comandante Arana no estaba con ellos para realizar la defensa y, sin embargo, triunfaron. Arana estaba prisionero de la princesa Yio Pai y, sin embargo, sus hombres fueron capaces de destrozarnos. Esto demuestra que no es sólo Arana el peligroso. Arana es un superdotado, no cabe duda, pero detrás de él hay otros hombres de recio temple a los que apenas si conocemos, porque no estamos en contacto con ellos, pero a los que no podemos despreciar. Podríamos destrozar a Arana y perder la partida a pesar de todo.

-No perderemos la partida porque no cometeremos el error anterior de salir a pelear en el terreno en que necesariamente ellos debían llevarnos la ventaja. Conocemos las costumbres de Arana y le atacaremos, y lo tendremos todo dispuesto para que, apenas él caiga, aislar a los demás sin dejarles posibilidad de movimiento alguno. No son semidioses, sino hombres y caerán porque les atacaremos a cien por uno. Por bien preparados que estén sucumbirán ante el peso. En cuanto a sus bases, las someteremos a un bombardeo sistemático con los proyectiles dirigidos y los aviones cargados de explosivo y estoy seguro de que más pronto o más tarde encontraremos una fisura en la barrera de sus famosos rayos «G-Z» y acabaremos por hacerles daño. Y si quieren, que vengan a combatirnos a las entrañas de Bakaida, donde no pueden penetrar con los rayos de su espejo gigante.

Tod Dongo meditó unos instantes.

-El plan es bueno -no tuvo más remedio que conceder-. Sólo falta que su realización salga bien.

-¿Y por qué no ha de salir bien? No puede fallar El comandante Arana visita con frecuencia el edificio de la emisora donde tiene su Jefatura de Operaciones en Bakaida. No tenemos más que emplazar una serie de cañones

anticarro enfrente y dentro de seis días, antes de que inicien los trabajos para desviar al planeta de su trayectoria, aprovechamos el momento en que él salga del edificio para destrozarlo. Y he escogido ese punto porque el edificio donde debemos emplazar los cañones es de mi exclusiva propiedad y nadie tiene que saber lo que sucede allí. Inmediatamente la gente, que estará distribuida convenientemente, se lanzará sobre el resto de hombres de la Tierra, sorprendiendo a cada cual en su lugar de trabajo, sin darles tiempo a que se defiendan. Correremos la voz de que el temido Arana ha caído destrozado y esto les servirá como motivo de desmoralización mientras nuestra gente se crecerá. Dominar en el interior de Bakaida será cosa de minutos, ya que todos los arúes, al ver a los extranjeros vencidos, se volverán de nuestro lado y entonces será el momento de derribar a Yio Pai si es que ella no ha caído antes en la revuelta. En el Gran Consejo tendremos mayoría, pues los vacilantes se pondrán de nuestro lado y en cuanto al ejército lo tendremos incondicionalmente, ya que, gracias a nosotros, se habrán sacado la espina de la última derrota.

-¿Ha aprobado el general Chai Dog su plan?

-Lo he confeccionado de acuerdo con él y es él precisamente quien facilitará el armamento y la gente adecuada. En cuanto a nuestro ejército, de guarnición en toda la periferia de Bakaida, se pondrá en marcha sobre la capital para eliminar los focos de resistencia que puedan haberse fomentado, aplastándolos y librándonos a nosotros de tal preocupación. También los bárbaros tienen instrucciones y atacarán a las bases de los hombres de la Tierra, pero lo harán por sorpresa, aprovechando la noche, sin dejarse ver. Cuando nuestros enemigos se den cuenta, ya los tendrán dentro de sus bases acuchillándoles... ¡Será magnífico, Tod Dongo!

-Le voy a ser sincero, profesor Mork Traive. No acabo de estar tranquilo. Me tiene inquieto esta libertad de movimientos que tenemos. A veces tengo la impresión de que nos vigilan de lejos y que sólo aguardan el momento en que nos lancemos para saltar sobre nosotros y destrozarnos...

-¡Tonterías, señor Tod Dongo! ¡Está usted pagando la novatada al ser la primera vez que trabaja en la clandestinidad! Ya verá usted cómo todo sale bien y antes de siete días somos aclamados como los libertadores de Bakaida...

CAPÍTULO VI
SE INICIA LA DURA LUCHA

El profesor Riveiro sonrió al ver aparecer en su laboratorio al comandante Arana, saludándole con efusivo gesto:

-¡Albricias, comandante! Ya le dije que sobraría tiempo para disponerlo todo. He recibido comunicación de todos los puntos y todo se halla dispuesto. Sólo falta comunicar con Sim Docto, aunque prefiero ir personalmente allí. Quiero estar junto con él en el momento de iniciar la batalla. Será la lucha más emocionante que habré conocido en mi vida...

-Yo también estaré con ustedes y me agradaría que también estuviera el señor Naranjo, pero él no puede abandonar su trabajo. Si, como espero, vencemos, tiene el tiempo justo para iniciar la producción de los navíos siderales. ¿No hay noticia alguna del teniente Pradera?

-Ninguna todavía y estoy inquieto. Mis cálculos no podían fallar. Sin embargo, ni él ni el alférez Sacristán ni el sargento Roger han comunicado nada aún...

-No creo que tarden mucho La perforadora, la desintegradora y el electroimán gigantes, fueron terminados ayer y está terminándose su instalación en la isla interplanetaria y en el *Escorpión Azul*. Eso nos ayudará bastante en nuestra labor.

-En ello confío. Pero no sé... Estoy inquieto hasta el punto de no sé qué hacer ni en qué entretenerme... He dedicado las últimas horas a perfeccionar mis conocimientos sobre las ondas ultrasónicas y he logrado un emisor capaz de desvirtuarlas contrarrestando sus efectos.

-¿Cómo es posible?

-Es precisamente también a base de ondas ultrasónicas. Recordé el refrán de que «un clavo saca otro clavo» y le estuve dando vueltas hasta que lo logré. Apenas se nota la emisión de ondas se pone mi invento en marcha v automáticamente, apenas las ha detectado, va buscando las frecuencias de emisión y logra la interferencia, desvirtuándolas.

-¿Lo ha comprobado ya?

-Sí. Me puse de acuerdo con el alférez Núñez e hicimos la prueba cuando no circulaba nadie por las calles. Nosotros mismos hicimos de conejillos de indias y no percibimos la menor molestia.

-¡Es maravilloso, profesor Riveiro! Precisamente necesitábamos algo

así para nuestra seguridad.

-Pues no es eso todo, comandante Siguiendo el mismo camino de la investigación traté de lograr unas ondas que, actuando a unas determinadas frecuencias, actuasen sobre los explosivos a largas distancias y los hiciesen volar Y lo logré. Pero en los primeros ensayos secretos nos encontramos con el inconveniente de que en el agua, las ondas ultrasónicas no se propagan bien Hacen hervir el agua, pero su resultado a nuestros fines no era convincente. Necesitábamos algo que no conociese obstáculos de ese tipo y entonces he tomado como base las ondas que producen los rayos «G-Z», y ¡éstas sí que nos han dado un resultado sorprendente! Podemos destrozar una nave submarina a larga distancia a condición de que lleve explosivos en su interior. Podemos detectar y volar polvorines a larga distancia.

-Eso quiere decir también que podemos destrozar un ejército que lleve explosivos...

-Exactamente. Hombre por hombre, serían víctimas de sus propios proyectiles o granadas. Por medio de una combinación de ondas magnéticas, son guiadas las ondas «G-Z» y tan pronto en contacto con el explosivo se libera una determinada cantidad de energía de alta frecuencia que actúa inflamándolo... Y lo demás, ya se lo puede usted imaginar...

-Me agrada todo eso, Riveiro. Tengo fe en nuestro triunfo y debemos estar cuanto antes en condiciones de salir en dirección a la Tierra. No sabemos lo que sus atacantes habrán logrado ni el armamento y medios de qué disponen, pero este último descubrimiento puede sernos de gran utilidad

-Pues lo mejor de todo es que, tanto uno como otro aparato son ligeros y de fácil manejo. Ahí los tiene -terminó el profesor Riveiro señalando para una especie de subfusiles de cañón corto y en el centro del cual, veíase en uno una esfera y en otro una especie de disco de unos cuatro centímetros de espesor.

-¿Es eso tan simple?

-Eso tan simple, comandante. El de la esfera es contra las ondas ultrasónicas y el del disco contra los explosivos. Tan pronto sea posible debemos entregarlos para que se fabriquen en serie. Eso, para don Damián Naranjo es cosa de poca monta...

En pocos segundos aprendió Arana el manejo de ambas armas y entregó a Sarita, que le acompañaba, la defensiva contra los ultrasonidos

mientras él se reservaba la de ondas «G-Z» contra explosivos.

-Vamos un momento a ver a Núñez, profesor y luego nos reuniremos con el profesor Sim Docto. Dirigiremos la batalla contra Mercurio desde su observatorio. Y ahora más que nunca debemos andar con todas las prevenciones posibles. Es posible que un grupo de arúes medio locos o dirigidos por unos seres ambiciosos, aprovechen el difícil momento para atacarnos. Así es que, ármese debidamente y vamos...

* * *

En el interior de un edificio situado frente al de la emisora radiofónica, convertida por Arana en Jefatura de Ocupación en Bakaida, habían sido emplazadas seis piezas anticarro, dos en cada una de las aberturas del entresuelo al exterior, y en torno a ellas, vigilando constantemente, dispuestos a entrar en acción, se hallaban los seis grupos de servidores de las piezas, esperando sólo que llegara el aviso para abrir las ventanas e iniciar el mortal fuego directo que debería terminar con la vida del temido comandante Arana.

Detrás de las piezas se hallaban, aunque vestidos de paisano, oficiales de artillería del ejército bakaido, especialistas en el manejo de las armas anticarro y que había sido seleccionados por el general Chai Dog, nuevo jefe de las Fuerzas Especiales del Ejército bakaido.

Uno de los oficiales, un joven moreno, de aspecto decidido y que mostraba gran dominio de sí mismo se dirigió a sus compañeros:

-No acabo de comprender cómo para un solo hombre se reúne tal lujo de material. Más bien parece que estamos esperando una división acorazada. De pensarlo tan sólo estoy muerto de vergüenza.

-Lo ha dispuesto el general y él no hace nunca las cosas porque sí. Por lo visto se trata de un verdadero coloso. Es el jefe de esos extranjeros y, aparte de las defensas que lleva, parece que es un verdadero diablo para la lucha. El general me ha advertido bien que tengamos buen cuidado de cazarlo a la primera, pues de lo contrario escapará, y entonces será ya punto menos que imposible poder con él. E incluso será capaz de destrozarnos antes de que lleguemos a reaccionar... -respondió el que había asumido la responsabilidad total del atentado-. Así que no olvidéis las instrucciones que os he dado. Con las seis piezas debemos cubrir no sólo la zona de salida del edificio, sino cualquier punto posible de escape. Tiro rápido y seguro, sin perder los

nervios... Tan pronto se nos avise de su llegada cubriréis la puerta y apenas ponga el pie en el dintel para entrar, haremos fuego. Prefiero cogerlo por la espalda. El tiro será más seguro y tendrá menos posibilidades de defensa...

Transcurrieron unos minutos, durante los cuales el jefe del grupo consultó varias veces con gesto inquieto el reloj y para calmar su impaciencia se dirigió a sus compañeros y en particular al oficial que había hablado antes.

-Es extraño. Otros días, a esta hora, ya suele estar aquí...

Se oyó un zumbador eléctrico y sobre el aparato telefónico se encendió una luz verde. El jefe del grupo corrió al aparato a tiempo que murmuraba:

-No. No es el aviso. Seguramente será el general en persona, interesándose..

Pero no era el general. Era el propio Tod Dongo quien hablaba y el oficial se colocó rígido ante el aparato, en respetuosa actitud tal que si el ministro le estuviera viendo, y escuchó atentamente las instrucciones que aquél le daba.

-El extranjero no tardará en llegar. No vacilen un momento y disparen también contra los que le acompañen o contra aquellos que puedan unírseles. Si no queda ningún testigo en pie, mejor. Una vez consumado el hecho, quitarán los emplazamientos y desaparecerán por la parte trasera del edificio. No lo olviden...

-Sí, señor. A la orden, señor...

A la otra parte del hilo, Tod Dongo acababa de colgar el aparato y se volvía hacia Mork Traive que se hallaba a sus espaldas, expresando su rostro la sorpresa de que se hallaba poseído.

-¿Qué ha hecho, señor Tod Dongo?

-Una maniobra para que la princesa Yio Pai caiga junto al extranjero. Descubrí a tiempo, entre nosotros, un agente de la princesa y, con el tiempo preciso, le he informado del atentado que se preparaba. Él ha corrido a avisarla y ella, la conozco bien, se lanzará a la calle para avisar al extranjero. Él se disponía a salir hacia el edificio de la radio y ella llegará con el tiempo justo de advertirle en el momento de entrar. Lo he dispuesto todo para que ocurra así.

-¿Y si ella no acudiera personalmente?

-Acudirá. Está enamorada de él y no confiará en nadie... -respondió

Tod Dongo con mefistofélica expresión-. Y así mataremos tres pájaros de un tiro, porque el emisario que se nos había enquistado caerá también.

Mientras tanto, en el edificio donde las piezas antitanque se hallaban emplazadas, el oficial que había recibido las últimas instrucciones se había apresurado a comunicarlas a sus subordinados. Un gesto de inquietud había aparecido en su frente y al terminar añadió:

-Pese a tales nuevas instrucciones, nuestro objetivo principal debe seguir siendo el extranjero y hasta que él no haya caído no debemos preocuparnos poco ni mucho de los demás. Con esto me atengo a las órdenes del general, que sabe mejor que nadie lo que se lleva entre manos. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Tornó el zumbador a sonar y el oficial dirigió la vista hacia la perilla de luz que se había encendido. Era la roja y corrió al aparato telefónico. Por unos instantes estuvo escuchando lo que le comunicaban y finalmente, tras colgar el aparato, se volvió a sus compañeros:

-¡Atentos! ¡Ya están ahí! Tardarán escasamente dos minutos y vienen por la Tercera Diagonal. Son tres los que llegan y ocupan un vehículo eléctrico.

Enfocó el jefe de grupo unos gemelos hacia el lugar por donde debía llegar el vehículo eléctrico conduciendo a Arana, Sarita y el profesor Riveiro y cada oficial ocupó el lugar correspondiente, próximo cada uno a la pieza que mandaba y las cuales fueron cargadas con vertiginosa rapidez.

Sin apartar la vista del lugar por donde debía llegar Arana y los suyos, el hombre iba calculando el tiempo que transcurría, señalando los segundos con monótonos golpes sobre el quicio del ventanal donde tenía su puesto de observación.

Pero sucedió lo inesperado. Por la parte contraria apareció un vehículo eléctrico, casi al mismo tiempo que el de Arana, dirigiéndose al encuentro de éste. En el vehículo iba una persona puesta en pie, tratando de llamar la atención a Arana y a oídos del que dirigía el atentado llegaron las expresiones proferidas:

-¡Eh, comandante! ¡Quietos! ¡No avancen ni un paso más!

En los primeros momentos Arana no se dio cuenta de lo que sucedía y fue Sarita quien dio la voz de alarma, haciendo detener casi en seco el

vehículo en que marchaban.

No tardó en reunírsele el vehículo en que iba la princesa Yio Pai, que era quien había lanzado el aviso y la cual, sin detenerse a saludar exclamó:

-¡Vamos! ¡Fuera de aquí rápidamente! ¡Hay un atentado preparado!

Desde su puesto de observación, el oficial que dirigía la acción se dio cuenta de lo que sucedía al ver que la persona que había dado la voz de alarma señalaba en dirección a las ventanas ocupadas por ellos y dio la orden, haciendo que las ventanas se abrieran, quedando totalmente despejadas.

-¡Atención! Corrijan puntería... Variación cinco, dos, cero... ¡Fuego! Centren sobre la figura más corpulenta que se halla en pie...

Produjéronse los primeros disparos, llenándose el aire del acre olor de la pólvora y el oficial que dirigía vio que se producía bastante confusión en el grupo de la calle y tornó a ordenar.

-¡Tiro rápido! ¡Fuego!

Pero el grupo de ¡a calle había actuado también velozmente, lanzándose fuera de los vehículos con increíble rapidez. Arana había empujado con violencia a Sarita y al profesor Riveiro y por su parte Yio Pai y sus dos acompañantes les habían imitado con la misma celeridad y no habían llegado aún a tierra cuando se produjeron las primeras detonaciones. Sintieron silbar los proyectiles sobre el lugar que ocupaban instantes antes y el vehículo recientemente ocupado aún por Arana, saltó hecho pedazos, alcanzando otro de los proyectiles al de la princesa Yio Pai, el cual quedó aparatosamente volcado.

Saltaron por el aire astillas, retorcidos trozos de metal, trozos de metralla rebotada contra el suelo y las paredes del edificio de la radio y Arana percibió un grito de dolor producido por una garganta femenina. Revolvióse como un tigre a tiempo que se producían nuevos disparos y vio brillar los fogonazos, descubriendo el rugar de procedencia.

Tal como estaba tendido en el suelo, aprestó el reciente invento del profesor Riveiro y lo dirigió contra los ventanales a tiempo que oprimía el pulsador, liberando una emisión de ondas. Y el resultado fue fulminante. Produjéronse varias explosiones en el aire de los proyectiles recién salidos de las armas y a continuación una serie de explosiones mayores en el interior del edificio, quedando arrancadas de cuajo las ventanas por la violencia de las explosiones.

Un silencio impresionante siguió a las explosiones y al ruido de la caída de los materiales desprendidos por las mismas; pero Arana, convencido de que sus enemigos habían quedado fuera de combate por el formidable invento de Riveiro, saltó, corriendo hacia Sarita

-¿Qué ocurre? ¿Estás herida?

Pero Sarita, pálida aún por el susto recibido, se incorporó tratando de sonreír.

-No. Ha debido ser la princesa. Es ella quien se ha quejado.

Cuando llegó Arana al grupo formado por la princesa Yio Pai y sus acompañantes, ya éstos se levantaban también y al abrigo del volcado vehículo auxiliaban a la herida. Yio Pai, pálida, pero sonriente, se dirigió a Arana.

-No se alarmen, no es nada Lo esencial es haber llegado a tiempo...

-Pero está herida, princesa. ¡Corra, profesor Riveiro! Lléguese hasta donde está el teniente Núñez y que llame inmediatamente al doctor Kamoto. Que venga rápidamente en un avión.

Del edificio de la radio y de otros edificios contiguos comenzaron a asomar curiosas cabezas y Yio Pai se dirigió a sus acompañantes:

-Sáquenme de aquí. Llévenme ahí, al edificio de la radio y no permitan la entrada a nadie. Aún no me han reconocido y deseo que, de momento al menos, se ignore esto. Usted, comandante, preocúpese de nuestros enemigos, pero nada de violencias

-Descuide, princesa.

Pero ya el alférez Núñez llegaba con cuatro hombres de su grupo, poniéndose a las órdenes de Arana.

-Usted y dos hombres, custodien a la princesa. Sarita, vaya viendo la herida y si es preciso una intervención rápida, hágala... Ustedes dos -añadió a dos de los que se habían desplazado con Núñez-, acompáñenme. Es posible que no encontremos resistencia, pero vayan bien preparados por si acaso. Usted, Núñez, póngase en contacto con nuestras patrullas de vigilancia en las centrales de producción de ondas ultrasónicas y que abran bien los ojos.

-Sí, señor. A la orden...

Corrieron los tres hombres hacia el lugar desde donde se les habían hecho los disparos y al hallar la puerta del edificio cerrada, hubieron de formar una especie de escalera humana, subiendo el primero Arana y

ayudando luego a subir a sus hombres, presentándose a su vista un trágico cuadro. La mayoría de los componentes del grupo yacían en el suelo muertos por las explosiones de los proyectiles y de las piezas y éstas mismas se hallaban destrozadas, inutilizadas. Las paredes estaban también terriblemente mutiladas y parte del techo había volado, dejando al descubierto parte de la habitación superior.

Un gemido llamó la atención de Arana, el cual corrió en la dirección de donde había sido proferido, llegando hasta un hombre que trataba de incorporarse apoyándose en sus brazos.

Reinaba la oscuridad en el interior, donde las luces habían saltado destrozadas y Arana, casi sin ver el rostro del hombre, le interrogó:

-¿Está herido? ¿Quiere ponerse de pie?

-Imposible...

Había hablado con voz apagada y su vista se dirigió al lugar que debían ocupar sus piernas, una de las cuales había desaparecido, quedando la otra, pero terriblemente mutilada

-Máteme de una... -murmuró el herido-. Me duele horriblemente y no puedo más...

-De eso se encargará alguno de sus médicos.

Ahora quiero que me diga quién le ordenó hacer esto.

-No hablaré. Máteme si quiere...

Arana se dirigió a una de sus acompañantes:

-Vea si queda alguno con vida. Registren bien todo el piso. Es posible que alguien haya logrado escapar o lo esté intentando.

Pero el herido se adelantó a responder:

-Han muerto todos. Están destrozados. ¿Cómo lo consiguió?

-Si no hubieseis sido necios sabríais ya que soy invulnerable...

-No eres invulnerable... Tuviste suerte de que te avisaran cuando sólo te faltaban segundos para morir. Alguien debió traicionarnos.

-Los proyectiles anticarro no hubiesen logrado atravesar mi traje metálico. Los impactos me hubiesen hecho bastante daño, pero dudo que me hubieran matado. Vamos, dime quién te dio la orden...

-¡Déjeme tranquilo! No diré nada!

-¿Sabes que has estado a punto de matar a la princesa Yio Pai? Ella está herida. Eres un regicida.

-¡No! No es posible...

-Sí es posible. Fue ella quien me avisó y uno de los proyectiles que disparasteis la alcanzó...

El herido comenzó a temblar convulsivamente y Arana le oyó murmurar algo ininteligible, algo que luego repitió con más claridad:

-¿Cómo es posible? Ahora lo veo claro... Por eso me ordenó...

Arana comprendió que se operaba una reacción en el herido y apremió temiendo que muriese antes de decir nada.

-¡Vamos! Habla y castigaremos al que os ha engañado...

-No hablaré a pesar de todo. A él le odio, pero os odio más a vosotros y no podréis evitar el desastre...

Pero el herido fue interrumpido por uno de los acompañantes de Arana:

-Señor. Ahí tenemos uno que sólo está desvanecido. Ha tenido suerte porque sólo ha recibido un golpe en la parte exterior de una órbita...

-Magnífico. Él hablará quiera o no.

Regresó el otro acompañante que había registrado el piso.

-No hay nadie más, señor, ni rastro de que alguno haya podido huir.

-Quédense de guardia aquí mientras yo envío un médico. Haremos que ligue las venas y arterias de este hombre. Necesito que viva, así es que vigílenlo bien y no le permitan el menor movimiento. En cuanto al otro, atenlo y así estarán más tranquilos con él. La princesa Yio Pai necesitará testigos y los tendrá...

Dirigióse entonces Arana al herido y le soltó a boca jarro:

-Y no necesito que hables ahora, porque yo mismo te voy a decir quiénes te ordenaron hacer esto. Han sido el Gran Consejero Mork Traive, el ministro de la Guerra. Tod Dongo, y el general Chai Dog. A mí nada se me puede ocultar y hace días que los tenía vigilados, pero quería tener pruebas de su felonía y ahora las tengo. Y tú morirás seguramente después que les hayas acusado, porque yo sé hacer bien estas cosas.

Trasladóse Arana al edificio de la radio y una vez en él se dirigió hacia donde Yio Pai, que había sido rápidamente intervenida, le aguardaba.

-Es necesario actuar rápidamente, princesa, si queremos evitar días de luto a Bakaida. Hay que detener a los cabecillas de la conspiración y mantener, una estrecha vigilancia para evitar que se produzcan mayores

males. Contra vuestra opinión, creo que se debe dar publicidad a lo del atentado en contra vuestra. Los bakaidos os quieren y reaccionarán favorablemente y el juego de vuestros enemigos quedará al descubierto.

-Ya lo he tenido todo en cuenta, comandante, y a estas horas, Tod Dongo, Mork Traive y Chai Dog habían sido detenidos... Uno de los que me acompañaban y que me avisó sobre el atentado preparado contra usted, estaba entre ellos, conoce al dedillo todo y tiene instrucciones. Usted puede dedicarse tranquilamente a dirigir los trabajos para desviar al planeta. Sé que debían haber comenzado hoy mismo... También he dado orden para que los hombres bárbaros sean neutralizados y no puedan realizar el ataque que les han ordenado contra vuestras bases y que iban a ser dirigidos por oficiales arúes...

-Gracias, princesa. Estáis en todo...

-Era mi deber. Debemos ser dignos de nuestros amigos, ¿no es eso?

-Así es. Y desde hoy la considero como la más abnegada de todos. Y siento verdaderamente no poder permanecer a vuestro lado, como deseabais... -musitó Arana.

-Lo comprendo, pero no puede ser de otra manera. Yo también lo sé ahora. Sé que nuestra naturaleza no es igual, pese a las apariencias y que nuestro amor sería punto menos que imposible... Pero te quiero... -añadió ella en un susurro.

-Y yo a ti también, Yio Pai -murmuró él-. Lo comprendí no hace muchos días. Pero no debe ser. Cada cual tiene una misión en la vida y debemos sacrificarnos. Hasta pronto, Yio Pai. Reza por nuestro triunfo...

-Triunfarás, Arana. Lo presentí desde el primer momento que te vi. Si hubieras sido un ser vulgar, el día que te rapté, te hubiera hecho matar. Pero algo me avisó y te libraste... Adiós, Luis.

* * *

Sim Docto salió al encuentro de Arana, el profesor Riveiro y Sarita Naranjo que llegaron al observatorio que debía servir como centro de operaciones. El científico bakaido ofrecía un aspecto de hombre batallador que sorprendió gratamente a Arana.

-Creí que no iban a llegar y ya me disponía yo a dar órdenes. Vamos a entrar en los momentos favorables para iniciar la acción... Pero perdonen un momento. He oído por radio el atentado de que ha sido objeto la princesa Yio

Pai. Yo la quiero. Estoy seguro de que será una buena gobernante y...

-Trabaje tranquilo, Sim Docto. Acabamos de separarnos de ella y está perfectamente Sólo fue una pequeña herida por rebote de un casco de metralla. Los culpables se hallan ya presos...

-Gracias a Dios. Al principio temí... Pero como iba diciendo, según ahora podrán apreciar por sus propios ojos, comenzamos a estar en posición favorable para iniciar la batalla. Frente a nosotros tenemos el disco de Mercurio totalmente recortado por el Sol, presentándonos su silueta... A veces, en estos días de espera he llegado a pensar si en la lucha que vamos a sostener tomándolo como punto de apoyo para nuestra liberación no iremos a perjudicar a sus habitantes, caso de que los hubiera.

-No los habrá. Piense usted en el enorme calor que comenzamos a sentir nosotros y piense en el que allí se está soportando continuamente. La vida es prácticamente imposible a menos que aquello fuese un auténtico infierno.

-Para ustedes, que han vivido siempre relativamente cerca de él, es fácil mantener ese concepto. Pero nosotros no hemos tenido tiempo de estudiarlo y en estos días en que nos acercamos a él he llegado a pensar que las ideas que ustedes mantienen pueden ser erróneas. Deben existir zonas en el planeta en que, aunque con temperaturas excesivas puede ser posible la vida en él. Y en ese caso tal vez por salvarnos nosotros los destrocemos a ellos...

Arana y Riveiro se mantuvieron pensativos por unos instantes hasta que el primero respondió:

-No podemos pensar ahora en tal cosa. Eso sería frenar nuestra acción y es mejor admitir las ideas que tanto tiempo mantenemos sobre tal planeta. En diversas ocasiones se le ha podido, estudiar desde bastante cerca y no se han hallado señales de vida en él. La elección entre cual debe ser el sacrificado no admite duda. Además, es el tiempo el que nos obliga a esta extrema resolución. Vamos a ver como va todo...

Conducidos por Sim Docto y entre un grupo de especialistas llegó Arana con sus amigos hasta el lugar donde, en gigantesca cúpula, se hallaba instalado el telescopio, cuyo espejo de 6 metros de diámetro constituía uno de los orgullos de la industria de Bakaida.

-¿Conocen algo como esto? -preguntó el científico bakaido con

evidente satisfacción.

-Desde luego, es un triunfo -manifestó Arana-, pero en la Tierra logramos uno de cinco metros hace setecientos años ya. Aún se conserva, más como pieza de museo que como otra cosa, ya que con una fusión de metales cristalizados poseemos telescopios el doble que éste, es decir, de 12 metros de diámetro. Como los lograrán ustedes a no mucho tardar, una vez se estabilicen y deje de estar suspensa sobre sus cabezas la constante amenaza que ahora pesa...

Arana, Sim Docto y Riveiro subieron a una plataforma, la cual se elevó, situándolos a nivel del puesto de observación. El gran telescopio fue desplazado apenas unos centímetros sobre el raíl en el que se hallaba montado y la lente, siguiendo las instrucciones de Sim Docto, fue apuntada hacia un punto señalado en el espacio. Arana, que se había situado en el puesto de observación, sintió un estremecimiento.

- ¡Es maravilloso! Da la sensación de que casi se le puede coger con la mano. Es una verdadera pena que la parte que tenemos a nuestra vista la tengamos envuelta en noche.

-Por ahora no tenemos ni tendremos ocasión de observarlo de otra forma, ya que se halla interpuesto entre nosotros y el Sol y es uno de los motivos de que el calor que recibimos no resulte totalmente intolerable y de que nos pueda servir de punto de apoyo. Dentro de cuarenta y siete horas se nos ofrecerá un eclipse completo y, si en tal momento avanzásemos en línea recta sobre Mercurio, sería un choque espantoso, pero en el que llevaríamos cierta ventaja por la posición de ataque...

El profesor Riveiro ocupó durante unos minutos el puesto de observación, sustituyendo a Arana y a continuación fue Sim Docto el que ocupó tal lugar señalando la conveniencia de iniciar la labor.

-Bueno, comandante. Ya se habrá hecho usted cargo de cuál es nuestra situación exacta. Tenernos escasamente noventa horas para triunfar o ser derrotados. Cuando usted quiera...

Sintió Arana la responsabilidad del momento y, sin decir palabra, ocupó el lugar desde el cual debía dirigir la titánica lucha. Sobre una especie de tablero tenía un plano movible donde se hallaba señalada la posición exacta de los elementos de que disponía para la lucha y abstrayéndose de todo lo que no fuera su labor, pidió la posición exacta y distancias que les separaban de

Mercurio. Le fueron señaladas automáticamente y su vista se apartó unos instantes del tablero para recorrer con ella la vasta sala donde se hallaba. Cada cual de los presentes había ocupado su puesto y en las expresiones de todos leyó la confianza que habían depositado en él. Riveiro, desde su sitio, le dirigió un alentador saludo deseándole suerte y la manopla diestra de Sara se posó sobre uno de sus hombros tal que si tratase de infundirle su calor a través del metal que los separaba.

En los ojos de ella había también confianza y tras dirigirle una sonrisa, Arana se incorporó sobre el micrófono, dando la orden:

-¡Cada cual a su puesto!

La voz pareció desdoblarse en el silencio reinante y el comandante español, empleando la instalación de visófono, se aseguró por medio de la pantalla de que nadie había fallado.

Realizó idéntica comprobación en lo que se refería a las gigantescas emisoras ultrasónicas, de reciente instalación, así como las de rayos «G-Z» y las plataformas dispuestas para el lanzamiento de proyectiles dirigidos de diverso tipo y a continuación se puso en contacto con el *Escorpión Azul*, escuchando la respuesta del teniente Prast, comandante del mismo.

-Todo a punto, señor. No hay novedad. Nuestros exploradores han señalado cierta actividad sospechosa en el poblado de los bárbaros, pero la intervención de los bakaidos han terminado con ella, llevándose detenidos a unos oficiales rebeldes de raza arúe que la habían provocado.

-Está bien. A pesar de ello, no descuiden la vigilancia. Estén dispuestos para elevarse tan pronto como tengamos noticias de los expedicionarios.

-Sí, señor. A la orden.

Instantes después le tocaba el turno a la isla interplanetaria «S», cuyo comandante, segundo teniente Oramas, respondió inmediatamente:

-Sin novedad, señor. A la orden. Todo está dispuesto. He realizado pruebas elevándome y amarando tres veces y todo ha respondido a la perfección Ha sido una maravillosa sensación esa de sentirme de nuevo en el aire en nuestra isla...

Informó a continuación de forma parecida a como lo había hecho el teniente Prast sobre las actividades en el poblado de los bárbaros y tras escuchar las recomendaciones de Arana, la comunicación quedó cortada.

El momento parecía envuelto en solemnidad y Arana tornó a pedir distancias y dirección que le fueron dadas inmediatamente y Austin I, una de las calculadoras electrónicas que se habían instalado junto al puesto de mando, trabajó rápidamente a iniciativa del español.

Pulsó Arana un interruptor y se estableció comunicación.

-¡Atención, plataforma número tres! Dispongan modelo uno. Dirección tres, tres, uno. Graduación siete, coma, cinco...

-¡Atención, plataforma número siete...!

Por unos instantes dio órdenes Arana rápidamente a la mayoría de las plataformas emplazadas, dándoles los datos exactos y las respuestas de «preparado...» fueron llegando, señalándose cada cual en el tablero de indicaciones con una luz de diferente color.

La batalla se iniciaba y todos se hallaban pendientes de los primeros resultados. En aquellos momentos, los seres que iban a empeñarse en la lucha no pensaban en sus propias vidas, sino en la experiencia que iban a realizar, única en los anales del Universo conocido. Sabían que todos los habitantes del planeta estaban pendientes de ellos y que si triunfaban podían ofrecer al mundo la gesta más audaz de todos los tiempos.

-¡Plataforma número tres! ¡Fuego!

Arana había estado pendiente de su cronómetro y en el momento exacto había dado la primera orden y todos, al escuchar su voz, parecieron sentirse liberados del peso que hasta aquel momento había gravitado sobre ellos.

Las órdenes continuaron surgiendo, siendo trasladadas por el micrófono, y los controles, los detectores y los cien aparatos de precisión que debían actuar, comenzaron a funcionar automáticamente. Riveiro y Sim Docto se habían encargado de los más delicados y toda una legión de especialistas estaba cada cual pendiente del suyo. Todos los aparatos eran maravillas de la electrónica, pero Arana estaba convencido de que se necesitaba de la sensibilidad humana junto a ellos para corregir en un momento dado los pequeños errores de orden mecánico que se podían producir, con la rapidez de juicio y seguro instinto de que las máquinas carecen.

Sismógrafos, detectores, controles de dirección y velocidad, no tardaron en experimentar con su delicada sensibilidad las explosiones, producidas todas ellas en rápida sucesión y buscando diferentes efectos a más

de mil kilómetros de distancia del punto ocupado por el planeta.

Arana sentía cómo el sudor discurría por su frente y sintió necesidad de liberarse por unos segundos de su escafandra. Los sabios, aplicados cada cual sobre el aparato que controlaban, trabajaban ardorosamente tratando de interpretar con la mayor justeza posible las reacciones de los diferentes aparatos. Rápidamente fueron apareciendo sobre un tablero la interpretación de resultados que Arana fue leyendo ansiosamente sin que su rostro perdiese aquella expresión de serena confianza que era su más destacada determinante.

La voz de Sara se escuchó como un susurro:

-¿Cómo ha ido todo, querido?

-La verdad es que los resultados no han sido muy apreciables, pero esto no es más que un forcejeo preliminar. La batalla durará probablemente bastantes horas y mi misión, al principio, es ir, como si dijéramos, golpeando en diversos puntos hasta encontrar el punto flaco para lanzar por él lo grueso de nuestro ataque y romper la resistencia. No sé si me comprendes, pero te puedo decir que, después de esta primera experiencia, mi confianza ha aumentado.

Sin embargo, la expresión de Sim Docto parecía desdecir las manifestaciones de Arana, pero éste, sin querer ver el desánimo que aquél reflejaba, tornó a incorporarse sobre el micrófono, repitiendo órdenes, haciendo ligeras correcciones, según los resultados que habían recibido y los cálculos que rápidamente le iba resolviendo Austin I. Mantúvose luego silencioso unos instantes, reconcentrado en sí mismo, observando su reloj y a poco dio la orden de fuego, simultaneando los lanzamientos y haciendo que cada plataforma cargase de nuevo rápidamente, tornando a lanzar, según los resultados que Austin le iba dando con arreglo a los datos que le iba facilitando. En el tablero de resultados se fueron sucediendo éstos y Sarita, dispuesta para ello, iba anotando y cotejando, pasando los datos a Arana a medida que éste los pedía en un esfuerzo agotador. Quince minutos duró la fase aquella de la batalla; quince minutos durante los cuales Arara parecía crecerse en su labor, llegando a adquirir proporciones de gigante. Sim Docto, en la medida que su labor se lo permitía, le lanzaba de tanto en cuanto miradas de admiración, sintiéndose empequeñecido a su lado, pero fuerte al sentirse apoyado en quien él consideraba un coloso.

A la vista de los últimos resultados, una sonrisa fue abriéndose en el

rostro de Arana y Sarita intuyó que el triunfo llegaría a lograrse.

-¿Cómo va ahora?

-Ha ido bastante bien, aunque los resultados no compensan el gran esfuerzo que se realiza, pero algo es lograr que esta ingente masa se desvíe, que hayamos logrado guiarla, aunque imperceptiblemente casi, a nuestro antojo. De un momento a otro tantearé con las ondas ultrasónicas y los rayos «G-Z» sin dejar de actuar con esta combinación de proyectiles dirigidos. La potencia de la onda explosiva a un lado del planeta y el vacío practicado ante él en otro, ha dado de sí lo suyo...

Una perilla roja se encendió en aquel momento a tiempo que sonaba un zumbador eléctrico y todas las miradas convergieron hacia donde la llamada se había señalado y Arana, comprendiendo que ocurría algo anormal, saltó de su puesto corriendo al visófono de servicio exterior.

La imagen del alférez Núñez se proyectó en la pantalla y su voz llegó a oídos de los que se hallaban en la sala, sumiéndoles en la confusión y el desaliento.

-¡Se han sublevado las tropas de la periferia de Bakaida y avanzan hacia la capital, amenazando las comunicaciones! ¡Grupos de asalto han penetrado en las emisoras de ondas ultrasónicas y han estropeado las instalaciones impidiendo que las podamos emplear contra las fuerzas sublevadas! En la capital hemos logrado restablecer rápidamente el orden y las emisoras vuelven a estar en nuestro poder, trabajándose activamente en ellas para repararlas. Se están organizando, por parte de la princesa Yio Pai, cuatro columnas motorizadas para salir al encuentro de los rebeldes.

¡Atención, alférez Núñez! Dígale a la princesa de mi parte que no dé salida por ahora a tales fuerzas. Esto llevaría al país a la confusión y caería bastante sangre inocente. Dígale que deje la solución en mis manos. Transmítame por visotelégrafo el mapa con la situación de las fuerzas enemigas, polvorines, etc. Hágalo rápidamente...

CAPÍTULO VII
GIGANTE DEL ESPÍRITU

Tanto las noticias de Núñez como las instrucciones dadas por Arana habían sido escuchadas por todos, aplanando los ánimos y fue Riveiro el primero en exclamar:

-¡Malditos traidores! ¡Se han empeñado en haceros fracasar!... ¡Menuda complicación se nos viene ahora encima!...

-No se preocupe, profesor. Venceremos a pesar de todo, rápidamente y en todos los terrenos. Sabían que les podíamos destrozar con las ondas ultrasónicas y por eso han inutilizado los emisores, pero no cuentan con el último invento de usted, sus rayos que hacen explotar los explosivos a largas distancias...

Riveiro se sintió remozado al escuchar las últimas palabras de Arana y su expresión reflejó una viva alegría.

-¡Es cierto! Embebido en esto los había olvidado... Será la segunda victoria que nos proporcionen en pocas horas... Pero ¿dónde está el aparato?

-Al lado de mi asiento. Lo traje conmigo temiendo que podría suceder algo así. Pero escuche, profesor. Hay un cierto peligro al usarlo y es que sus ondas puedan llegar hasta los depósitos de explosivos de nuestras plataformas lanzadoras y nos vuelen todos los proyectiles dirigidos...

-No ocurrirá tal cosa, comandante, porque yo me encargaré de manejarlo personalmente. Para que me sirva de guía, superpondremos en la pantalla, con el mapa que nos televise Núñez, el mapa de nuestras instalaciones. Núñez, que se halla en posesión de los centros de comunicaciones, deberá ir dando, proyectándolo en el mapa, la posición de los ejércitos en marcha, del avance que vayan realizando. Y lo demás déjenlo en mis manos. Ha llegado el ansiado momento en que la guerra se puede hacer cómodamente sentado ante una mesa con solo apretar unos botones. Despreocúpese de esto y vaya a su puesto, comandante. Continúe luchando allí porque la victoria será más difícil y necesitamos que la dirija un hombre de su temple...

Las palabras de Riveiro fueron como un bálsamo bienhechor para los que se hallaban en la nave y Arana, tras dar una amistosa palmada en la espalda al profesor se dirigió de nuevo a su puesto a. tiempo que se dirigía al grupo de colaboradores.

-¡Vamos a lo nuestro, amigos! ¡No ocurre nada! ¡Cada uno a su puesto!

Sarita corrió a llevar el aparato proyector de rayos antiexplosivos a Riveiro y segundos después, en la pantalla ante la cual se hallaba el animoso profesor, apareció el mapa pedido a Núñez.

-Está bien, alférez Núñez. Señale el lugar porque avanza cada columna y vaya determinando con toda exactitud sus movimientos. Es muy importante.

Arana, mientras tanto, desentendido del problema que se les había planteado, había iniciado de nuevo su acción, dando órdenes a las plataformas de lanzamiento y a las emisoras de ondas ultrasónicas y de rayos «G-Z». La agotadora batalla se reanudaba y de nuevo se trabajó febrilmente, puestos los cinco sentidos de cada cual en las reacciones señaladas por cada aparato.

Por su parte, Riveiro, con el emisor en sus manos estudió la situación de las columnas rebeldes que iban siendo señaladas en el mapa y al quedar superpuesta en la pantalla la proyección del mapa de las propias instalaciones desde las que libraban la batalla, sintió que un sudor frío le discurría por todo el cuerpo. Una de las columnas amenazaba con aislarlos a ellos mismos y otra estaba a punto de caer sobre una de sus más importantes instalaciones.

Con pulso firme, con seguro instinto de lo que realizaba, disparó en una dirección. El aparato, aunque no perfeccionado aún, señalaba la distancia a que iban llegando las ondas y Riveiro no apartaba los ojos del registro. Debía proceder con suma cautela para que las ondas llegasen al grupo enemigo, pero no a la instalación propia que se hallaba casi en la misma dirección. Fueron unos segundos de angustia que resistió en silencio y finalmente, cuando imaginó que su labor estaba realizada en aquella parte pidió comunicación con la instalación propia. Al saber que no había novedad en ella dio un suspiro de alivio y al recibir noticias del alférez Núñez comunicando que el grupo enemigo había sido destrozado, sin poder contenerse, lanzó un estentóreo grito de victoria, haciendo que todas las miradas convergieran en él, expresando el temor de que se hubiese vuelto loco.

-¡No! No es necesario que me miren así, que no estoy loco. He logrado la primera y más difícil victoria. Eso es todo. ¡Ustedes continúen con lo suyo! -exclamó con alegre expresión.

El segundo grupo rebelde que amenazaba aislarlos fue el nuevo blanco de los rayos y segundos después de lanzarlos en tal dirección se recibió la comunicación de Núñez señalando la victoria con la dispersión y apresamiento de los rebeldes. La nueva victoria animó aún más al profesor, quien continuó recibiendo alentadoras noticias hasta al final, tener la satisfacción de ver reflejada en la pantalla la imagen viva de Yio Pai, dándole las gracias y felicitándole.

-No sé cómo ha podido lograr tan rápida victoria pero le felicito deseándoles una nueva victoria en lo que tanto ansiamos y de la que nos hallamos pendientes todos... En la tranquilidad del éxito logrado podrán trabajar más y mejor. ¡Hasta pronto, mis valientes!

Desaparecida Yio Pai de la pantalla, asomó la imagen del alférez Núñez, resplandeciente de alegría y optimismo.

-¡Le felicito, profesor! Su invento es maravilloso. Llegan noticias de todos los lugares y sus misteriosas ondas han causado verdadera sensación No aciertan a explicarse cómo han podido estallar los polvorines ni como han podido volar los barcos de guerra sin que nadie ni nada se acercase a ellos... Hay soldados que aún está corriendo sin explicarse cómo los proyectiles que llevaban en sus cartucheras salían disparados como por obra de encanto y cómo los que se hallaban en las recámaras de sus armas hacían explosión, destrozándolas. Igual ha ocurrido con las dotaciones de los cañones y con todo lo demás. Ha debido ser un maravilloso espectáculo y lo único que siento es habérmelo perdido... Y otra cosa, profesor, comunique al comandante Arana que los tres grupos expedicionarios han regresado a la base sin haber hallado aún por dónde atacar la parte más pesada del núcleo, pues no han logrado detectarla aún...

-Está bien, alférez, pero adviértales para la nueva salida que esa masa puede estar en movimiento o bien aislada por una capa que obstruya las radiaciones. En esta naturaleza todo está aún un poco trastocado. Que recuerden las bestias gigantes que encontramos recién llegados aquí y cómo la naturaleza las defendía con una capa de caucho de los fenómenos eléctricos de la atmósfera...

-Está bien, profesor. Tan pronto como haya noticias, comunicaré con ustedes. Ahora que la rebelión ha terminado y todos sus cabecillas están presos, el pueblo de Bakaida se halla pendiente de ustedes. Unos apuestan y

otros oran, pero todos les siguen con el ánimo en suspenso, deseando la victoria con todas sus fuerzas...

-Pues dígales que vivan tranquilos, porque la tendrán...

Cortó Riveiro la comunicación y se dirigió a su puesto, retirándose la persona que le había suplido. La batalla estaba en pleno auge y en un momento de respiro Riveiro aprovechó que Arana le miraba, interrogándole con la mirada, para marcar con sus dedos el signo de victoria que usaban entre sí los tripulantes del *Escorpión Azul*. El gesto entonces serio de Arana, casi hosco, se tornó apacible y la lucha se reanudó con nuevos bríos. Aunque demasiado lejos aún de Mercurio, los rayos «G-Z» y las ondas ultrasónicas, al chocar aunque débilmente con el planeta, se servían del punto de apoyo para ir logrando una desviación de Buitrago, pero tan débil que casi no era registrada por los sensibles aparatos, cuyas reacciones y medidas eran seguidas con verdadera ansiedad.

Y la voz de Arana continuaba incansablemente al micrófono dando órdenes mientras su vista recorría el tablero de direcciones para señalar oportunamente las correcciones a realizar, haciendo trabajar a la calculadora electrónica a una velocidad inimaginable.

-¡Atención, emisora 2-G-Z! ¡Velocidad de emisión: ocho, coma, cinco! ¡Dirección: dos, dos, uno! ¡Plataformas cinco y seis! Deben variar la carga de proyectiles colocando el modelo 3-A... Corrección de dirección: siete, cinco, cuatro...

Hallábase empeñada la lucha durante siete horas sin reposo alguno. De vez en cuando alguno de los técnicos era relevado y sustituido por otro de los que se hallaban en reserva. Únicamente Sim Docto, Riveiro y Arana, con Sarita, se mantenían inconmovibles en sus puestos, dirigiendo de tanto en cuanto rápidas miradas a la pantalla donde se iban señalando las posiciones de los planetas y que acusaba una apreciable desviación en Buitrago, aunque no la suficiente para salvar la colisión, la temida catástrofe que los destrozaría, que los abatiría en los espacios infinitos...

No daba Arana sensación de agotamiento y, sin embargo, Sarita se dirigió a él:

-Debieras descansar un poco. Riveiro puede ocupar tu puesto...

-No es que desconfíe de su capacidad ni mucho menos, pero quiero mantenerme aquí minuto a minuto. Si triunfamos ya tendré tiempo de

descansar y si perdemos, ¿qué nos importará ya todo?

-Pero si te agotas excesivamente te faltará energía en los momentos que más la puedas necesitar...

-Tienes razón, pero por ahora no es necesario. Pero la idea es buena. Que descanse primero Sim Docto y que lo haga luego Riveiro. Así podrán sustituirme bien cuando lo necesite...

Produjéronse unos minutos de silencio, que Sarita aprovechó para llegar hasta Sim Docto, dándole la orden de Arana. El científico bakaido buscó con su mirada la confirmación de la orden y al sonreír Arana con expresión afirmativa cedió su puesto a otro científico. La expresión de Sim Docto, al retirarse, era abatida, y Arana, tras dar nuevas órdenes a las emisoras y plataformas, se dirigió otra vez a Sarita:

-Ponme unos momentos en comunicación con el alférez Núñez y luego descansa tú también un rato. Ten en cuenta que cada momento te necesitaré más y debes estar en condiciones de responder.

Pero una vez en comunicación con Núñez, la respuesta de éste fue desalentadora.

-Nada todavía, comandante

-Está bien. Póngase en contacto directo con ellos y cada quince minutos, que me den la novedad.

-Sí, señor. A la orden...

* * *

Cuarenta horas... Cincuenta horas...

Continuaba la angustiosa batalla, combatiéndose sin desmayo, logrando pequeños resultados, pero que no llegaban a ser claramente resolutivos; tal que si una mano gigantesca se hubiese empeñado en sujetar al planeta Buitrago, impulsándolo al choque contra Mercurio.

En las calles de Bakaida, en las de Turasai y en la Colonia Yio Pai, nombre con que se designaban a las tierras en que se había asentado a los bárbaros, los gráficos que señalaban los resultados que se iban obteniendo, acaparaban la atención de las gentes que se disputaban los primeros lugares para seguir más de cerca la titánica lucha en la que les hubiera gustado ayudar. Se comparaban los resultados obtenidos con el tiempo transcurrido y la impresión general era desalentadora y sólo la autoridad de Yio Pai y la confianza que el comandante Arana continuaba mostrando, contenía a las

gentes en el camino del suicidio, del desorden y la relajación. En tres ocasiones durante aquel tiempo, el comandante Arana se había dirigido por radiovisión a los pueblos del planeta, animándoles, dándoles confianza, señalándoles unos simples datos que la mayoría no acababan de entender, pero que les confortaban...

Y así se llegó al momento en que las distancias que separaban a los dos planetas eran relativamente cortas y el empleo de las ondas ultrasónicas y los rayos «G-Z» llegaron al mejor punto de efectividad, mejorando los resultados obtenidos en duro forcejeo, pero demostrando la imposibilidad de alcanzar una victoria total.

Sim Docto había comenzado a aceptar filosóficamente la derrota y se dirigió a Arana:

-¡Todo inútil! ¿Para qué seguir luchando?

-¡Venceremos a pesar de todo, profesor! Y si nuestra victoria no llegase a ser absoluta, debemos lograr que el choque sea lo menos violento posible! ¡No tenemos más remedio que mantenernos en pie hasta el último momento!

-¡Comandante! Como hombre de este planeta agradezco el sacrificio que están realizando, pero les ruego que se pongan en salvo ahora que aún es tiempo. Ustedes tienen sus dos aeronaves siderales y pueden huir...

-¡Jamás! Eso sería traicionar una promesa y mostrarme desagradecido. Este planeta me brindó cobijo en momentos difíciles, en que marchábamos hacia la perdición y de él he sacado los materiales que necesitaba para reparar mis vehículos siderales. Abandonarlo a su suerte, sería sencillamente infame y máxime cuando existen esperanzas...

-No le considero una razón. Nadie haría lo que ustedes y...

-No continúe, profesor. Debemos continuar la lucha...

Se produjo en aquel momento una llamada del exterior y Arana consultó su reloj, esperanzado. Hacía cinco minutos escasos que el alférez Núñez había dado su novedad negativa con respecto a las patrullas.

Sarita corrió al visófono y en la pantalla apareció la imagen de Núñez, pero de un Núñez pleno de optimismo, como no se le había visto desde la fulminante derrota de los rebeldes.

-¡A la orden, señor! ¡Buenas nuevas! El alférez Sacristán comunica que, visto que con los detectores no lograba resultado positivo alguno, llevó a

la exploración siguiendo las últimas indicaciones del profesor Riveiro a la isla interplanetaria, poniendo en acción la perforadora y la desintegradora gigantes instaladas en ella... ¡Los resultados primeros han sido satisfactorios, ya que han logrado perforar, desintegrándola en parte, la capa de aislante que neutralizaba sus esfuerzos! El electroimán que ha entrado poco después en funciones, ha logrado arrancar, ayudado por la desintegradora, una parte del núcleo. ¡Es algo de un peso atómico extraordinario, algo que no se podría calcular según los primeros datos!

Un estremecedor ¡hurra! retembló en la sala, y Arana contempló con visible emoción a los reunidos.

-¡Amigos! ¡Es el principio de nuestra victoria! ¡Profesor Riveiro!... Deberá usted tomar un avión y reunirse con el alférez Sacristán. Usted, mejor que nadie, puede dirigir los trabajos para restablecer el equilibrio de nuestro planeta, pero abrevien porque el tiempo se echa encima y no creo que la labor resulte fácil. Montará su puesto de dirección en la isla interplanetaria o en el *Escorpión Azul* y estará continuamente en contacto con este observatorio. ¡Vamos, Sarita! Pide un avión para el profesor.

La esperanzadora noticia se transmitió primero a todas las instalaciones desde las cuales se mantenía la lucha y luego, para infundir nuevas esperanzas, se transmitió a Turasai, a la Colonia Yio Pai de los bárbaros y se autorizó al alférez Núñez para que la pusiera en circulación dentro del propio Bakaida.

Desde tal momento se trabajó con mayor ahínco y el cansancio llegó a olvidarse, llegándose en el trabajo a la exaltación.

La masa del planeta Mercurio podía apreciarse ya a simple vista desde Buitrago, viéndosele aumentar de diámetro por momentos, llenando de pavor a los espíritus vacilantes y a la masa ignorante que, tan pronto mostraba una exaltada fe en el triunfo como un miedo infantil a verse destrozado por la mole que se acercaba paulatina e inexorablemente, llegando a mostrar unas proporciones aterradoras.

Ante el titánico esfuerzo realizado a base de las ondas ultrasónicas y los rayos «G-Z» combinados con los proyectiles dirigidos, se acusó en los aparatos registradores un descenso de velocidad, pero aquella significaba un nuevo peligro sobre el que Sim Docto hubo de llamar la atención.

-¡Cuidado! ¡Podríamos llegar a la inercia y precipitarnos en los vacíos

sin fin, sin solución posible...!

-No tema, profesor -respondió Arana con ardimiento-. Ya lo tengo en cuenta y no se rebasarán los límites prefijados. Pero tenga en cuenta que tan pronto se rompa la resistencia vamos a salir lanzados a gran velocidad.

No tardó en establecer contacto el profesor Riveiro desde su puesto de la isla interplanetaria y en la pantalla, al alcance de la vista de Arana apareció el paisaje sobre el que se operaba.

Con verdadero asombro, pudieron ver los colaboradores de Arana cómo la gigantesca perforadora sacaba cantidades enormes de material a una vertiginosa rapidez, llegando a formar un extenso cráter, de gran profundidad, en el suelo, apartando piedras de centenares de toneladas con la misma facilidad con que un niño puede manejar un guijarro.

En el lugar donde actuaba la perforadora no se veía un solo ser humano y únicamente se podía escuchar, mezclado en parte con el ruido que producía el material al ser desplazado, la voz del profesor Riveiro dando órdenes por el micrófono o bien explicando a Arana los resultados que se iban logrando. De tanto en cuanto la perforadora era apartada para entrar en acción la desintegradora de tipo atómico y en la pantalla se reflejaban las grandes nubes de humo que se iban sucediendo ante las descargas, seguidas luego por la acción del electroimán que, emplazado en el *Escorpión Azul* iba arrancando trozos del pesado núcleo, transportándolos a los lugares indicados por Riveiro tras haber efectuado la medición de los mismos. La voz de Riveiro llegó a sonar cansada y su faz apareció por unos instantes en la pantalla, anunciando:

-Vamos logrando el equilibrio, pero es una labor muy lenta, más de lo que yo podía imaginar. Ahora voy a tratar de desviar una ingente masa de núcleo. Si lo logro, habremos vencido; si no... Ustedes hagan lo que puedan, sin miedo a que podamos caer en la inercia...

Siguieron horas de duro trabajo en las que únicamente se oía de tanto en cuanto el parte dado por el profesor Riveiro, escueto e invariable:

-Se progresa muy lentamente...

En las baterías de ondas ultrasónicas y rayos «G-Z» se actuaba febrilmente y las series de proyectiles dirigidos se sucedían sin interrupción, obligándose Arana a trabajar a un ritmo endiablado para que cada instalación tuviera en todo momento los datos exactos.

Con los anteojos, auxiliares del observatorio podíanse apreciar ya las

explosiones en la lejanía, mientras la faz del planeta Mercurio llegaba a apreciarse con toda claridad. Y Sim Docto dio nuevamente la voz de alarma:

-¡Cuidado! Entramos mutuamente en el área de atracción... La velocidad aumentará sensiblemente... ¡Hay que redoblar los esfuerzos! -gritó puestos los ojos en la pantalla del «noiteleran», aparato basado en el radar que, superponiendo las imágenes recogidas desde varios lugares, presentaba un cuadro general de los dos planetas atrayéndose mutuamente, acortando distancias cada vez a mayor velocidad...

-¡Atención las emisoras «G-Z» y ultrasónicas!... ¡Emisión directa! ¡Máxima concentración aunque revienten! ¡Hasta la última gota de energía! -gritó Arana dispuesto a no dejarse arrebatar el triunfo.

Todas las miradas convergían entonces en el «noiteleran», donde se reflejaban las moles de los dos planetas que avanzaban inexorablemente uno al encuentro del otro, y Buitrago llegó a estar casi totalmente privado de la luz del sol, sumido en la noche casi absoluta...

Los sismógrafos y demás aparatos oscilaban continuamente a consecuencia de la serie ininterrumpida de explosiones, y al fin, cuando todo parecía perdido, por unos instantes pareció que se suspendía el avance del planeta Buitrago, deteniéndose en el espacio, y los corazones de los que sabían lo que aquello podía significar, latieron violentamente. Luego, lentamente, se vio cómo el planeta Buitrago, muy lentamente primero, más deprisa a continuación, se fue alejando de Mercurio, el cual también registró la presión a que era sometido, retirándose ligeramente.

En la pantalla del «visófono» apareció la imagen un tanto exaltada del profesor Riveiro.

-¡Comandante! ¡Dígame en seguida si hemos logrado algo!

-¡Sí, profesor! Se observa una clara desviación que, de persistir, significaría que estamos salvados...

-¡Pues sean dadas gracias a Dios, comandante, porque por mi parte he hecho ya todo lo que podía hacer!

Desde las baterías emisoras y las plataformas, siguiendo las indicaciones que continuamente daba Arana, se quemaban las últimas existencias de reservas, y al fin sonó un delirante «¡Hurra!». Se había vencido, y sin necesidad de instrumentos se pudo apreciar como la ingente masa de Mercurio iba empequeñeciéndose en la distancia, fenómeno que se pudo

apreciar desde todos los puntos habitados del planeta.

En la pantalla del «noiteleran» fue donde mejor se pudo ver cómo los dos planetas seguían su majestuosa marcha, alejándose el uno del otro, y cuando Sarita, que seguía fascinada el movimiento de los dos colosos en la pantalla, dirigió su vista hacia donde se hallaba Arana, llegó a tiempo de ver como éste se desplomaba al pie de su mesa de trabajo.

-¡Luis! ¿Qué te ocurre?

Pero Sim Docto, que había recobrado toda su energía, se le adelantó en llegar hasta donde el comandante español había caído, y tras examinarlo rápidamente, se volvió a la muchacha con expresión tranquilizadora:

-No se preocupe que no le ocurre nada malo. Ha caído rendido por el sueño. Tenga en cuenta que es el único de todos nosotros que no ha descansado un solo minuto y que lleva aquí, casi sin moverse, la friolera de ochenta y seis horas...

CAPÍTULO VIII

LA TIERRA TIENDE SUS BRAZOS...

Mientras la mayoría de técnicos que habían estado ocupados en la desviación de la trayectoria de Buitrago pasaban a colaborar en la construcción de los navíos siderales, acoplando la industria bakaida a tal necesidad, Sim Docto, auxiliado por el profesor Riveiro, se lanzó a una serie de observaciones y cálculos, al final de los cuales se presentó a Yio Pai:

-He trabajado con el deseo de ver las posibilidades que teníamos de subsistir, caso de permanecer en este planeta; siento tener que abandonarlo cuando tenemos tanto trabajo realizado en él y porque allá donde vayamos debemos empezar de nuevo y va a resultar muy duro. Pero no vamos a tener más remedio que lanzarnos a la aventura. Nuestro planeta, de quedar incluido dentro del sistema solar, fijará su órbita tan lejos del Sol -detrás del propio planeta Plutón- que viviríamos una noche eterna, y el frío más espantoso dominaría la corteza del planeta. De no quedar incluido, pasaría a formar parte de un sistema inmediato dentro de la misma galaxia, pero también nos quedaríamos en la penumbra, lejos del nuevo Sol, y de conseguir mantener la vida, sería ésta tan precaria que dudo que valiera la pena vivirla y menos ahora que hemos disfrutado del Sol y de su beneficiosa influencia. Así, pues, mi opinión es que debemos prepararnos rápidamente.

-Gracias, Sim Docto. He contado con ello y por eso se han puesto en pie todas nuestras posibilidades industriales. Me place contribuir a tal labor de una manera efectiva. Debo confesarle que he vivido un tanto avergonzada de ver que casi todo nos lo tenían que dar resuelto quienes, al fin y al cabo, no son más que unos extraños.

-Lo siento, pero ha sido una herencia que hemos tenido que recoger. Yo he procurado sentir la cosa con altura de miras... y aprender la lección. Pero lo que más me inquieta de nuestro traslado al planeta Venus es pensar que aquello puede estar habitado y que tengamos que poner los pies en él en plan de conquistadores. Me horripila pensar que tengamos que derramar sangre, de la de ellos y de la nuestra.

-He hablado de todo eso con el comandante Arana, mi buen Sim Docto. Él ha estado en el planeta Venus y éste se halla tan poco poblado como nuestro propio planeta y hay extensas zonas de selva, ricas en toda clase de materias primas, en donde podremos asentarnos y prosperar rápidamente.

Naturalmente, nos llevaremos gran cantidad de maquinaria para que nos resulte más fácil empezar, entre ella la perforadora, la desintegradora y el electroimán gigantes. Según el propio Arana me apuntaba, es posible que tengamos que vencer un peligro: Ellos han quedado aislados de la Tierra a causa de la invasión de aquella parte del espacio por un pueblo que ignora de dónde procede ni con qué medios cuenta; pero que deben ser muy poderosos desde el momento en que han sido capaces de cortar las comunicaciones que se habían logrado. Dice el comandante que es muy posible que tal pueblo haya llegado a asentarse en Venus para tomarlo como uno de los puntos de partida de sus ataques contra la Tierra. En tal caso habremos de luchar contra ellos o resignarnos a quedarnos aquí, ya que de haber resultado vencedores, los invasores dominarán todos los planetas del sistema susceptibles de ser habitados, desde Júpiter a Venus, y será inútil que pidamos hospitalidad en ninguno de ellos...

-¿Y qué pensáis hacer, princesa?

-Nuestra obligación sería luchar por nosotros y por ellos. Así pagaríamos la deuda que tenemos contraída y afirmaríamos nuestros derechos de permanecer dentro del sistema, entrando en la Comunidad de Pueblos que forman los habitantes de todos estos planetas. Sería entrar en la nueva vida con todos los derechos y, naturalmente, con todas las obligaciones. No se nos regatearía ayuda de ninguna clase, estaríamos al corriente de los últimos adelantos, seríamos apoyados caso de vernos atacados y contraeríamos idénticas obligaciones respecto a los demás. ¿Qué te parece el plan? Ten en cuenta, mi buen Sim Docto, que, en premio a tu lealtad, tu laboriosidad y tu capacidad, serás nombrado oficialmente mi consejero tan pronto como el Gran Consejo me confirme en mi puesto...

-Gracias, princesa, pero yo hago mejor hombre de laboratorio que político y no debo...

-Ten en cuenta que pido a mi lado integridad y talento y es lo que tú posees. Y lo que deseo desterrar son las marrullerías políticas y las zancadillas cortesanas.

-¿Se ha tomado alguna decisión con los rebeldes?

-Quiero ser lo más clemente posible. El profesor Mork Traive y Tod Dongo, comprobada la mala fe con que han actuado, serán juzgados y posiblemente ejecutados. En cuanto al resto, incluyendo al general Chai Dog,

que obraron de buena fe, engañados por las mentiras de los dos primeros, estoy inclinada al perdón. Quisiera para ellos un leve castigo, una especie de postergación, más que nada, a ver cómo reaccionan, para saber en quién se puede confiar y en quién no; quién es merecedor del perdón absoluto y cuál de que se le mantenga alejado de los puestos de responsabilidad. ¿Qué te parece?

-Me parece bien, princesa. Iniciáis vuestra labor de gobierno con bastante acierto y sólo deseo que continuéis así...

* * *

Mientras en Buitrago, principalmente en Bakaida, se trabajaba febrilmente en la construcción en serie de los navíos siderales, el *Escorpión Azul* y la Isla Planetaria «S» habían salido en misión de exploración por el espacio, bajo la experta dirección del comandante Arana, llevando únicamente con él las tripulaciones necesarias y dejando el resto de los seres de la Tierra trabajando en Bakaida. Habían entrado en su viaje de exploración en la órbita de Venus, lanzando por radio la contraseña de su unidad, tratando de entrar en contacto con las colonias que residían en tal planeta, cuando el radiotelegrafista señaló el clásico S.O.S., la petición de auxilio que se había adoptado en el área interplanetaria, y a continuación se recibió la posición que ocupaban en el espacio los que hacían la petición y el rumbo que seguían.

Rápidamente se respondió a la llamada desde el *Escorpión Azul*, emitiendo al propio tiempo la contraseña correspondiente por si era conocida, y la respuesta no tardó en llegar en términos jubilosos:

-¿Es posible que seáis los del *Escorpión Azul*? ¿No habéis desaparecido pues?

-No. No hemos desaparecido y por el contrario estamos en condiciones de prestaros auxilio. ¿Quiénes sois? ¿Qué es lo que os sucede?

-Somos la Isla Interplanetaria número 3. Hemos sido atacados por los bund, que no sabemos de dónde han venido, y nos han roto los juegos de dirección. Y menos mal que hemos logrado engañarlos y escapar...

-Pues manteneos al mínimo de velocidad hasta que logremos alcanzaros. Os remolcaremos hasta nuestra base...

-¿Pero tenéis base y todo? Suponemos que no se os habrá ocurrido tocar en Venus. Está ocupado por los bund...

-Ha faltado poco para ello. Vuestra llamada es lo que nos ha detenido. No conozco a los bund, pero imagino que de atacarnos no hubieran salido

muy bien librados...

-¡No sabéis lo que decís! Tienen fuerzas considerables y armamentos terribles. Tienen ocupados, aunque parcialmente, todos los planetas, a excepción de nuestra Tierra, donde no han logrado poner el pie, aunque no tardarán en lograrlo si no surge el milagro...

-Surgirá el milagro. Y el milagro somos nosotros... Corto y vamos hacia ahí...

Horas después, la Isla Interplanetaria número 3 era alcanzada y seguidamente fijada por medio de fuertes cables a la estructura de la Isla Interplanetaria «S», la cual la remolcó, emprendiendo las dos islas y el *Escorpión Azul* el regreso hacia las bases de Buitrago, donde se les tributó un fervoroso recibimiento, causando viva admiración la Isla número 3, superior en dimensiones y en buenas cualidades a la «S», que ya conocían, y sintiéndose a su vez admirados los tripulantes de la Isla número 3 al entrar en contacto con la extraordinaria naturaleza del planeta errante y conocer la odisea vivida por los del *Escorpión Azul*, que había culminado en la gigantesca batalla frente a Mercurio.

-¡Jamás había pensado que se llegaría a tal cosa! El general Lomas tiene confianza en ti y pensó que llegaríais a salvaros, pero no de ese modo. En cambio, todos los demás os dábamos por muertos. Pensábamos que incluso podíais haber sido víctimas de los bund...

-No. Y ahora háblame de ellos, de las zonas que ocupan, de cómo llevan el ataque contra la Tierra, tácticas y armamentos que emplean...

-Son como una inmensa nube de langostas y tienen bases en todos los satélites que les interesan y medio dominados a todos los planetas, menos el nuestro. Pelean como diablos y no hay medio de acercarse a ellos debido a las ultrasónicas que emiten con terrible efectividad y que logran hacer llegar a distancias inconcebibles para nosotros... Sus navíos siderales compiten en velocidad con los nuestros y los emplean en tal cantidad que llegan a oscurecer la luz del Sol...

Por espacio de un buen rato estuvo dando el jefe de la isla interplanetaria datos al comandante Arana, y cuando hubieron terminado, éste lo acompañó a Bakaida, mostrándole la poderosa industria que trabajaba febrilmente y los primeros modelos de navíos siderales que habían comenzado a salir y que, comparados con el *Escorpión Azul*, resultaban notablemente

mejorados por los nuevos elementos que se les habían introducido, escogiendo lo mejor de los conocimientos que se habían logrado reunir entre los bakaidos y los hombres de la Tierra.

Terminada la visita a la industria, fue presentado el jefe de la Isla número 3 a Yio Pai, la princesa bakaida, y después de un análisis detenido de la nueva situación planteada, resumió Arana:

-Forzosamente debemos dejar el asentamiento de ustedes en Venus para después de nuestra victoria sobre los bund. Esto no será fácil, pero puesto que el grueso de su ejército lo tienen volcado sobre la Tierra, sirviéndoles de base la Luna, iremos a buscarles allí. Allí les daremos el golpe, los destrozaremos y así no tendrán más remedio que abandonarlo todo. De otra forma resultaría muy costoso irlos desalojando de lugar en lugar.

-Pero es muy expuesto jugarse todo a una carta -observó el comandante de la Isla número 3.

-Así es, amigo mío, pero debes tener en cuenta que nadie piensa en la baza que significamos nosotros. Estoy acostumbrado a vencer y ellos no podrán escapar a esta costumbre que he adquirido. Y lamentaría que lo tomaras como fanfarronería -añadió Arana, bajando la vista a tiempo que en su rostro aparecía una humilde sonrisa que hizo reír a Yio Pai y a Sarita Naranjo, que también se hallaba presente en la reunión.

-Yo también considero que es el mejor plan -terció Yio Pai-. La cuestión de salir de Buitrago no apremia y será mejor que realicemos el traslado con tranquilidad, sin agobios. Y ni que decir tiene, comandante Arana, que puede disponer de todo lo que necesite, no sólo en navíos, que a fin de cuentas tan suyos son como nuestros, sino de especialistas para llevarlos, de fuerzas de choque, de todo en fin.

-Gracias, princesa. Dispondré de todo ello, menos de los hombres bárbaros. A éstos, para su total educación, conviene mantenerlos alejados de la lucha. No se puede prever como responderían al ver correr la sangre. Está demasiado cerca aún su antropofagia y no debemos arriesgarnos.

* * *

Una poderosa formación de diez mil navíos siderales surcaba el espacio, dejando muy atrás a Buitrago, el planeta errante, y con sus afiladas proas puestas en dirección a la órbita de la Tierra.

En el navío insignia, el veterano *Escorpión Azul*, iban reunidos en el

puesto de mando el profesor Riveiro, el comandante Luis Arana, Sarita Naranjo y el general Rad Mossi, flamante nuevo jefe del Estado Mayor del ejército de Bakaida.

El comandante Arana, sobre la carta de los espacios siderales que tenían a la vista, iba señalando las respectivas posiciones por donde pasaban y el punto por donde deseaba aparecer para sorprender al enemigo con fulminante ataque.

-Al caer por esta parte sobre sus bases de la Luna, destrozaremos sus depósitos en la primera pasada que realizará el total de la formación, no dejando ni un kilómetro de terreno ocupado libre de la acción de nuestras armas, y así los hombres que se lancen a continuación a consolidar la ocupación, no encontrarán resistencia alguna..., mientras el resto quedamos entonces en posición de recibir al enemigo, que se retirará forzosamente del ataque que esté efectuando sobre la Tierra...

Avanzaba silenciosa la formación, sin intercambiar entre sí señal sonora alguna, y según habían calculado, apenas dieron vista a la Luna, la isla interplanetaria «S», que marchaba en cabeza y que era portadora del gigantesco espejo interplanetario, fue la primera en lanzarse al ataque, regulando la orientación de sus caras de forma que concentró al máximo el calor solar, atacando las instalaciones de la Luna, que prontamente se vieron arder, aniquilando la vida de un importante sector en escasos segundos y completando luego la labor la formación de navíos siderales, que llegaron a cubrir totalmente el área del satélite terrestre con sus emisiones de ondas destructoras y de rayos «G-Z», contrarrestando al mismo tiempo las emisiones de ondas ultrasónicas de los defensores de la Luna con el «contraondas Riveiro», nombre con el que se había bautizado al genial invento, y con el cual iban dotados todos los navíos siderales.

En breve espacio de tiempo el satélite quedó envuelto en gigantescas llamas, en colosales nubes de humo y de tierra, y el grupo de navíos destinado a ello comenzó a lanzar sus hombres, provistos de equipos especiales para poder resistir el terrible calor producido y de armamento adecuado, a pesar de poseer la seguridad de que sería punto menos que imposible que nadie quedase allí con vida.

Y según había calculado Arana, no mucho después, seguramente avisados por la alarma dada desde la Luna, una poderosa formación de navíos

de diversos modelos se les vino encima, embistiendo a una velocidad espantosa, demostrando sus ocupantes una intrepidez suicida.

Arana, desde su puesto de mando, dio una orden por micrófono:

-¡Atención todos! ¡Contraondas Riveiro!

La emisión, lanzada a tiempo, antes de que los detectores registraran la presencia de las ondas enemigas, anuló el ataque, sembrando el desconcierto entre los navíos bund, cuyos ocupantes no alcanzaban a comprender cómo la formación de aparatos de la Tierra no caía fulminada

Pero el desconcierto llegó al máximo cuando en hábil maniobra, el gigantesco espejo que había permanecido oculto, desplegó sus caras, concentrándolas sobre el grueso de la formación enemiga, logrando el máximo de potencia calórica. Como por obra de magia, todo el grupo de aparatos alcanzados se vieron envueltos rápidamente en humo, quedando convertidos en pocos segundos en fluido gas, que se fue esparciendo por el espacio, mientras la isla interplanetaria maniobraba otra vez el espejo, enfocando sus rayos a un segundo grupo, que sufrió parecidos efectos antes de que sus tripulaciones pudieran darse cuenta de lo sucedido...

La segunda prueba del poderío de los navíos dirigidos por Arana obligó a los bund que quedaban a abrir su formación, tratando de buscar la lucha personal para evitar en la confusión del combate los rayos que tanto daño les hacían, y sus aparatos comenzaron a desprender otros pequeños aviones personales, velocísimos y con gran capacidad de maniobra, y los cuales se dispusieron a envolver la formación de Arana.

Pero éste, bien aleccionado, ordenó una segunda maniobra prevista, a tiempo que, siguiendo instrucciones, se lanzaban emisiones de ondas ultrasónicas y de rayos «G-Z», comenzando a producirse en el espacio una serie de explosiones mientras los navíos de Arana giraban, presentando sus popas al enemigo, dando la sensación de que huían.

Obligó la maniobra a que se reunieran los dispersos bund -reducidos a bastante menos de la mitad- y de nuevo entraron en acción los rayos solares concentrados por el espejo, terminando con la formación bund, cuyos últimos restos fueron prontamente eliminados por los navíos de Arana, que entonces sí aceptaron la lucha en grupos parciales, ya que, en franca superioridad numérica y de armamento, no podían los bund ofrecer un serio peligro y ni siquiera una resistencia efectiva...

Seguidamente la emisora del *Escorpión Azul* lanzó al espacio su llamada, su tan conocida contraseña, seguro su comandante de que, en esta ocasión, no sería interceptada; y segundos después una voz conocida, velada por la emoción, se dejó oír en la cabina de mando del navío sideral.

-¿Eres tú, hijo mío? Pero no sé por qué lo pregunto. Sólo tú podías hacer una cosa así..., Pero no me has sorprendido, en el fondo de mi alma siempre esperé que ocurriese este milagro...

Era la voz del general Lomas, pero no fue Arana quien respondió, sino Sarita:

-¡Tío! ¡Hemos llegado a tiempo! Me parece imposible pensar que dentro de unos segundos podremos vernos, pisar esa Tierra que llegué a creer perdida para siempre. Supongo que esos bárbaros no habrán hecho mucho daño a mi Madrid, ¿no es eso?

-Sí. Han hecho mucho daño, hija mía, pero eso no tiene importancia. Sólo importa saber que hemos vencido, porque ahora ya no podrán contenernos y los echaremos de todos los sitios... Pero ¿y Luis?

-Sin novedad, mi general. Todos los objetivos han sido cubiertos. El enemigo ha sido totalmente destrozado y los espacios vuelven a ser libres para los hombres de bien... Y tenga preparado al sacerdote, pues tan pronto pongamos pie en tierra queremos casarnos. A condición de que usted sea el padrino, claro...

Y Luis Arana, olvidado de todo, del pasado, del presente, de sus aventuras y de los peligros corridos, estrechó fuertemente entre sus brazos a Sarita, buscando ansiosamente su boca.

-Ahora sí creo que somos uno digno del otro...

FIN

22

Llevando a bordo más de mil millones de refugiados terrestres, el fabuloso autoplaneta «Valera» se acerca a Redención. Esperan llenos de ansiedad escuchar de un momento a otro la respuesta de los habitantes del planeta a sus jubilosas llamadas por radio. Pero...

REDENCION NO CONTESTA

¿Por qué? ¿Qué pasa en Redención? El viaje de ida y vuelta a la Tierra, en el que «Valera» ha invertido 60 años-luz, equivalen en realidad a 1.380 años en la medida del tiempo terrestre. Los viajeros, que sólo han vivido 60 años desde que abandonaron Redención, esperan encontrar a éste totalmente cambiado, adelantado en catorce siglos a la civilización de que ellos son portadores...

Y, en efecto, todo ha cambiado en Redención, aunque de forma bien distinta a como esperaban los viajeros del espacio.

REDENCION NO CONTESTA

por

GEORGE H. WHITE

es un relato lleno de amenidad e interés que cautivará a los lectores de

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio 5 pesetas.